

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
Facultad de Filosofía y Letras

ABDERRAHMAN III

CALIFA DE CORDOBA

o

Ma. LUISA MIAJA ISAAC

Maestría en Historia Universal.

o

MEXICO 1949.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Prólogo.

La historia de los árabes en España no ha adquirido sino hasta últimas fechas el aspecto de algo verdaderamente riguroso y lo grado conforme a métodos en realidad científicos. Si bien es cierto que algunas de las crónicas medievales constituyen material que aún hoy no puede ser tildado de erróneo, también lo es que muchos otros de esos viejos relatos pecan por exageración, por excesivo partidatismo o por su desmesurado prurito religioso. Los intentos posteriores, de los cuales es el mejor ejemplo el célebre libro de Conde, pudieron dar en su tiempo impresión de solidez definitiva; sin embargo, trabajos que han venido más tarde han dejado bien probada la pobreza científica de aquellos escritos, no dejándoles sino un mérito, indiscutible pero relativo, de precursores y de avivadores del interés por la historia árabe. Dozy, crítico de Conde, al cual reprocha el desconocimiento de la lengua musulmana y la ingenuidad, que le hacía creer en los mayores embustes de los antiguos historiadores; Dozy logró una obra de perfiles mucho más seguramente trazados y de mayor sobriedad que la de su colega español; pero a pesar de las excelencias que sin duda encierran "La Historia de los Musulmanes de España", las "Recherches" y otros libros, tampoco han podido salir airosos frente a revisiones ulteriores. En nuestros días, Sánchez Albornoz ha podido con fundamento corregir los puntos de vista del historiador holandés, (1) probando entre otras cosas que, al contrario de lo que éste creía, la historia árabe puede buscarse en documentos auténticos de la época, dándole así mayor seguridad en sus asertos y privándola de paso de muchos de sus rasgos de leyenda, que tan atractiva la han hecho, sobre todo desde el romanticismo hasta nosotros. Actualmente, la existencia de grandes institutos de estudios arábigos parece prometer una redacción definitiva de los sucesos que ocurrieron en Al-Ándalus. Arqueólogos, filólogos y en general historiadores eminentes han iniciado una labor que ya ahora debe ser tenida como muy fructífera y, en algunos puntos, como enteramente agotadora del tema. Sin embargo, aún la época y el pueblo de que trato aparecen borrosos ante la mirada de quien vaya hacia ellos atraído por el prestigio épico de sus nombres, o por el afán, más ambicioso y mejor fundado, de entenderlos para entender así una buena parte de lo que es España y el antiguo imperio español.

Esta tesis fué planeada bajo el influjo de esos dos factores; la atracción novelesca y el interés histórico. Para realizarla, he tenido que vérmelas con dificultades de tal magnitud como la carencia en México de fuentes directas, y aún con la ausencia de una bibliografía, satisfactoriamente nutrida. En las páginas que siguen se encon-

(1) Sánchez Albornoz.- En torno de los orígenes del Feudalismo. (Mendoza 1942).

trará, indistintamente, la alusión a alguno de los más serios historiadores actuales, y la referencia a cualquier otro de los más arbitrarios e imaginativos cronistas de los tiempos pasados. He procurado, al acudir a tales fuentes, hacerlo con la mayor serenidad de criterio, en forma tal que la severa y buena técnica de los primeros pudiese paliar la desmesura y corregir las inexactitudes de los otros.

No se me oculta que el método de elaboración histórica es, como todos los métodos científicos, difícil de dominar. Creo que su manejo hábil, que transcurrir por él con aire desenvuelto, son cosas que se logran sólo después de largos y meditados inicios; y por ello temo que este trabajo adolezca de graves defectos técnicos, que sólo serían disculpables atendiendo a mi propósito. Mi propósito fué el de, al esbozar una obra de carácter histórico, esforzándome por seguir, hasta donde mis conocimientos lo permitieren, una guía rigurosa, alcanzar la figura lejanísima de Abderrahman, que se nos oculta detrás de los siglos, que se nos oscurece por las divergencias de las crónicas, y que se vuelve equívoca por la disparidad de las opiniones eruditas. Mis motivos, los ya expuestos de explicarme la historia de España y la de Hispanoamérica a partir de uno de sus factores más sugerentes, y acercarme a una de las épocas más atractivas de la Edad Media peninsular.

CAPITULO I

LO QUE DEJARON LOS ARABES EN
ESPAÑA.

Lo que Dejaron los Arabes en España.

La influencia de la dominación árabe en España, que es sin duda decisiva en relación con la Historia de la Península, ha sido ya muy analizada y objeto de los juicios más entusiastas o más desfavorables. Hay, sin embargo, hechos que demuestran lo poderosa que fué la cultura islámica dentro de las formas de vida que había adoptado la antigua población española. No sólo las instituciones sociales, políticas y jurídicas fueron fuertemente vueltas a modelar por el espíritu árabe, sino que las más caras expresiones de cultura, como la filosofía y las artes, recibieron de los moros en España un impulso que no sólo apresuró su desarrollo, sino que también lo hizo variar de rumbo.

A pesar de lo que afirma J. B. Trend (1), en el sentido de que la actual crítica histórica española ha llegado a considerar que aquellos juicios que consisten en atribuir a los musulmanes un papel decisivo son exagerados y sólo se conciben como producto del romanticismo de la pasada centuria; a pesar de ello es interesante ver cómo casi todos los investigadores actuales coinciden fundamentalmente en su entusiasmo por lo árabe, y en considerarlo como creador de una influencia decisiva en el desarrollo español; incluso se llega a decir que España, durante sus siglos moriscos, alcanzó una de las etapas más estimables de su historia cultural, y que de aquellos siglos proviene gran parte de lo que ulteriormente ha logrado el pensamiento y ha dado el espíritu de Iberia.

La opinión favorable acerca de los valores aportados por los árabes a España (y no sólo a España, sino en general a toda la Europa de la Edad Media) no ha sido siempre ni tan uniforme ni tan extendida. El celo católico y la exacerbada consciencia de una nacionalidad recién constituida, privó por muchos siglos a los histo-

riadores hispánicos de la necesaria serenidad de criterio ante los temas y los problemas que los mahometanos ponían sobre su mesa de trabajo.

En 1796 (2) Martín de Ulloa todavía afirmaba que la Conquista había traído consigo un grave atraso en todos los órdenes, en lo que respecta a la actividad de los españoles, quienes, "precisados a mantenerse en una continua guerra casi no cuidaban de otro ejercicio que el de las armas"; y por otra parte se insistía en calificar a los árabes como bárbaros, aunque se reconociera que eran "por aquellos tiempos más cultos y mucho más instruídos en las ciencias naturales, filosofía, medicina, etc." Sigue diciendo el autor citado, que la ciencia, y en general todas las ocupaciones intelectuales que los mahometanos desparramaron por Europa, fueron más perjudiciales que benignas, puesto que eran variaciones poco felices, por lo poco cultas, de los grandes temas de la antigüedad clásica, lo cual hizo que todo el continente se viera invadido por una sabiduría "desaliñada y bárbara".

Se reconocía, pues, el hecho de la gran alcurnia intelectual que logró el árabe en su tiempo; pero se formulaba sobre él un juicio poco menos que negativo de valor. Hoy en día, en labios de todos los investigadores, abunda la opinión favorable sobre aquellos hombres y sobre aquella época. Se piensa que la Europa Medieval, recibió efectivamente un crecidísimo repertorio, y una cultura todavía muy fresca, recién emanada de la vieja civilización grecolatina, y que la recibió a través de los orientales que la habían rescatado entre los siglos recién derrumbados.

De manera que el criterio sobre la invasión musulmana es actualmente en tal forma entusiasta que puede correr el peligro de llegar a lo exagerado, Sánchez Albornoz (3) dice que los Islamitas de Oriente y Occidente, sin excluir a los españoles arabizados, recogiendo y transformando la herencia cultural helénico-romana del mundo antiguo, desarrollando las propias esencias orientales, habían creado la civilización árabe. Y más adelante (4) continúa; "España desarrolló dentro del mundo mediterráneo toda la fuerza creadora de su genio, y fué durante dos siglos el país más rico, más culto de Europa. Los árabes tuvieron una participación decisiva en el desenvolvimiento del arte, de la filosofía, de la ciencia, de la poesía y de toda la cultura europea medieval".

Menéndez Pidal (5) está de acuerdo en esencia con las apreciaciones de Sánchez de Albornoz, cuando afirma que "al ponerse los musulmanes conquistadores en contacto con las mayores civilizaciones de Sánchez Albornoz, cuando afirma que "al ponerse raturas griegas, persas y sánscritas, se dejaron penetrar hasta la médula". De manera que los islamitas aparecen ante nosotros poco menos que como una avanzada del Renacimiento, y desde luego como

una nación portadora de los más enérgicos estímulos intelectuales que habrían de madurarse y fructificar en Occidente. Ya no se puede considerar como inepta a una civilización que conquistó tan relevantes méritos, y ya, en efecto, se dá a los musulmanes de España calificativos mucho más honrosos que antaño y tal vez mucho más certeros.

Sería una tarea muy extensa enumerar aquí, concretamente, las regiones culturales más enriquecidas por la herencia árabe. Los casos que servirían de ejemplo son de tal manera numerosos, que acudir a ellos, así fuera sin ánimo de agotarlos, excedería el propósito que ahora me anima, y que no es más que el de presentar a los musulmanes españoles revestidos de todo lo valioso que la moderna historia les atribuye, para, después de presentarlos así, realzar debidamente la figura de Abderrahman III.

Sin embargo, daré aquí dos ejemplos claros y concretos, de tal influencia intelectual de los árabes. Los dos quizá más notables, porque se refieren a actividades del pensamiento de las más nobles y rigurosas. El profesor Asín Palacios (6) ha llegado a demostrar la ingerencia del filósofo árabe Averroes nada menos que en las ideas de Santo Tomás de Aquino. En la introducción a su libro "Huellas del Islam", el profesor Asín declara escuetamente el hecho; más adelante, cotejando textos y estableciendo relaciones indudables de cronología, prueba en forma muy satisfactoria que la ambición tomista, de conciliar la verdad religiosa y la verdad filosófica, y además de la ambición la creencia en que tal cosa es posible, tiene raíces en el pensamiento teológico del sabio musulmán. La verdad conocida y la verdad revelada no se contradicen, sino que se complementan tanto para Averroes, como para el autor de la Summa. No es éste el único punto de contacto entre las ideas filosóficoteológicas del cristianismo y del mahometismo; es solamente una muestra de la forma fecunda en que el Islam, con su carga de ideas místicas, llegó a orientar en ocasiones las grandes estructuras del pensamiento oriental. Aparte de lo que la filosofía tomista ha tomado de Averroes, puede notarse la huella musulmana en otros sistemas menos importantes, como el panteísmo de Siger de Brabante, doctrina que floreció por los siglos XII y XIII.

En literatura, son bien conocidas las intrusiones de la temática y aún de la sensibilidad árabe en el mundo europeo. Menéndez y Pelayo (7) ha demostrado en sus "Orígenes de la Novela" la ascendencia oriental de muchos de los asuntos permanentes en la poesía y en general en la Literatura cristiana. El célebre libro de Calila y Dimna, el Sandebar, el Panchatastra, y tantos otros, son modelos más o menos remotos de muchas de las creaciones modernas y antiguas de nuestros novelistas, moralistas y poetas. Sería interminable reproducir los juicios y las informaciones que dá sobre la cuestión el

erudito que nos ocupa. Baste recordar que muchos relatos del Conde Lucanor, algunas de las narraciones que emplea Timoneda, etc. y temas usados por La Fontaine en muchas de sus fábulas, provienen en última instancia del apólogo y del cuento orientales; que fueron traducidos de los antiguos idiomas de la India al persa y del persa al árabe, para ser, en España, vertidos por último al hebreo, al latín y al castellano. Hasta la célebre "Vida es Sueño" tiene sus antecedentes más remotos en un viejo texto hindú: Barlaam y Josafat, cuyas versiones recorrieron el mismo trayecto lingüístico que acabo de describir. También el Dante se inspira, para trazar algo de la estupenda arquitectura de su "Comedia", en el sueño famoso de Mahoma; en el cual el Angel Gabriel le indicó que le siguiera, y montado en una yegua gris, lo condujo a la Ciudad Santa de los judíos, donde estuvo en presencia de Jesús y de Abraham, con quienes subió al cielo para orar con ellos.

En síntesis, puede decirse, repitiendo lo expresado por Thomas Irving en su artículo Halcón de España (8), que los árabes "se apoderaron de los conocimientos matemáticos y médicos de la Grecia Antigua. . . De la India importaron aquellos esenciales requisitos para el pensamiento ulterior, los números "árabes" y el álgebra, sin los cuales el hombre moderno nunca habría podido adelantarse a los griegos. De tanta distancia como la China, recogieron procedimientos industriales tales como la fabricación del papel y la transplantaron a Europa. En la misma España, asimilieron y mejoraron lo que vierte de las civilizaciones Romana y Visigoda, sobre todo en la arquitectura y la poesía".

* * *

He analizado hasta aquí la importancia de la civilización árabe y de su intervención primero en la cultura española y después en la de Europa considerada como un todo. Precisamente esta influencia musulmana, que se proyectó sobre los territorios conquistados y sobre las regiones sometidas cercana o remotamente al poder del califato, es la premisa sobre la cual se funda la explicación de otros fenómenos similares, pero de expresiones más oscuras por más profundas y desde luego de mayor trascendencia.

Me refiero a los efectos que el Islam produjo en la España histórica, hiriendo la psicología de sus habitantes y desviando los cauces por los cuales discurría el desarrollo peninsular. Al alterar no sólo las obras culturales, sino también el carácter, la manera de concebir al mundo, las peculiaridades de reacción frente a él que caracterizan desde entonces hasta ahora al pueblo ibérico, la Media Luna produjo un viraje de tal magnitud en los destinos de España, que puede considerarse definitivo. Pueblo cuya psicología ha admitido un ingre-

diente (el árabe) que no se encuentra en la psicología común del resto de Europa, el español se ha forjado un comportamiento individual e histórico que difiere mucho de los que se estilaban más allá de los Pirineos. En una palabra, el destino de España como nación fué sensiblemente modificado por aquellos hombres que en el siglo ocho saltaron a la península desde otro Continente.

La forma como se manifiesta en España la Edad Media o el Renacimiento, o la época contemporánea, es una forma original, que se da allí como no se manifiesta en ninguna otra parte. España participa de los sacudimientos y de los lentos y normales procesos que las demás naciones de Occidente promueven o experimentan; pero participa dando a todos esos incidentes de la historia una interpretación suya, y utilizando las ideas según un patrón de valores que es exclusivamente de su dominio.

Partiendo de estas afirmaciones, mi tarea consistirá en examinar los efectos de fondo que la dominación islámica produjo en España. En percibir las alteraciones consumadas en lo español no sólo por el hecho de la fusión con lo árabe, sino también por el de la lucha contra lo árabe. Las manifestaciones del Islam en España, desde el punto de vista que trato no son, en efecto, únicamente producidas por la real acción que ese pueblo haya desempeñado, sino además, por las reacciones que su sola presencia provocó en los habitantes ya establecidos de antiguo en la península. En los godos y celtas, latinos y judíos.

Así, los cambios pueden ser comprendidos en tres conceptos; cambio en la fisonomía psíquica española; unificación de los Estados Ibéricos frente al poder mahometano; y la imposición a España de un papel singular en la historia de Europa, lo cual acarrió a aquella nación su descompasado ritmo, al que aludí en líneas anteriores.

Hombres de ciencia y viajeros de todas las épocas han escrito mucho acerca del primer concepto apuntado. Y es que la originalidad psicológica hispánica salta al espectador como una nota de contraste enérgico dentro del paisaje europeo, teñido con tintas muy parejas. El tipo de vida que se ejerce más acá del Pirineo es, hasta cierto punto, desconcertante para quien la contempla desde fuera, imbuído en los cánones de tradición, de pura cepa occidental germánicolatina. Hasta el folklore español tiene rasgos muy propios; y el teatro, la novela, la poesía, nos dan una clara sensación de que estamos ante personajes y sensibilidades cuyo perfil no coincide con el diseño común.

Luis Bertrand (9) ya señala una serie de peculiaridades ibéricas imputables a la presencia del sarraceno. Los apuntes del historiador francés pueden ser inexactos o desmesurados, pero reflejan muy claramente la sensación que el europeo no español experimen-

ta ante lo para él exótico del carácter hispánico. Bertrand alude a lo anárquico de la idiosincrasia, a la tendencia a la agresividad y al excesivo individualismo perceptibles en los españoles. Constata además ciertos rasgos de comportamiento histórico, como la retorcida truculencia de la diplomacia que la Corona de Castilla sostuvo durante el siglo XVI; y como la rapacidad que distinguió las campañas de conquista en ultramar iniciadas durante la misma centuria; y, por último, subraya el francés el hecho de que el español sea un pueblo dado con gran vehemencia y poca reflexión a las contiendas intestinas que han terminado por esterilizarlo. Hay mucho de mal observado y de desfigurado en estas afirmaciones. Sin embargo, queda algo de cierto, y, con respecto a ese trozo de verdad, es muy posible decir sin grandes riesgos de equivocarse, que procede de la influencia musulmana.

Pero me propongo exponer los motivos que, creados por los árabes, desviaron a España del camino que Europa seguía. Los motivos, las causas, y los efectos que de ellas se deducen. Los cambios en el carácter pueden ser una razón profunda del viraje español, pero no lo explican suficientemente. Se trata, en último análisis, de precisar los resultados históricos de la invasión sarracena.

En cuanto al segundo de los conceptos señalados, he de atenerme a una frase que formuló Ortega y Gasset, al tratar uno de los grandes problemas de su patria en "España Invertebrada". Es una idea, ésta que expone el meditador de Madrid, muy difundida y además exacta. Dice Ortega (10) que "La continuada lucha fronteriza que mantienen los castellanos con la Media Luna, con otra civilización, permite a éstos descubrir su histórica afinidad con las demás monarquías ibéricas, a despecho de las diferencias sensibles; rostro, acento, humor, paisaje..." En efecto, es de imaginarse que, frente al enemigo extraño, los dispersos intereses de los reinos de España se atasen en uno; y que se comprendiera, delante del invasor totalmente distinto, la liga que, pese a todas las pugnas y a todos los matices, unía a los pueblos de Castilla, de Aragón, de Asturias... La impresión que ofrece aquella época es la de un país que, al sentir el imperativo de una defensa decisiva, deja de lado todas o casi todas las discordias internas, y se encuentra de pronto con la evidencia de que constituye una individualidad, una entidad homogénea que figura en la historia como tal. Toda la reconquista —en la que Ortega, por cierto, no cree sino con reservas— es la historia de la superación de rivalidades domésticas, al conjuro de una gran amenaza que se cernía sobre todas las desigualdades, y les restaba importancia, y a veces las anulaba. Los pendones de todas las monarquías cristianas fueron agrupándose uno a uno, en torno de la insignia de Castilla, que mantenía una política muy hábil de coordinación. El sarraceno en Al-Andalus fué para los señores y para los pueblos un

elemento de estímulo, un a manera de catalizador, que favoreció la mezcla de los señoríos de estirpe occidental, sobre todas las resistencias que a ella podían oponer las pugnas económicas, las rencillas dinásticas y los celos regionales.

Es claro que no se puede atribuir, llana y sólamente, a los árabes la unificación de los Estados Ibéricos. El proceso estaba en marcha y había factores que actuaban en él con decidido dinamismo. El movimiento que en toda Europa tendía a plasmar los actuales núcleos nacionales y políticos, abarcaba también el territorio de la península; pero en España la aglutinación ocurrida ante la presencia de un enemigo, hecha porque así lo exigían las circunstancias violentas, tiene un carácter más acusado, más intencionado que en ninguna otra parte. Lo que en otros países fué nada más que el deslizarse por los cauces que la historia marcaba, deslizarse inconsciente en muchas ocasiones, en España fué el resultado de un problema que había que resolver, y al cual tenía que atenderse en forma urgente, poniendo en la empresa la inteligencia y la acción.

Precisamente de aquí deriva el concepto que en tercer lugar dejo enunciado. De esta actitud defensiva, arranca el movimiento lateral de la nación española que se separa de todas las demás para quedarse como rezagada y vigilante, atisbando los peligros que turbaban, o podían llegar a turbar, el andar de las otras. Para Sánchez Albornoz resulta incalculable la magnitud del hecho. El caso es que España, comprometida en una lucha agudísima, en la que se jugaba nada menos que su carácter de país europeo, gastó durante siglos sus energías, y permitió de paso que, de Francia hacia adelante, todo siguiera normal, propicio para el proceso sin sobresaltos. La hazaña española de pararse decididamente ante los árabes y obstruirles el camino que lleva al interior del Continente, es tan valiosa como trágica. Vencedora, o cuando menos hostigadora en todas las fronteras; su esfuerzo o su indocilidad la debilitaron y la exaltaron; y la diferenciaron también de los países que, al defenderse ella, defendía. Ni las cruzadas, ni las empresas de Carlomagno ni, en general, la Historia de la Edad Media tal como hoy la conocemos y tal como es el supuesto para la Historia posterior del Occidente, hubiera sido posible si los moros se hubieran colado en el escenario donde discurría. Dice Sánchez Albornoz (11): "Mientras Europa luchaba consigo misma, se transformaba, creaba... España, la España cristiana, velaba y combatía por ella frente al Islam, y gastaba sus fuerzas en luchas que de otra manera hubieran interrumpido el desenvolvimiento normal de Occidente. ¿Hubría podido Carlomagno actuar con toda libertad de movimiento si el reino de Asturias, de quien nadie se acuerda en la historia de Europa, no hubiera ocupado cada año en Junio y Septiembre, dos grandes ejércitos musulmanes, que lo invadían y combatían sin tregua para aniquilarle?"

La economía española, el régimen social, se rompieron con la invasión musulmán. Un atraso de muchos años se notó en el desarrollo de las instituciones y de las actividades de la cultura. Sólo Castilla, tierra creadora y española por excelencia, se pudo lanzar en un momento dado, a construir la lengua, la literatura y la unidad política; pero el destino español estaba ya escrito, y era su designio diferenciar a España de los senderos comunes que seguían, más allá de la frontera oriental, los otros miembros del Occidente cristiano.

* * *

Este es el cuadro de las opiniones y de los datos que se tienen sobre la influencia árabe en la Península. Incompleto y en algunos puntos contradictorios, sirve sin embargo para dejar bien afirmada la importancia de aquella influencia. Por una parte está la inoculación de una cultura nueva y muy sugerente en el ánimo de los europeos. Esta cultura que irradió sobre todo el panorama de Europa, y que hizo de Córdoba, por siglos, junto con Bagdad y Constantinopla, un centro mundial al que había que acudir si se quería la información más nueva, la interpretación más fina, las ideas más antiguas y más recientes. Está la maravilla de la arquitectura árabe con su sentido sensual y amable, con sus alardes majestuosos y sus diseños de elegancia difícil de superar. Y está la literatura, y la filosofía, aquellos textos sobre los cuales se inclinaron, pensativas, las frentes más poderosas de la época, y que más tarde estuvieron en manos de los hombres del Renacimiento, sugiriendo tramas, dando nuevas entonaciones a la cultura y a las obras que la representan. Y por otra parte, está ese drama de la resistencia, y ese inexorable entrar de lo árabe en el seno mismo de la civilización con quien compartía el suelo, a la que combatía y con la que, asimismo, se mezclaba. Esta serie de hechos, este sistema tan complejo de fuerzas que tiran en direcciones contrarias, la gravedad de este proceso que se inició, legendariamente, con los amores de Rodrigo y Florinda, es lo que me importa subrayar. Y me importa para dejar sentada la magnitud del más activo e inteligente de los caudillos sarracenos. Es decir, del hombre que con vigor más acusado impulsó la cultura de los suyos, fortaleció su organización militar y política, hostigó a los cristianos y les creó, al conseguir el poder más alto para el Califato, la situación más agudamente crítica y requeridora de los esfuerzos más grandes. Este hombre, cuyo poder y significado son innegables en la Historia de España, es el primero de los Califas Cordobeses, el más brillante de los Omeyas; es Abderrahman hijo de Mohamed, el tercero de su nombre.

CAPITULO II

LOS PRIMEROS OMEYAS.

Los Primeros Omeyas.

La conquista de España se inicia, según la leyenda, con los amores de Rodrigo y Florinda. El rey que se enamora de la hija del Conde Julián, al deshonrarla, provoca la traición y las puertas de España quedan abiertas para que penetren los sarracenos desde el Africa.

Aquel momento en que
pensó la Caba estar sola
pero la ventura quiso
que entre unas espesas hiedras
la mirara el rey Rodrigo (12)

fué pues, si hacemos caso de la voz popular y aún de la fama que se muestra en las más grandes y eruditas historias, el instante en que se decidió fatalmente toda la Historia de ocho siglos españoles.

Dozy comenta que la crítica histórica ha corregido el punto de vista legendario, atribuyendo la decisión del Conde a motivos patrióticos (13) más que a punto de honor, ya que D. Julián era posiblemente de origen bizantino, y podía esperar que, con los árabes, los suyos ganarían algo; y además porque era amigo de Witiza, el rey a quien Rodrigo había usurpado la corona.

No nos consta la existencia real del conde Julián, y mucho menos los acontecimientos en que la tradición insiste en colocar su figura. Tal vez este D. Julián, si es verdaderamente un personaje histórico, no tuvo sino un papel secundario en el gran drama de la Conquista. La manera más lógica para explicar la intromisión de los

árabes en España es pensar en su indudable pujanza de pueblo joven y además encardecido por una religión eminentemente belicosa, y junto a esta pujanza, pensar en la debilidad que por entonces mostraban los viejos reinos de la península, divididos por pleitos dinásticos e inseguros por la perpetua inconformidad de los pueblos. Es de observarse que esta explicación general no excluye necesariamente la verosimilitud de la tradición romancesca, en la cual no creo en forma segura, pero sí la encuentro digno inicio para la época, tan llena de episodios crueles y caballerescos, que se dice empezó con aquellos amores de Rodrigo y Florinda.

Sea lo que fuere, el hecho es que los musulmanes, al mando de Taric primero y de Muza después, se hicieron dueños en tiempo bien corto de la situación. La resistencia que España opuso a sus huestes fué débil y mal organizada, y entorpecida por las traiciones, abundantes siempre que se trata de un pueblo mal gobernado, que se ve ante un conquistador quizá más benévolo que el tirano que ya ha soportado por mucho tiempo. El gobierno, efectivamente, era a la sazón injusto a tal grado que resultaba intolerable. Así, no escasearon los jefes y los grupos de plebeyos que no sólo se mantenían impasibles ante la oleada musulmana, sino que la ayudaban activamente, abriendo las puertas de las ciudades o combatiendo contra los mismos cristianos. Los árabes pudieron bien pronto consolidar un poder bastante fuerte, para lo cual se valieron de su sistema de tolerancia religiosa y de grandes muestras de blandura con los vencidos. Hablando de la tolerancia en materia de credo, Antonio Prieto (14) la explica por razones de carácter político y fiscal, ya que la ley establecía tributos muy onerosos para los infieles, en tanto que los mahometanos estaban exentos, y así, convenía al Estado que persistiera un número crecido de personas de otra religión. De cualquier manera, lo cierto es que el dominio de la Media Luna resultaba mejor que las arbitrariedades cometidas antes por los príncipes godos. Los derechos más caros para la población cristiana recibieron garantía por medio de convenios, escrupulosamente observados por los vencedores, por lo menos en los primeros años de la dominación. Se trataba de pactos por los cuales quedaban a salvo intereses económicos a veces y religiosos en otras ocasiones. Dozy afirma que para el siglo IX no subsistía vigente ninguno de esos documentos (15), y es que la actitud bondadosa y comprensiva del Islam tuvo que desaparecer, a medida que las circunstancias consolidaban el poder político musulmán, y no hacían necesarias, por lo tanto, las demostraciones humanitarias que antes habían presidido la conducta de los árabes en España.

Los primeros años de la Conquista transcurrieron sin grandes personalidades que haya que aotar entre las filas invasoras. Los caudillos de gran fuste no habían surgido todavía entre los moros,

ni los grandes artistas ni los grandes traductores y pensadores. Es cierto que no escasearon jefes con el talento y el valor suficiente para conquistar aquellas tierras y poner en ellas los principios de un Estado perdurable; pero no puede compararse la estatura de estos jefes, como Muza y Abdelaziz, con la de personajes posteriores de una indudable prestancia histórica, que nos muestra rasgos inconfundibles de verdaderos genios de la guerra y de grandes hombres de la política. Esos primeros años constituyen una época en la cual los gobernantes de España eran designados desde el África y mediante la anuencia del Califato Damasquino; es decir, que estos jefes carecían de la independencia suficiente para mostrar en su misión su propia iniciativa y el entusiasmo que se pone en las empresas personalmente concebidas y que van a satisfacer los propios intereses y el propio afán de vanagloria. Aquellos hombres se dedicaron a una labor vacilante entre la pura rapiña y la verdadera política de consolidación. Militarmente se destacan, en el tiempo que va de la llegada de Taric a la de Abderrahmán I, sólo dos acontecimientos cuyo relieve ha sido tallado, en gran parte, por una tradición apasionada, de modo que no puede atribuirseles, a ellos por sí mismos, una importancia decisiva. Me refiero a las batallas de Covadonga y de Poitiers.

La batalla de Covadonga se dió en 718 en las montañas de Asturias, y más precisamente en el sitio conocido como los Picos de Europa. "Este salvaje laberinto de montañas... se eleva, además, sobre la tierra baja de la costa, y se cierra al exterior mediante enormes murallones, verticales como lienzos de un recinto almenado, altos de cerca o de más de mil metros y blancos como la nieve misma que los corona largos meses" (16); así ha sido descrito el escenario de la célebre acción. Era por aquel tiempo gobernador áraba de España Al-Horr, el tercero de los jefes de su raza que venía a la península. Morayta cuenta el hecho diciendo que, en vista de que los árabes, en su ambición de conquistar la Galicia, habían distraído la mayor parte de sus ejércitos en la región Pirenaica, los astures organizaron la resistencia bajo el mando de uno de ellos, llamado Pelayo, que era hijo de Favila y sobrino de Rodrigo. El pequeño ejército rebelde atrajo hacia la zona de los Picos de Europa un cuerpo musulmán que trataba de reducirlo y que iba al mando de un jefe llamado Alcama. Los cristianos se refugian en una cueva conocida como la cueva de Covadonga. "Avístalos Alcama, ordena a los suyos seguir adelante y da la voz de ataque. Las flechas de los árabes no llegan al pecho de los cristianos, defendidos por las mismas escabrosidades de las montañas; y rebotando contra los peñascos, vienen a caer sobre los mismos que las disparan, y esto a la vez que se les vienen encima troncos de árboles y descomunales piedras que sobre ellos arrojan desde lo alto sus enemigos" (17). Esta bata-

lla, que según Sánchez Albornoz tuvo tanta importancia o más que la de Poitiers (18), dejó libre la región de Asturias de sarracenos durante todo el resto de la Conquista.

El segundo suceso, la batalla de Poitiers, (que en realidad se dió en un lugar cercano, llamado Cenón) ocurrió en 732 y fué librada entre las tropas de Abderrahmán ben Abdallah el Gafequi y la de Carlos Martel, hijo de Pepino de Heristal. Sucedió que los árabes se lanzaron contra las ciudades de la frontera, de las cuales atacaron Burdeos, previas batallas fáciles, y aparecieron por último en Cenón. Al aproximarse el ejército franco, los moros buscaron el combate en las afueras de la población. Allí aconteció, en efecto, durante varios días. Con fortuna variable los dos grupos enemigos se disputaron la victoria, hasta que un sábado del mes de Octubre, mediante la intervención del Duque de Aquitania, lograron los cristianos un triunfo definitivo. Según cuenta Morayta (19) la llegada del Duque, que invadió el campamento musulmán, desordenó las filas agarenas, provocando tal desconcierto que el mismo Abderrahmán fué muerto a lanzadas, y los suyos fueron dispersos para no volverse a reunir sino hasta que llegaron al abrigo de las plazas fuertes de Narbona y Carcasona. El mismo autor añade que "la batalla de Poitiers, cerró para siempre la frontera occidental de Europa a la invasión mahometana".

Ya he dicho que Sánchez Albornoz depone la mayor parte de este mérito en el combate de Covadonga, que es para él no sólo un antecedente de la hazaña de Martel, sino que propiamente significa la consecución de lo que los francos pretendieron unos años más tarde. Triunfo mayor que el de Poitiers, Covadonga, ocurrida anteriormente, había ya cerrado las puertas de Francia. A pesar de esta opinión, quizá se deba atender, para valorar justamente los dos sucesos, al hecho de que en el primero ha intervenido la tradición con gran entusiasmo, exagerándonos sin duda la magnitud y la virtud de los acontecimientos; es difícil creer completamente a historiadores que vivieron mucho tiempo después del siglo VIII. Estos, por fuerza, habrán tenido que hacer caso a la leyenda dispersa en pequeñas crónicas y en fábulas orales, y habrán por tanto introducido en sus juicios un poco —o un mucho— de material inexacto, o cuando menos que escapa a toda prueba.

* * *

La dinastía Omeya marca con su advenimiento, lo que podría llamarse la edad de oro del Islam en España. Los Omeyas, que habían ocupado el sitio califal en Damasco durante muchas generaciones, y que no habían perdido ni su prestigio, ni su poder en la corte, acabaron por malquistarse con los Abasidas, califas a la sazón, quienes tramaron intrigas y crímenes contra sus rivales, hasta tal punto

que éstos, perseguidos y en desamparo, tuvieron que buscar otros lugares menos hostiles donde continuar la tradición de poder y de gloria de su casa.

El primero de los Omeyas que fué Emir en España, Abderrahmán I, se hace notar a la primera mirada que se dirija sobre su historia, por su vida azarosa y magnífica, típica de un moro de su clase y de su tiempo. Su biografía se desplaza desde el Asia hasta Europa, desde la mayor de las desventuras hasta el más alto de los triunfos. Salpicada de incidentes extraordinarios, se desarrolla ante nosotros como si fuera la historia de un personaje imaginado por los persas en alguno de sus cuentos, más que como el relato de lo acaecido a un hombre que en realidad vivió, y que verosíblemente pasó por los sucesos que de él se refieren. La historia de Abderrahmán I inicia el ciclo de las grandes historias musulmanas, de los grandes personajes que con sus hechos enriquecieron el país, la cultura y el romancero. Y ya representa al personaje, perpetuamente en vaivén de la desgracia a la gloria, con su leyenda de fuertes claroscuros, la energía tremenda de su estirpe. Esa energía que culmina en el rostro y en la mano —“blanca como la de Moisés”— de Abderrahmán III.

Los Abasidas, como he dicho, perseguían en forma cruenta a los Omeyas. Ellos habían dado muerte a las grandes cabezas de la familia, y ante ellos Abderrahmán, después de perder asesinados a sus hermanos, enfermo y sin fortuna, huyó hasta el África, donde pasó cinco años peregrinando de tribu en tribu (20) hasta que supo de la gran amabilidad de Al-Andalus, y concibió el proyecto de cruzar el mar para llegar a él. Por medio de una serie de maniobras políticas y aprovechando algunas circunstancias afortunadas, consiguió que los simpatizadores de su causa que en España había, lo lamasen al gobierno del deseado país. Por fin “al caer la tarde del 13 de Septiembre del año 755 saltaba a la arena de la playa de Almuñecar (provincia de Granada)” (21). Después de tan larga serie de desdichas, después de la tragedia y de la permanencia y deambular por el desierto africano, el Omeya llegaba a Andalucía, donde su suerte había de cambiar totalmente, y con la suya la suerte de toda su familia. Luego de discusiones y combates, entre los cuales destaca el de la Alameda (756) Abderrahmán se adueñó de la Capital del Emirato y por lo tanto del gobierno de la península.

El primer Omeya se distinguió como todos los príncipes destacados de su estirpe, por su educación esmerada y por sus aspiraciones a una vida cultural intensa. Se dice que era poeta, y en relación con ésto reproduce Schack (22) un poema que refleja, incidentalmente, la natural nostalgia del moro que está en Andalucía, tierra nueva y lejana de su paisaje nativo. Es aquella poesía que puesta en

forma de romance empieza; "Tú también eres ¡Oh palma! — en este suelo extranjera. . ."

Ejerció el gobierno durante treinta y dos años (23), en el transcurso de los cuales su gran preocupación fué abarcar él sólo con su mano toda la fuerza política del Islam español. En efecto, procuró anular los pequeños señoríos de tipo feudal, que por entonces existían, organizando la administración por medio de wazires y cadíes. Esta política acarreó un gran número de revueltas, que no se extinguieron pese a todos los esfuerzos que para la pacificación del estado realizó el Emir. Las cosas permanecieron agitadas tan largo tiempo que la armonía interior todavía constituyó un problema para Abde-rahmán III.

Así que ese gobierno se vió constantemente acosado y distraído, tanto dentro como fuera de sus fronteras, por toda clase de acontecimientos bélicos. Uno de ellos fué la famosa expedición de Carlomagno, que culmina en Roncesvalles y que dá pábulo a una de las expresiones más célebres de la épica medieval europea.

El Emperador había entrado en España hasta Zaragoza, y al salir de la península, en un paso por los Pirineos, fué sorprendido por los moros, según unos, y según otros por los vascos. En realidad, la última opinión es la más seria y la sostenida por plumas que merecen más crédito. M. Abizanda y G. A. Melón (24) exponen las dos opiniones contrarias y se inclinan, en vista sobre todo de los Anales Francos de Eginardo, por la segunda. Se refieren a lo dicho por Cordera, quien hace figurar como adversarios de Carlomagno en Roncesvalles a los moros, fundándose en la autoridad de Alakkari, Aben-Adhari y Al Atsir. Estos tres cronistas no merecen crédito absoluto ya que los tres vivieron en tiempos muy posteriores al siglo VIII e incluso uno, a mayor abundamiento, no estuvo en España.

La hipótesis más verosímil es la sostenida por Dozy, E. Saavedra, Sánchez Albornoz en nuestros días, y desde luego por los citados Avizanda y Melón. Se reduce tal teoría a lo siguiente (25). Atraído el caudillo de los francos por las promesas del moro Ibn Alarabi, quien le ofreciera ciudades importantes en España, invadió, en 777, este país al frente de sus huestes. Ocupó Pamplona y le destruyó su muralla para privarla de defensa; llegó a Zaragoza, ciudad que esperaba tomar sin esfuerzo, pero que sin embargo opuso tenaz resistencia, por lo cual Carlomagno emprendió la retirada tras de algunas escaramuzas. En un desfiladero —el de Roncesvalles— sufrió el ataque de los vascos, quienes diezmaron su retaguardia y privaron a su corte de muchos de los caballeros más esforzados y brillantes.

Roncesvalles es uno de esos acontecimientos históricos ricos en sugerencias, que hirieron en una forma muy profunda la imaginación de los historiadores y juglares de la Edad Media. Quizá se deba esto

al prestigio, heroico y rotundo, de Carlomagno; quizá a la belleza plástica que sugiere la batalla —choque de pulidas armaduras cristianas, revolver de albornoces, blandir de espadas y de alfanjes, agitarse, correr y encabritarse de las cabalgaduras, todo en el gran escenario escarpado del Pirineo—; o quizá a la real importancia, al auténtico e inusitado valor y encumbramiento de los guerreros que en Roncesvalles cayeron y triunfaron. Sea por lo que fuere, el hecho es que tanto la literatura francesa como la española han sido pródigas en obras que aluden a la célebre acción de armas, directa o indirectamente, pero siempre en tono de admirada complacencia. Ambas literaturas han forjado sus héroes de la batalla. Así Rolando es la gran figura de uno de los más famosos cantares de gesta provenzales. Su fuerza prodigiosa, su ánimo inextinguible, surgen sobre el estruendo de la refriega con un amplio esparcirse de cosa de leyenda, de gesto magnífico y fabuloso, como corresponde a todos los gestos de los grandes protagonistas épicos.

El Romancero español, por su parte, tiene en Roncesvalles su personaje, más realista, más humano que el de la canción francesa; pero tan notable y tan elogiado como el propio Rolando. Los viejos romances no llegan a presentar a Bernardo del Carpio más que como un soldado enérgico y, desde luego, de valor muy notable. Como todos los personajes castellanos, éste no se desprende jamás del suelo; no se convierte, por obra y gracia de la fantasía, en ejemplar de esa especie de semidioses que abundan en las otras literaturas de la época. Bernardo del Carpio es en Roncesvalles un luchador esforzado, capaz incluso de definir la suerte del combate, pero que se nos antoja vulnerable, y que se nos muestra como accesible a la fatiga. Sin embargo, es el héroe español. Equivalente al francés, y sólo distinto en virtud de la diferencia de caracteres nacionales que dieron el origen al uno y al otro. Como ha sido puesto de manifiesto en gran número de casos, la literatura hispana no abandona nunca la línea realista, ni aún en las obras que, por su argumento, resultan más propicias a lo puramente imaginativo.

Ya se ha dicho que Abderrahmán I se distinguió por sus aspiraciones culturales. Aparte de las obras literarias, y en general de las que tienen estrictamente naturaleza intelectual, obras que él promovió o que fueron realizadas por el ambiente favorable que el había instituido, aparte quedaron buenas muestras de su espíritu creador en forma de edificios como la gran Aljama de Córdoba, cuya construcción inició él; o como el acueducto que bajaba de la montaña a la Capital, y como jardines públicos, mezquitas, hospitales y escuelas. Ensanchó el castillo y circundó su palacio de Rusafa o Arisafa de parques similares a los que tenía su abuelo Hixem en Damasco. Pero, en este sentido, su mayor gloria está en la gran mezquita. Después de negociar con los cristianos, se apropió entera de la

Catedral de Córdoba, que hasta entonces había estado dividida por mitad entre los dos cultos; pudo así empezar el proyecto del templo famoso, que él no debía de ver concluido. En 786 se iniciaron los trabajos, que se prolongaron durante el reinado de muchos emires posteriores, hasta quedar, por fin, el espléndido edificio que hoy se conserva, con sus columnas, sus múltiples naves, sus arcos y sus lujosos decorados.

Abderrahmán pasó así los años de su gobierno preocupado por la pacificación interna y por el engrandecimiento del país. La oposición cristiana más allá de las fronteras era muy suave. Si el problema de las revueltas civiles no pudo ser resuelto por entero, pues siempre se mantuvo una desagradable tensión entre los distintos bandos musulmanes, la tarea civilizadora sí llegó a resultados notables. Abderrahmán I hizo de Córdoba una capital importante, hacia la que se desplazaba todo el saber y toda la inquietud intelectual arábiga, que en el Oriente ya no podía prosperar.

Murió el Emir el día 24 del segundo mes de Rabí en el año islámico de 171, o en otros términos, el 30 de Septiembre de 788. Había sido, según sus cronistas, un buen gobernante, enérgico y benévolo, tanto como las circunstancias lo permitían.

* * *

En 788, Hixem uno de los hijos de Abderrahmán, sustituyó a su padre en el emirato cordobés. Su gobierno habría de transcurrir en un tono pacífico que casaba muy bien con su carácter. En realidad, según Dozy (26) el temperamento del joven príncipe era tan pronto inclinado a la indulgencia y la bondad como a la crueldad más violenta. La tradición atribuye el final predominio de la primera de esas cualidades a un augurio que se le hiciera a poco de subir al trono. En efecto, se le había predicho una muerte muy próxima, y ante esa amenaza eligió sin titubeos el camino de la virtud. Refiriéndose a Hixem y su gobierno, Müller (27) dice que, "Salvo algún caso muy pasajero, transcurrieron ocho años sin tener que luchar con turbulencias interiores. Sin carecer de energía, era humano, sencillo y reposado". Uno de esos casos pasajeros a que se refiere Müller es la rebelión de Soleiman y Abdallah, hermanos del Emir, quienes eran gobernadores de Toledo y Córdoba respectivamente, y que tenían ambiciones de llegar al sitio de Hixem, y padecían además el resentimiento propio de quienes han sido pospuestos por el padre al elegir éste sucesor. La insurrección fué pronto reprimida, al reducirse Abdallah sin grandes dificultades, y al **aceptar** Soleiman un dorado destierro en Berbería.

En las postrimerías de su reinado, Hixem organizó una expedición para hostilizar a Carlomagno, en la Frontera, en vista de que el

Emperador significaba todavía un peligro. La tentativa musulmana logró un éxito relativo, pues pudo retornar la hueste con un botín apreciable, que fué agregado al tesoro.

Uno de los peculiares caracteres de Hixem fué su religiosidad extrema, que lo llevó a aceptar y a proteger la secta de Malick, cuyas doctrinas y prácticas él acataba con el mayor respeto. La piedad del Emir fué manifiesta en todos los actos de su vida; era magnánimo con sus súbditos y llegaba a tanto su espíritu de caridad, que en las noches de grandes tormentas salía de su palacio para llevar alimentos y vestidos a los más pobres (28). De aquí indudablemente el sobrenombre de Radí (el querido) con el que sus vasallos gustaban designarlo. El celo religioso de Hixem no sólo provocó acciones de naturaleza tan puramente humanitaria, sino que también lo hizo emprender campañas sangrientas contra los cristianos de Galicia y de Vasconia, campañas que dirigieron Abdelmelic y Abdelquerim. En el interior, estas manifestaciones de guerra santa se tradujeron en una hostilidad cada vez más intensa contra el credo romano. Esta hostilidad tuvo sin embargo matices de política muy hábil, pues consistió en medidas tales como la prohibición de la lengua latina, y como la disposición según la cual los hijos de los cristianos debían concurrir a escuelas árabes (29). Es muy clara la tendencia de estos mandatos; buscaba Hixem una fusión completa —la fusión de la lengua y de la creencia— entre los elementos tan dispares que poblaban su dominio.

Murió en 796, y fué sucedido por uno de los emires de espíritu más cruel en la Historia de Al-Andalus.

* * *

Alhakem I se distinguió, en efecto, por la violencia con que reprimía las insubordinaciones de sus vasallos, y desde luego las insurrecciones, que abundaron durante su mandato. Si bien es cierto que ninguno de los príncipes musulmanes pudo mantener su historia limpia de todo derramamiento de sangre; si bien en todos se nota un fondo cruel, congénito y propio de la raza y de los tiempos, Alhakem, junto con Abdallah, es el caso más claro de barbarie y de falta de escrúpulos. Ya analizaré esta característica en Abde-rrahmán III; pero ya se verá cómo en el Califa existe una contrapartida de bondad y de buen sentido, formando un contraste entre buenas y malas pasiones, perceptible en muchos otros personajes del Islam. Alhakem es decididamente cruel, sin matices, sin atenuaciones, sin caídas en el polo opuesto. En todo caso, si realizó buenas obras éstas deben haber sido tan insignificantes como desmesurada es la injusticia monstruosa de sus actos habituales.

Su reinado dista de la tranquilidad que caracteriza al de Hixem. "En él se preludian los grandes movimientos nacionalistas que ensangrentaron a Al-Andalus durante varios años" (30). Es decir, que su gobierno inicia, en una forma ya radical, la lucha por el poder absoluto, contra el clero, y desde luego contra los eternos disconformes. Entre éstos se contaron los dos hermanos de Hixem, Abdallah y Soleiman, quienes se consideraban con mejores títulos que su sobrino para ejercer el gobierno en España. Estos dos personajes, que como ya hemos visto eran viejos aspirantes al emirato, se alzaron contra el hijo de quien en un tiempo los había derrotado, y aún reducido a una apacible —aunque nada más aparente— conformidad. Soleiman y Abdallah llegaron incluso a requerir la ayuda de Carlomagno. Todo un plan en el que intervendrían grandes señores y gran número de gente de armas, se fraguó contra el Emir, quien se apresuró a sofocar la rebelión en sus puntos centrales. Mandó sitiar a Toledo y arremetió él en persona a sus dos tíos, los que tuvieron que retirarse a Murcia y Valencia. La capital del Tajo fué tomada por Amru, quien sin mayores miramientos mandó decapitar a uno de los jefes que habían resistido el sitio.

Pero las contiendas de fondo religioso fueron las que mayores preocupaciones plantearon al Emir. Hixem, como he dicho, había auspiciado el desarrollo de una secta piadosa que iniciara Malick en Africa y que Yahya ben Yahya encabezaba en España. Los maliqitas habían logrado, explotando la piedad de Hixem, colocarse en sitios envidiables dentro de la administración pública y en la corte. Ni el espíritu poco religioso de Alhakem, ni su ambición de gobernar como monarca absoluto, podían ser propicios para tales ventajas concedidas a tales individuos. La acción política del Emir contra ellos provocó bien pronto una reacción, que fué el punto de partida para toda una larga serie de episodios sangrientos.

Yahya ben Yahya, con otros de sus correligionarios, se comunicó con varios aristócratas en desgracia, y entre todos decidieron un golpe de Estado mediante el cual Alhakem sería destituido e Ibn-Chammas, un primo suyo, sería elevado al trono (31). Descubierta la conjuración y ahogada en sangre, Yahya y otros supervivientes refugiáronse en Toledo, que era por entonces ciudad casi autónoma respecto a Córdoba. El orgullo de sus habitantes y su disconformidad con el gobierno de Alhakem, fueron causas excelentes para que los fugitivos encontrasen, además de un seguro asilo, un clima muy adecuado para extender sus ideas.

En Toledo se desarrolló uno de los acontecimientos más tenebrosos de la historia de Alhakem. Uno de esos sucesos que bastan para pintar toda la perfidia de un soberano, y que son suficientes para condenar históricamente todo un reinado. La "jornada del foso" no tiene, sin duda alguna, paralelo en toda la época musulmana es-

pañola. Con el incendio del Arrabal de Córdoba, constituye la acusación más fuerte contra aquel despota, hijo de tan bondadoso padre. Equivale a las hazañas más lóbregas y cenagosas que se atribuyen a algunos príncipes bárbaros de Oriente y a los más despiadados de la decadencia romana. Sucedió que Alhakem, descontento por la actitud de los toledanos, decidió tomar desquite, y para realizar ese propósito urdió una trama mediante la cual muchos nobles de la ciudad rebelde fueron muertos a sangre fría, uno a uno, al entrar a un sitio en donde, según se les había dicho, recibirían agasajos y honores, pues Amrus, delegado oculto de Alhakem, invitaba. Ibn Jaldun narra (32) cómo, so pretexto de la visita de Abderrahmán, príncipe de la sangre, Amrus organizó un banquete al que fueron convocados los señores más importantes de Toledo. Amrus tenía ya instrucciones acerca de cuál debía ser su comportamiento. "... y los hacía entrar por una puerta y salir por otra para evitar la aglomeración de los concurrentes. Estos entraban así a donde estaba una fosa; al acercarse a ella se les degollaba, hasta que cayó asesinada la mayoría de ellos". (33).

Sólo de imaginar el gesto, el estado de ánimo del Emir al planear tamaña venganza, impulsado sin duda por un resentimiento enfermizo, se siente la desagradable impresión de estar frente a uno de esos personajes excepcionales, desatados y torbos; ante alguien dueño de un poder casi ilimitado, que usa toda su fuerza para desfogar sus instintos, sus caprichos, teñidos con un acusado matiz patológico.

El episodio del Arrabal de Córdoba (al que no fué ajeno Yahya ben Yahya) sobrevino a raíz de una revuelta que el comportamiento del Emir y de sus soldados promovió entre los habitantes de la capital. Alhakem había llevado a su ejército un gran número de mamelucos, que por su brutalidad y su apariencia de gente extraña y advenediza se atrañeron el odio de los musulmanes. Estos llamaban "mudos" a los terribles negros, que no lo eran en realidad, pero que lo parecían por su desconocimiento del idioma. El descontento popular llegó al colmo cuando el Emir, con más voracidad que inteligencia (34), restableció el impuesto sobre los consumos. Pronto los ánimos estuvieron tan exaltados que la muerte de un armero a manos de un mamelucó encendió un motín de grandes proporciones. Los alzados pusieron en grave aprieto a la gente de Alhakem, y la propia vida del soberano llegó a estar en riesgo inminente. El Emir concibió un plan de estrategia primitivo y bárbaro, que consistió en distraer a los amotinados, que ya atacaban el palacio, quemando y destruyendo hasta los cimientos el arrabal de donde procedían. Obaidallah se encargó de la empresa, y tuvo en ella buen éxito; la gente, pobre y mal armada que cargaba sobre la residencia principesca, volvió grupas al ver el resplandor del incendio, pues importaba sobre todo

salvar del fuego los pocos bienes que aquellos hombres poseían. Alhakem fué implacable con los cabecillas, a quienes mandó matar sin mayores averiguaciones, y no menos enérgico con los amotinados comunes y sin relieve, a quienes desterró al Norte del África. Se dice que de ese grupo de antiguos cordobeses surgieron los primeros colonizadores de Creta.

Y tal es, si no la historia, cuando menos el relato, incompleto, de lo más importante e ilustrativo sobre la vida y la obra de Alhakem primero, que murió en 822, dejando el emirato en manos de Abderrahmán II.

* * *

"Jamás la corte de los emires de España había sido tan brillante como durante el reinado de Abderrahmán II", afirma Dozy (35), y en esta afirmación queda contenida la tónica general que el hijo de Alhakem impuso a su gobierno. Puede deducirse de la frase de Dozy que no se trata de un período de triunfos militares impresionantes, sino más bien de una época en la que se olvidaron los trabajos de la guerra, o en la que, cuando menos, tales menesteres ocuparon un segundo término. El primero, lo tenían los placeres de un refinamiento que ya se insinuaba en Córdoba y que habría de llegar, bajo la mirada de Abderrahmán III, a uno de sus grados más altos y también más peligrosos.

El hijo de Alhakem se rodeó de favoritos, entre los cuales hay uno cuya personalidad da la pauta de los gustos y las aficiones de aquel tiempo. Era Ziryab, poeta y hombre de mundo, uno a manera de árbitro de las elegancias, que intervenía en la confección de los platillos, dictaba la moda en el vestir, componía música y versos y era, en fin de gran influencia dentro de la corte. Un personaje así no puede concebirse sino en una sociedad cuyo desarrollo haya llegado a un cierto límite, después del cual el período de pura lucha, de etapa formativa, se ve, engañosamente, como superado.

Otro de los favoritos de Abderrahmán era Yahya, nuestro viejo conocido, quien, después del eclipse que su fortuna sufriera durante el gobierno anterior, volvía al poder, y ahora más aferrado que nunca a su situación privilegiada. Fué de esos hombres que, sin tener oficialmente ninguna función definida, aparecen en determinados regímenes como llaves de todo un gran sector de la actividad política. La influencia de Yahya tuvo mucho que ver sin duda alguna con la conducta del Emir respecto a los cristianos. Los cristianos, que se veían perder terreno ante un proceder no abiertamente hostil, pero sí muy efectivo en contra de ellos, reaccionaron en forma radical, y conforme con los principios de su fe. Aparecieron los mártires, como Flora y Eulogio, que insultaron públicamente la fe y la pre-

sona del Profeta, para atraer sobre ellos el terrible castigo que la Ley Islámica prescribía para los blasfemos. "La iglesia de España vió en los tiempos de Abderrahmán II renovado en Córdoba el fervor de los antiguos mártires... y pudo blasonar ufana de los triunfos que éstos lograron y que sirvieron de confusión a sus propios enemigos..." Tal dice Martín de Ulloa (36), desde un punto de vista estrictamente católico y no demasiado crítico. Otros autores, como Thomas Irving, inciden en la opinión contraria; en efecto dice Irving (37); "Estos cristianos fanáticos... creían que podrían contrarrestar la popularidad de la cultura arábiga de este modo, y así rompieron deliberadamente la tregua tácita que existía entre ambas religiones para tolerarse. Sus acciones fueron condenadas por el Concilio Episcopal que se reunió en Sevilla para hacer frente a la situación así creada".

Otros dos personajes que han pasado a la historia como favoritos del Emir son la princesa Tarub, esposa del soberano, y un eunuco llamado Nasr, que desempeñaba funciones de primer ministro.

Tarub era, según las historias, una mujer extraordinariamente dueña del arte de la intriga, y además interesada y fría a tal grado que a su mismo esposo tenía que ablandarla mediante regalos, para conseguir que le permitiese verla. En cuanto a Nasr, se dice que formaba con Tarub una sociedad de fines turbios, ya que con ella le unían similitudes de carácter y de interés. Entre las maquinaciones que urdió Tarub y que pintaban en una forma clara su personalidad de mujer ambiciosa, figura la que tenía por fin, a fuerza de dinero y de promesas, hacer que Abdallah su hijo fuese elegido sucesor de Abderrahmán II, propósito que afortunadamente no pudo conseguir.

El gobierno de Abderrahmán contó entre los sucesos más notables la invasión de unos hombres que eran totalmente exóticos en España. Los normandos, que por aquel tiempo se dedicaban a la piratería en los mares del Norte, cayeron accidentalmente sobre la costa asturiana de donde fueron rechazados por los cristianos que había en esa tierra. Bordeando la península, los normandos llegaron a playas lusitanas, desde las cuales, al encontrar la desembocadura del Tajo, pudieron ir a tierra adentro hasta llegar a la misma Sevilla. Abderrahmán se repuso pronto de la sorpresa que aquella gente extraña le causara y pudo rechazarla. Más tarde incluso se llegó a un buen entendimiento entre musulmanes y vikingos, como también se les llamaba (38).

Abderrahmán II murió de apoplejía en 853. Dejaba el emirato ya bien dirigido hacia la prosperidad que habría de venir. Pese a su sistema de favoritos, su personalidad había podido imprimir un impulso cultural muy fuerte; y sus empresas militares y sus negocia-

ciones diplomáticas, si bien no habían sido ni muy importantes ni absolutamente decisivas, tampoco habían tenido resultado por completo negativos.

* * *

Subió al trono Mohamed, hijo de Abderrahmán II, después de secretas peripecias que en la corte se desarrollaron, provocadas por la intriga que, en favor de Abdallah urdiera la princesa Tarub. Dozy relata en forma novelesca cómo los mismos eunucos que se habían comprometido a exaltar al hijo de la favorita, decidieron, por motivos de honorabilidad y de sentido político, apoyar al otro candidato.

Mohamed I fué un soberano que se hizo notable por la estrechez de su criterio, su exagerada codicia y su animadversión hacia los cristianos. Con haber sido largo su reinado, no fué él ni muy querido ni muy temido por sus súbditos. Prueba de ello es la ausencia de elogios a su persona, ausencia que se nota en cuantos historiadores se ocupan de su tiempo.

Durante su gobierno ocurrió una nueva invasión de normandos, que aparecieron por el mismo camino que en su primera visita habían seguido. Intentaron un ataque sobre el Guadalquivir, que fracasó. Tomaron Algeciras y fueron por fin rechazados por los islamitas.

Los acontecimientos más notables de la época de Hohamed fueron rebeliones de carácter arabe, que incluso pueden tomarse como síntoma de una cierta decadencia aunque transitoria, del emirato. La unidad política, de suyo no muy firme ni muy completa, se vió quebrantada por la independencia de Badajoz y por la sublevación ocurrida en Bobastro.

Ibn Meruan era un renegado que, para vengar agravios recibidos de Hixem, gran visir de Mohamed, se alzó en la región de Mérida y en actitud tan decidida, que constituyó bien pronto un serio problema militar. Al principio se dedicó simplemente al pillaje, pero más tarde trabó alianza con Alfonso III de León, y así cobró su figura un relieve especial. Sitiado por Hixem en el castillo de Alanje, resistió con tanta energía que no sólo evitó caer prisionero, sino que, se impuso a los enemigos y después de una serie de alternativas fué él quien capturó al primer ministro. Por fin, Mohamed tuvo que pactar con el renegado, reconociendo de hecho la independencia de Badajoz, que era el centro de correrías de tan insumiso personaje.

En tiempos de Mohamed aparece por primera vez en el escenario uno de los grandes personajes de la historia árabe en España. Individuo de gran energía y de personalidad destacadísima, que habría de prolongar su acción en Al-Andalus hasta la época de Abderrahmán III, es considerado incluso como uno de los más grandes

héroes de la reconquista, y si no de la reconquista exactamente, sí de la resistencia. Omar ben Hafsum era de ascendencia goda, hombre de genio vivo y de valor muchas veces demostrado. Había nacido en Ronda, y cerca de Ronda, en Bobastro, mantuvo durante muchos años un nido de rebeldes, verdaderamente inexpugnable ante todos los ataques ordenados desde Córdoba. La historia de su rebeldía no se explica sino por la altivez de su voluntad, que en su juventud lo llevó a malquistarse con su padre, a emigrar al África y a regresar a la península como jefe de toda una aguerrida tropa de bandoleros. Durante el gobierno de Mohamed, Omar ben Hafsum llegó incluso a ponerse al servicio del Emirato; pero su naturaleza era la naturaleza típica del rebelde, que no soporta por mucho tiempo el depender de ninguna autoridad jerárquica. Después de una campaña contra un homónimo del Emir, Mohamed, hijo de Lope, de la casa de los Beñi Casi, regresó a Bobastro, de donde las proposiciones de los enviados cordobeses lo habían hecho salir. En adelante su resistencia, su decidida voluntad de lucha, habrían de mantenerlo imperturbable en aquella fortaleza. A lo largo de sus gestas se fué tallando en la Historia su perfil, que fuera en algún tiempo el perfil de un hombre fuera de la ley, como el de un héroe español, cuya tenacidad influyó mucho en el ánimo de quienes resistían. Ya veremos cómo Abderrahmán III tuvo que emplear toda la fuerza de su ejército para, tras de larga campaña, someter a la orgullosa gente de la Serranía de Regio.

* * *

Sucedió a Mohamed su hijo Al-Mondir, que habría de gobernar sólo dos años, durante los cuales su mayor preocupación fué Omar ben Hafsum, a quien no pudo dominar. Posiblemente, si la ferocidad de su hermano no lo hubiese tan pronto quitado del poder y del mundo, habría podido Al-Mondir lograr triunfos militares de importancia, ya que sus virtudes de guerrero eran, según dicen, muy apreciables. Pero Abdallah, su hermano, celoso de su gloria incipiente, mandó matarlo, lo cual fué realizado por medios que recuerdan las sutiles monstruosidades del Renacimiento: al practicarle una sangría, se le introdujo en el cuerpo, con la lanceta, el veneno que le privó de la vida.

Este fué el primero en una serie de crímenes que Abdallah habría de cometer. Abdallah es notable por su sistema siniestro de evitar cualquier acción en contra suya acudiendo al asesinato. Quizá Ballesteros, al hablar de su debilidad de carácter, (39) haya atinado con la causa de sus desenfrenos. Podemos imaginar a un hombre ambicioso que, sin embargo, se siente impotente para dominar los obstáculos interpuestos entre él y lo que desea; ese hombre,

colocado en un sitio donde dispone de poder muy amplio, eludirá el combate frente a frente, resolviendo todos sus problemas con procedimientos poco nobles. Un espíritu así, materialmente muy poderoso, pero en el fondo débil y cobarde, no sólo se apresurará a aniquilar a sus verdaderos enemigos, sino que aún, llevado por su imaginación cada día más desquiciada y temerosa, procederá, por simples sospechas, en contra de gentes que no han pensado hacerle daño. Aún, acaso, llegará al crimen por el mero hábito de cometerlo y por los insanos propósitos —inconscientes, oscuros— de demostrar ante los demás, pero sobre todo ante sí mismo, una fuerza de que en realidad carece.

El gobierno de Abdallah se caracterizó por las desventuras que en su transcurso cayeron sobre Al-Andalus. Las fronteras musulmanas tuvieron que perder muchos de los puntos ganados anteriormente. Las insurrecciones fueron numerosas, como nunca lo habían sido, y más graves que de ordinario. El Emir, a lo que parece, hizo sufrir al pueblo las cargas más pesadas que hasta entonces sufriera. A pesar de estos juicios negativos, habremos de conceder que los últimos años de Abdallah fueron desahogados y propicios, tanto que sirvieron de mucho para que Abderrahmán III pudiera iniciar su sabia política.

En cuanto toca a las insurrecciones, fueron notables la de Granada y la de Sevilla. La primera no fué propiamente una insurrección contra el gobierno, sino una guerra abierta entre árabes y cristianos, y desarrollada ante la imposibilidad de Córdoba, seguramente demasiado débil para imponer el orden. Hubo durante la lucha grandes y frecuentes alternativas, sobre todo en torno de la fortaleza del Sacro Monte, que caía unas veces en manos de los árabes y otras en las de los cristianos, siempre tras de sangrientas batallas en las que perecieron varios caudillos de los dos bandos. Omar Ben Hafsum intervino, con mediana fortuna, al lado de los españoles; y también el Emir, al final, conoció directamente del asunto, si bien es verdad que su acción no tuvo gran eficacia. De hecho la región granadina era centro de insubordinaciones constantes, y en realidad en ella el gobierno de Abdallah no ejercía sino un poder muy relativo.

La rebelión de Sevilla es tan sintomática como la de Granada. En efecto, la complicadísima trama de esta lucha, en la que intervinieron en forma principal dos familias rivales, no es en cierto modo sino el testimonio de la falta de unidad en el reino. Los Beni Hachchach y los Beni Jaldum procuraron durante mucho tiempo encender en el pueblo la rebelión contra Abdallah. El pueblo no reaccionó, y las cosas se sucedieron de tal modo que los Beni Jaldum y los Beni-Hachchach acabaron por enemistarse y por luchar en forma decidida. Sevilla fué por entonces el escenario de asesinatos sin cuento,

de los que eran víctimas los miembros más destacados de los dos grupos rivales, y en los que el principal instigador era la pasión de poder y de venganza. Al final, Ibrahim ben Hachchach quedó dueño de la ciudad, que era prácticamente independiente. Este jefe pactó con Omar ben Hafsum para recobrar a un hijo suyo que tenía el Emir como rehén. Consiguieron los dos tal propósito, y a partir de entonces Ibrahim se mantuvo pacíficamente en Sevilla, pagando a Córdoba tributo.

Los últimos nueve años del reinado de Abdallah fueron, en lo que cabe, de prosperidad. Los grandes partidos adversarios del Emir empezaban a debilitarse. El hijo de Mohamed "el asesinado" empezaba a ver cómo su destino se preparaba, cómo Andalucía tomaba la forma y el clima propicios a sus grandes empresas futuras.

CAPITULO III

GENIO Y FIGURA DE ABDERRAHMAN III.

Retrato físico.- El carácter.

Genio y Figura de Abderrahman

III.

Con gran regocijo fué recibida la ascensión de Abderrahman III al trono de sus mayores. Había sido educado, según se cuenta, con el más grande esmero que pueda darse en la formación de un espíritu principesco. Quien había de ser el más grande de los califas de Córdoba llegó al poder entre los mejores augurios, y entre las esperanzas más entusiastas y fervientes de su pueblo. Ya explicaré más adelante las razones políticas y sociales en las que se fundaban los augurios y las esperanzas. Interesa ahora, solamente, pintar el clima de optimismo que corría por Córdoba cuando Abdallah acababa de expirar, y su nieto, el joven cuyo padre había sido asesinado por el abuelo, apenas se disponía a ejercer el gobierno que por medio siglo habría de ser la gloria y el prestigio de Al-Andalus.

Según refiere Conde (40), el cuidado que se había puesto en la crianza de Abderrahmán, desde su niñez más temprana, provenía en parte de los remordimientos de Abdallah, quien no hallaba la manera de disminuir en algo la negrura de su culpa. Incidentalmente, anotaré que Conde, cayendo en su habitual ingenuidad, no tiene para Abdallah sino frases de admiración, como si se tratase de un soberano muy justo y muy clemente.

Según el mismo autor refiere, (41) Abderrahmán III era hijo de una esclava cristiana llamada María, y nieto también de otra cristiana, ésta nombrada Iñiga, hija de García Iñiguez, el de Navarra. Abdallah y Mohamed dieron pues al Califa, como si hubieran seguido una cierta predestinación, ascendencia en la que se fundían la sangre morisca y la vieja savia castellana. Y habría de ser uno de los

propósitos más caros del monarca el de fundir en una sola nacionalidad aquellos dos principios raciales existentes en la península. La madre y la abuela le dieron además su clara tendencia hacia el espíritu europeo, hacia las formas de una cultura que él persiguió siempre, si bien desde su miraje orientalista; fueron siempre sus manos y ojos de árabe dirigidos, con un gesto peculiar indeclinable de su raza, hacia los frutos deseados de otros pueblos. Y hay en lo más profundo del carácter de Abderrahmán III algo que traiciona cierta estirpe occidental, algo como un leve rastro que rompe la pureza de su origen árabe.

Podemos imaginar su infancia y su primera juventud transcurriendo, si bien entre los lujos y las consideraciones que rodeaban a su abuelo el Emir, también con el resentimiento, oscuro e informe en su mente de niño, provocado por la tragedia en que había sido muerto Mohamed su padre. Los recuerdos de aquel acontecimiento deben haberse prendido en su alma, y estar allí, impotentes, muy lejanos, apenas percibidos, pero siempre nublándole los años iniciales de su vida. Podemos imaginar al más pequeño de los omeyas, en el alcázar de su familia, como un infante al que apenas las diferencias de su mentalidad respecto a la europea pudieron rescatar de melancolías poco-menos que hamletianas.

En realidad poco, casi nada se sabe de estos tiempos anteriores a la ascensión al trono. Aparte de algunos datos que se refieren a su educación, lo que se puede decir se basa en hipótesis más o menos bien fundadas. Sobre ese fondo de tristeza, por ser el hijo de Mohamed el "asesinado", debe haber matices de intensas alegrías, de grandes goces nacidos al contacto de los primeros ejercicios de armas, al advenimiento de la conciencia de su gran destino, a los primeros escarceos con la poesía y con la ciencia de su religión. Las noticias más seguras al respecto no se refieren concretamente a nuestro personaje, sino que abarcan todo el cuadro de costumbres árabes de la época, o, aludiendo a Abderrahmán, lo tratan en su madurez y sólo permiten deducir lo que fué antes de llegar a ella.

* * *

Retrato físico de Abderrahmán III.—No tenemos ninguna imagen plástica del Califa. Las prohibiciones de las leyes musulmanas, que no proceden propiamente del Corán sino de distintos hadices, y que niegan la reproducción de las formas, nos han dejado sin iconografía. Estas prohibiciones se fundan en motivos diversos como el combate contra la idolatría, o la idea de que la forma y su creación son atributos de Dios y el hombre peca al tomarlos en sus manos, o la necesidad religiosa de combatir el cristianismo, en vista de la cual se veda enérgicamente la pintura o tallado de cruces y otros

símbolos similares (42). Sea como fuere, el caso es que no existen imágenes según las cuales pudiéramos evocar la figura que ahora me interesa.

Poseemos varias descripciones literarias acerca de Abde-rahmán, pero son descripciones sospechosas, bien porque hayan sido redactadas por personajes que jamás lo vieron, y que no hicieron sino seguir las palabras de la tradición, empeñada en glorificar la figura de tan gran monarca; o bien porque se trata de intentos descriptivos realizados tan cerca de él, que por fuerza el que escribía debió sentirse adulador y temeroso ante el hombre que retrataba. En efecto, si se piensa en la reacción que todo súbdito debía experimentar frente al representante del poder humano y de la voluntad de Dios, y si se tiene en cuenta además el trazo del carácter árabe que consiste en el amor por las hipérbolas cuando trata en crónicas, en poesía y aún en diálogo corriente de las virtudes de alguien a quien teme o respeta, podrá concebirse serio temor de que los textos que tenemos a nuestra visita sean inexactos por benévolos e idealizados. Ya Don Claudio Sánchez Albornoz (43), refiriéndose no al punto concreto que ahora trato, sino a la opinión que prevalece sobre Abdallah entre los historiadores de la época, ha subrayado todos estos motivos de inexactitud, que son al propio tiempo razones para nuestra desconfianza.

Dozy (44) reproduce las siguientes palabras de Aben-Adhari; "Tenía todo lo que agrada, deslumbra y subyuga. Tenía ese exterior que no es dado en vano a los representantes del poder, uniendo a la gracia que seduce el esplendor que impone". Conde (45) incluye un párrafo tan abundante en adjetivos como el anterior, pero más concreto en lo que toca a los caracteres corporales del Califa; "Era de mucha gentileza —dice— y de hermosura y gravedad de príncipe, de color blanco y sonrosado, de ojos azules y de muy agradable mirar". Lafuente (46) afirma, repitiendo también a un historiador de la época, que el omeya era, en el tiempo de su exaltación al emirato, "el más hermoso de los musulimes". Por su parte, Sánchez Albornoz pinta así al caudillo; "Tenía la piel blanca y los ojos azul oscuro; era de estatura mediana, hermoso de cuerpo y elegante de porte"; y agrega que se teñía el pelo de negro (47).

Es natural que ante elogios en tal forma inusitados y excesivos para una mentalidad contemporánea, el lector de hoy en día experimente la sensación de quien pisa terreno poco firme. En todo caso, lo que en forma racional tomemos ahora de los párrafos transcritos (y de otros más que coinciden con ellos en esencia), hemos de aplicarlo a la mocedad del caudillo, única edad en la que, verosímelmente, podía conservar las características casi femeninas, como el color sonrosado de la piel, que le atribuyen con tal insistencia sus panegiristas. Es claro que después, al transcurrir el tiempo y caer sobre sus

hombros el peso de las guerras, de la política y de los placeres de la corte, el rostro se haya tornado áspero, se haya endurecido el gesto y agravado la mirada. Las largas marchas por sierras andaluzas, por la estepa de Castilla, por las costas del Levante no pasarían en balde sobre aquella faz que a los 22 años era tan añorada. Como tampoco transcurrirían sin huella las preocupaciones inherentes al Jefe de todo un Estado belicoso y dominante, ni las noches de orgía, ni los acercamientos a las fuentes culturales más puras y complicadas de aquel tiempo.

* * *

El carácter.—Si hemos de atenernos a testimonios del mismo género que los reproducidos, y que existen sobre el retrato moral e intelectual de Abderrahmán III, encontraremos las mismas desventajas que para trazar el físico hemos percibido. Efectivamente, así como los escritores de la época se empeñaron en alabar la belleza corporal del Califa, se esforzaron también, presumiblemente, en ensalzar sus prendas morales. Sin embargo, creo que es útil mostrar aquí algunos de esos juicios, por muy sospechosos que sean de parcialidad y de inexactitudes.

Dice Conde (48) que era, todavía mayor que su belleza física, "La bondad de su corazón y virtuoso ánimo"; y agrega "que era de buen ingenio, de mucha erudición y prudente más que prometían sus pocos años, afable y de graciosa conversación". Aben Jaldum, citado por Dozy (49), afirmaba que "todos los que se acercaban a él alababan su talento, su clemencia y la bondad de que ya había dado pruebas". Lafuente consigna en su Historia (50) las frases de Ahmed Al-Mahari, en las que se expresaba en estos términos, para exaltar la fortaleza de carácter y la magnanimidad del soberano; "Dios le había dado la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar aguas de las peñas, que hiende las olas del mar, la mano que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturaleza entera, y con la que llevó el estandarte del islamismo más lejos que ningunos de sus predecesores".

Todos estos juicios, y varios más en el mismo sentido que pudieran citarse, parece que dibujan una fisonomía moral muy noble y un retrato intelectual en que el talento luce casi sin oscurecimientos. En general, la opinión que domina acerca de estas facetas del personaje que analizamos se inclina a aceptar tales ideas como verdaderas. Dozy afirma en alguna ocasión que Abderrahman parece, más que un soberano oriental de la Edad Media, un monarca europeo de la época contemporánea, y ello por sus concepciones políticas y por los métodos que para darles realidad seguía. A este respecto, puede citarse a título de anécdota, pero anécdota en todo caso muy

ilustrativa, la conducta del Califa en ocasión de la rebeldía de Abdallah, uno de sus hijos; se cuenta que al ser éste acusado y convicto de tal crimen, Alhakem, hermano suyo, fué ante el padre común a implorar clemencia. Y se agrega que el padre, conmovido pero enérgico, contestó a la súplica del hijo inocente que intercedía por el culpable, las siguientes palabras; "Bien están de tu parte la intersección y los ruegos, y si yo fuese un hombre privado y pudiera escuchar sólo los impulsos y sentimientos del corazón, desde luego accedería a tus súplicas; pero como Imán y Califa que soy, tengo un deber de justicia que cumplir, y dar ejemplo de ella a mis pueblos mientras viva; Yo debo imitar al gran Califa Omán ben Alchitab; así, pues, ni tus lágrimas ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar a mi desgraciado hijo de la pena debida a su crimen". Es la razón de estado, concebida muy a la manera occidental, lo que se mueve en el fondo de este incidente trágico. Hay algo en él que tiene el sello del fatalismo y de la crueldad asiáticos; pero es, ante todo, un rasgo calculado y cerebral.

Para delinear el carácter del Califa es preciso, si no se quiere afrontar el riesgo de llegar a una imagen difusa, proceder con método, acudiendo a los datos que de los cincuenta años de reinado poseemos en la historia del siglo décimo español. Estos datos surgen de una serie de hechos completamente corroborados, o de un vasto repertorio de leyendas, cuya prueba es mucho más discutible, pero que al fin y al cabo constituyen material que no se puede pasar por alto, ya que la leyenda y la tradición, en el fondo, llevan una verdad de principio a la que nunca traicionan.

Partiendo de los hechos probados por la historia o afirmados por la voz popular, es factible atribuir al carácter de Abderrahmán III tres aspectos fundamentales. Son tres aspectos que resultan a veces contradictorios, pero que también se imponen como supuestos necesarios para entender los mayores relieves en la vida y en las acciones del gran rey moro.

Si contemplamos la figura de Abderrahmán con la imaginación, parece que esa figura va adoptando diversos gestos mientras transcurre el tiempo en torno de ella, y mientras las circunstancias que la rodean van también transformándose y fluyendo sobre su conciencia. Sus ojos, su boca, el tono de su voz, cambian en las distintas ocasiones que nosotros elijamos para sorprenderlo. Y de este examen podemos concluir las tres modalidades fundamentales que al principio anuncié.

Primero, son sus ojos y sus labios los de un rey bueno, que sabe cumplir con sus súbditos y con los ajenos la misión del guía, del hospitalario y magnánimo jefe de un pueblo poderoso. Es el de Abderrahmán íntimo, cuyo mejor deleite es repetir poesías para sus favoritas en los jardines del Alcázar, después de la batalla, e impartir

con mano sabia sus dones entre quienes tal favor merezcan. Es el Califa idealizado, aquél que sus cortesanos habían recibido con tan grande entusiasmo cuando Abdallah lo hubo puesto en el trono; aquél en quien eran perceptibles las mejores prendas éticas e intelectuales, y que prometía para los suyos las mayores glorias y los deleites más ambicionados.

Pero he aquí que el gesto se hace duro. Brillan las pupilas con un brillo hosco, la boca se cierra en una mueca cruel, y sólo se abre para dictar órdenes terribles, que suenan con violenta entonación de ruina. La mano que acariciara los cabellos de las esclavas, la que repartía mercedes, se alza armada de alfanje para derramar la sangre, ella por sí misma, de los vencidos o de los sorprendidos en traición. Abderrahmán es ahora, con este ademán de tirano y de sanguinario, el hombre de la batalla y de los desquites; el jefe de la hueste inexorable en sus razzias, llena de fanatismo y corriente del más elemental sentimiento respetuoso hacia la vida de los enemigos, el jefe de los guerreros que dejan siempre llena de horror su ruta, y pestilente de cadáveres. Es, este Abderrahmán que ahora vemos, el caudillo vencedor en tantos combates, que ha sido capaz contra los cristianos, contra la aristocracia de su reino, contra los rivales que acechaban en África.

Y luego, vuelve a calmarse el rostro que al ira había demudado. Ha concluido el fragor en su torno y han desaparecido las figuras rabiosas y los paisajes broncos que antes le dieron marco. Está el Califa en el salón más rico de su alcázar, hoy más rico que nunca, porque es día en que se ha de recibir la embajada que manda un lejano y famoso señor. De Bizancio han llegado hasta Córdoba unos hombres que traen presentes de oro, que vienen cargados de obras de arte, y en cuyas pupilas se ve el asombro, cuando contemplan las maravillas de la metrópoli andaluza. Para rendir honor al príncipe de los árabes, traen, además de los regalos, luengos pergaminos en que, con toda la cortesía de los tiempos, el monarca a quien sirven saluda a su amigo distante; y aparte de los pergaminos, traen también aprendida en la memoria una abundante serie de frases de homenaje, con las cuales el cordobés ha de quedar impresionado. Está el Califa allí, y su cara revela una clara presencia de ánimo, un seguro darse cuenta de su propio poder, una intención constante de dominio, de mantenerse y de mantener su Estado en el primer sitio que ya todo el Occidente le reconozca. Es el Abderrahmán constructor, diplomático, rodeado de poetas, de científicos y de músicos; el mismo que ha mandado construir la maravilla de Medina Zahara para que tenga su vida un escenario digno, y pueda su refinamiento espiritual ser satisfecho entre tapices y mármoles, al tiempo que de su país parten hacia todos los rumbos de Europa los mensajes de la cultura más vivaz y fresca, y fructífera y original de la época.

Son, pues, éstas las notas fundamentales de su carácter; la magnanimidad, la crueldad y el refinamiento razonador y sensuualista. Tratemos de ahondar, sucesivamente, en cada uno de los tres aspectos.

Para referirse a la bondad de carácter atribuída a Abderrahmán, quizá haya que partir de los juicios laudatorios anotados más arriba, y debidos en su mayoría, como he dicho insistentemente, a personas que, por interés o por pasión, no pudieron ser imparciales. A pesar de todas las sospechas que podamos concebir en torno a la exactitud de tales elogios, queda siempre una sombra de veracidad, que es susceptible de ser probada, aunque la prueba, por otra parte, no resulte concluyente.

Abderrahmán III es uno de los Califas musulmanes de España cuyo prestigio ha llegado más alto en todos sentidos. La imagen popular que de él se tiene corresponde a un soberano que, recibido con entusiasmo por su pueblo, supo en todos los casos, a lo largo de medio siglo de gobierno, justificar tal entusiasmo y aún avivar la confianza de los suyos por medio de grandes victorias; y por medio también de esos gestos que sólo se contemplan en los grandes caracteres, gestos decisivos, violentos, oportunos en las más variadas situaciones, y que son los que van modelando todas las figuras individuales de la Historia. Pues bien, la fama que de Califa magnánimo y justiciero creó para sí el Omeya es, ya de suyo, un elemento apreciable que apuntala, aunque no en forma bastante segura, nuestra convicción de que en efecto fué un hombre bondadoso. Y es que la aureola puesta por la voz popular de tantas centurias alrededor de su personalidad no puede haber sido gratuita y nacida de la nada. El más riguroso de los exámenes críticos no puede desdeñar absolutamente los dichos de contemporáneos y posteriores, ni puede desoír los cantos de los poetas, ni negar la exactitud que late más allá de los fantaseos de la anécdota ampulosa. Abderrahmán será siempre un caudillo árabe, patriarcal en medio de sus súbditos, con la mano tendida para protegerlos y también para obligarlos; y, por el hecho mismo de ser patriarcal, será bondadoso y clemente, sin perder ni su rigor ni el sentimiento de su autoridad ilimitada, sentimiento que es siempre una llamada a la crueldad.

La respuesta que el Califa dio a su hijo Alhakem en la difícil ocasión de la infidelidad de Abdallah, su otro vástago, ¿no es buena muestra de su sentido de jefe de familia, que es al propio tiempo el guía de un pueblo que lo requiere y que le hace posponer a los intereses nacionales todas las otras cosas? ¿Y no se percibe en esas frases que los intereses nacionales son a la manera de necesidades de una gran casa, de un grupo enorme de gentes que se reúnen en torno suyo en actitud, más que de vasallos, de individuos sujetos a su potestad paterna? Las palabras dichas al heredero de su trono

revelan en Abderrahmán al hombre de estado y quizá dejen asomar al déspota oriental, pero también descubren un amplio concepto de justicia, que, en este caso, puede llegar, si se interpreta el acto desde cierto punto de vista, al sacrificio heroico. En efecto, heroico es entregar la vida de un hijo al verdugo, para poder con ello alcanzar bienestares y dichas para un pueblo. Su pueblo era para Abderrahmán no una entidad más o menos abstracta, integrada por la masa inanimada de los súbditos, sino que era un conjunto de hombres, de personas, creyentes y aún infieles, que le pedían protección y triunfos y con quienes se sentía ligado, comprometido, en una forma más cordial que la que este compromiso adopta en los actuales regímenes políticos.

Cuentan las historias que, cuando el Califa se sintió próximo a morir, escribió o dijo: "He reinado cincuenta años y mi reino ha sido siempre o pacífico o victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de los aliados y de los príncipes más poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear: poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los días que he gozado de una felicidad sin amargura, y sólo he hallado catorce en mi larga vida..." (51). El sentido de estas frases es conmovedor. Suenan las palabras con una entonación inmensa de escepticismo, de desaliento sin remedio, que sólo es concebible en un temperamento cuya sensibilidad sea muy despierta, y acostumbrada a apreciar los valores más nobles del espíritu. Conceptos así no son concebibles sino en una persona cuya vida haya transcurrido en un constante esfuerzo hacia perfecciones morales, nunca conseguidas, pero deseadas siempre. Es claro que ni las palabras transcritas son indudablemente de Abderrahmán, y que, concediendo que lo fueran, acaso en labios de un árabe del siglo décimo no arrojasen el significado que acabo de atribuirles; pero también es incontestable que, fueran cuales fuesen los últimos motivos que las inspiraron, no son concebibles sin que en su fondo no radicase un fuerte y escondido anhelo de bondad, acaso enturbiado; tal vez, y hasta cierto punto, desennoblecido por pasiones y acciones, pero siempre ahí, matizando con tonos suaves aquella alma tan dada a la violencia y tan cercada, en todo tiempo, por los colores sombríos de la tragedia.

Junto a esta nota de magnanimidad, que dejo apuntada, he aludido a otra que se le opone, y que consiste en el espíritu cruel, en la conducta impía del Califa. Menos difícil, desde luego, que probar la primera, ha de ser la demostración de esta segunda característica moral de nuestro personaje. En efecto, en apoyo de quien acometa semejante tarea vienen tan elocuentes y numerosos datos, que sólo con enumerarlos bastaría para cumplir el fin propuesto. Las historias, tanto las de origen musulmán como las de inspiración y sentido cristianos, son abundantes en cuanto a episodios en que lo

sanguinario, lo arrebatado de aquel carácter, resalta con grandes relieves. Las degollinas, las ejecuciones ordenadas sin mayores miramientos, las medidas que entrañaban grandes dolores para mucha gente, medidas cuya finalidad principal era demasiado pequeña comparada con aquellos resultados incidentales; todo ello es cosa de cada página, suceso de cada año en las viejas crónicas de cualquier procedencia. Los tiempos no eran ni inclinados a la blandura ni escandalizables ante los métodos más torpes; así, no son de extrañar las peores tropelías, y resultan, en verdad, hazañas comunes y aún vulgares en Abderrahmán, quien no ha de definirse en virtud de ellas, porque en su época todos, poderosos y siervos, o las ejecutaban o las sufrían. Quiero, a pesar de todas estas consideraciones, señalar algunos rasgos, en los cuales se manifiesta crudamente la cruel disposición del príncipe. Más que de rasgos se trata de episodios, que dan materia a la anécdota o que inspiran la leyenda.

Ya hablé en el capítulo anterior de Omar ben Hafsum, aquella figura que con tanto relieve se destaca en la historia militar y política de Al-Andalus, hostilizando a la monarquía Omeya durante muchos años, arrogante y aislada en un fortín de Ronda. Omar ben Hafsum fué para Abderrahmán, como lo había sido para los anteriores emires, un constante problema que impedía la completa pacificación del territorio, y que además causaba ofensa al orgullo de la poderosa casa reinante. Ya en próxima ocasión apuntaré el desarrollo de la lucha que el Califa libró contra los alzados de Bobastro. Ahora no es interesante sino la terminación de aquella campaña de lustros, y ello porque el epílogo muestra con gran crudeza la dura constitución del alma del Califa; Cuando la fortaleza que parecía invencible cayó por fin, según todas las historias nos lo cuentan, el príncipe de los árabes se sintió poseído por un gran agradecimiento a Dios, quien al cabo lo privaba de tan fiero y tenaz enemigo. Nos pintan a Abderrahmán como meditando, conmovido en medio de las murallas que ahora por primera vez veía por dentro, y nos hacen creer en un monarca sensato y piadoso que abandona cualquier posible vanidad en pleno triunfo. Pero viene en seguida el rasgo cruel, y más cruel aquí por innecesario, y porque entraña una maldad escueta y sin sentido, a no ser que por sentido se tome el puro desahogo de un rencor por largo tiempo insatisfecho, o la necesidad política de mostrar ante el pueblo y la soldadesca los trofeos —macabros, en este caso— que hacían patente el triunfo. Las víctimas en este episodio no fueron, siquiera, gentes que hubieran combatido en las acciones finales, y que pudieran, con su oposición, haber excitado la cólera de los vencedores. Se trató de gentes muertas de antiguo, cuyos cadáveres fueron sacados de las tumbas, para que sufrieran la mofa y la humillación que sobre ellos virtió la grey de los creyentes. Los despojos mortuorios de Omar y de algunos de sus familiares se vie-

ron turbados en el reposo, y llevados a Córdoba, donde, según expresión musulmana, "constituyeron un dulce y reconfortante espectáculo a los ojos de los fieles". Se dice que en Córdoba se expusieron por mucho tiempo aquellos restos, clavados en picas en un sitio público. Lo cual, incidentalmente, resulta un tanto dudoso, ya que, según es fácil deducir, por aquellos años no quedaría de Omar nada que pudiese prestarse a semejante exhibición. Puede pensarse, respecto a estos sucesos, en multitud de factores, entre los cuales se hallarían los políticos que ya señalé, los religiosos y los puramente humanos. Puede atenuarse la gravedad moral del acto, aduciendo que en la época no era ni raro ni poco frecuente el que ocurriesen hechos parecidos; era costumbre, por ejemplo, que las tropas victoriosas se presentaran ante su jefe, en el campo de batalla, con las cabezas cercenadas a sus víctimas clavadas en las puntas de las lanzas. Pero nada de todo esto será bastante para dejar la profanación y la burla que se hizo de Omar y de los suyos como un acontecimiento normal y sin poderes para escandalizarnos. Burla y profanación desdoran mucho del refinamiento que se atribuye al Califa y a su corte, y nos hacen pensar en que aquel hombre tan bueno y tan magnánimo llevaba aún algo, en su interior, de la ferocidad y del concepto primitivo de la vida que sus antepasados se habían formado en el desierto.

Quiero ahora tratar, como segunda prueba de la crueldad abderrahmánica, del martirio de San Pelayo. El hecho nos ha llegado a través de testimonios en su mayoría de procedencia religiosa. La fuente cita la "Vida y Pasión de San Pelayo Mártir", de Raquel, y alude además a los versos latinos que dedicó al adolescente sacrificado la monja germana Roswita, y a los muchos dramas y narraciones edificantes que sobre el tema fueron compuestos desde la segunda mitad del siglo décimo. (52). Los textos que de tal cosa tratan son exaltados y exageran, con seguridad, llevados del celo cristiano. No hay una indubitable afirmación histórica acerca del martirio, por otra parte, y sí sólo voces populares y del clero que lo afirman vehementemente, y que nos bastan, si hemos de seguir la idea que ya he expuesto, de que la leyenda sirve en muchos casos para construir la historia sobre ella. Y mucho más, para esbozar la semblanza moral de un personaje histórico.

Como diré más adelante, en la batalla de Valdejunquera cayeron en manos sarracenas dos obispos cristianos, uno de los cuales, Hermogio de Tuy, no pudo recobrar su libertad sino a trueque de la de su sobrino, llamado Pelayo o Pelagio. Este Pelayo era por entonces un niño que no pasaba en edad de los diez años, y que por su buena presencia y agradable trato fue pronto visto como adepto apetecible para la religión de Mahoma. Don Félix Amat (53) refiere cómo el ilustre niño soportó entre los árabes su cautiverio con tranquila ale-

gría, leyendo las "cartas de S. Pablo y demás libros sagrados", rezando y meditando. Cuenta el autor que cito que el Califa, prendado del infante, quiso convencerlo para que renegase del Credo de sus mayores y adoptase el del Profeta; y reproduce cándidamente las frases con las que aquel niño, según se asegura, respondía a los requerimientos de sus opresores; "Nada es, oh Rey, cuanto me prometes comparado con lo que me pides. Tesoro es eterno el que se alcanza con ser cristiano. Y los bienes con que me convidas luego pasan. Cristiano soy, y nunca negaré a mi Dios y a mi Señor Jesucristo". Nadie, sin duda alguna, puede responder por la fidelidad de este discurso. El hecho es que tales palabras son muy ilustrativas, para pintarnos el tono épico en que el episodio está cantado. Don Félix Amat agrega en seguida —y su relato es igual en esencia al de todos los otros— que Abderrahmán se ingeniaba en todas las formas posibles para convencer a tan tierno y a la vez tan terco y razonable opositor. Pero nada fue para Pelayo lo bastante satisfactorio. Hasta que el Califa llegó a exasperarse, y a cambiar sus dulzuras por los peores tormentos. La fuente achaca a Abderrahmán, además de motivos religiosos y puramente impersonales para pretender la conversión del niño, cierta inclinación morbosa hacia éste, lo cual, según mi criterio, deja mucho mejor acreditadas la credulidad o la mala fe del historiador que la depravación del personaje. El caso es que el Rey, "confuso y despechado" ante las negativas de Pelayo, dio la bárbara sentencia de que "lo hiciesen tajadas y echasen al río". "Levantaba el niño las manos, pidiendo fortaleza para consumir su sacrificio; cortáronselas con el alfange, segáronle los brazos ya truncos, luego los pies, después las piernas y por fin la cabeza... Duró el martirio dos horas y media el día 26 de Junio de 925. Los cristianos pudieron recoger sus reliquias, las que después, el año de 967 el Obispo de León llevó a esta ciudad" (54). Tal es la historia de la vida y martirio de San Pelayo, que, de ser completamente cierta, con todos los detalles que he consignado, bastaría para convencernos de la crueldad de Abderrahmán; y de ser, como es verosímil, verdadera en parte, sirve todavía para afirmar con fundamento la tan repetida crueldad.

He hablado hasta ahora del Abderrahmán idealizado como persona bondadosa y del Abderrahmán a quien se acusa de maldad. Ambas afirmaciones son igualmente respetables, si bien hay que rebajar de ellas un cierto margen que hemos de atribuir a la pasión de historiadores y cronistas. Salta, pues, de las dos opiniones, de las dos series de datos, una contradicción que para nosotros plantea un problema. Hay una manera de obstáculo que la mente actual tiene que superar para entender cómo es posible, en un mismo hombre, la convivencia de inclinaciones tan decididamente antagónicas. Dicho en términos más explícitos, el obstáculo consiste en imaginar un príncipe de tan excelentes prendas morales que, sin embargo, era capaz

de decisiones atrocemente bárbaras y que, además, durante medio siglo, habría de sostener una guerra casi continua y crudelísima contra sus enemigos de más allá de las fronteras y habría de pesar sobre sus propios vasallos con la gravedad de la más egoísta tiranía. La guerra y la tiranía son comprensibles, en último análisis; lo que resulta ya menos fácil de admitir es la barbarie de decisiones tales como la de Bobastro y la de Pelayo. Y es que para nosotros no se compadecen la bondad del hombre y la despiadada ferocidad del guerrero y del déspota; y un gesto virtuoso y afable no nos sugiere nunca, como fondo, a menos que supongamos la hipocresía, ninguna maldad moral. Se cruzan, para nuestra mente los valores contrapuestos y se excluyen unos a otros, de manera que nos sentimos obligados a elegir entre alguna de las dos imágenes del Califa que nos hemos formado, y no inclinados a confundirlas. Sin embargo, es preciso compaginar ambas impresiones; es menester violentar nuestra imaginación para que llegue al Abderrahmán histórico, más allá de cualquier elaboración teórica. Y real a pesar de los reparos que pongamos al comprenderlo. En efecto, la talla auténtica del personaje debe de nutrirse en esos dos polos éticos, que a primera vista nos parecen totalmente inconciliables. Tenemos que prescindir de muchas de nuestras ideas sobre los valores morales, de modo que podamos, sin repugnancias, pensar en esa dualidad que nuestro tiempo no está hecho a comprender. Si ahora no nos es dable imaginar que el bien y el mal luzcan alternativamente, y sobrepuestos, en una misma persona (lo cual no significa que no admitamos términos medios, ya que ésto equivaldría a no entender al hombre vivo, de carne y hueso; sino solamente quiere decir que no aceptamos un equilibrio tan marcado como es el del caso), si nos sucede eso, tenemos que forzar nuestro criterio para volverlo un poco criterio de una época ya totalmente clausurada, que tenía sus maneras propias de concebir la conducta de los hombres y aún que aplicaba los calificativos "bueno" y "malo" a acciones e intenciones que en nuestros días quizá no los merecieran.

Los árabes, pueblo de religión todavía muy influida por ciertos caracteres ariscos de la raza, fundaban en el Corán una buena parte de su manera de ser en cuanto a la falta de respeto por los vencidos y al odio entre tribus y familias se refiere. Si el mismo libro sagrado (55) llega a decir v. gr.; "Los creyentes que abandonasen sus hogares para combatir bajo el estandarte del Señor . . . tendrán los lugares más prestigiosos en el reino de los cielos. ¡Oh creyentes! Dejad de amar a vuestros padres y a vuestros hermanos si éstos prefiriesen la incredulidad a la fe . . .", no sólo autorizando, sino ordenando imperativamente esta clase de proceder, tendremos que concluir que el espíritu de los musulmanes tenía una constitución ética completamente

cjena a la que sigue el mundo occidental. Esto sin perjuicio de aceptar que en el espíritu islamita se nota gran influencia cristiana, según lo ha demostrado el Profesor Asin Palacios en varias ocasiones (56).

Lafuente (57) había percibido el contraste que existe entre la tendencia a la dulzura que se observa, por ejemplo, en la poesía musulmana y el apetito de sangre y de botín que nos enseñan todas las viejas crónicas, árabes y cristianas. Es él quien da como solución el mandato alcoránico; pero hay que concluir, tal vez, que los versículos del Libro son, en realidad, no el punto de donde surge esa moral extraña, sino más bien una de sus manifestaciones, que da a aquella moral una fuerza que en otra forma no hubiese adquirido; pues es incontestable que antes de Mahoma ya se muestran los árabes con esos caracteres desconcertantes.

En realidad, la única manera de comprender el problema, ya que no de resolverlo por entero, es aceptar la tesis de las perspectivas históricas, que Ortega y Gasset ha redondeado tan admirablemente en *El Tema de Nuestro Tiempo*. Aplicando estas ideas, podemos concluir que el tiempo en que vivimos y desde el cual juzgamos las maneras de ser vigentes hace diez siglos, está respecto a ellas a un nivel demasiado distante para que hagamos apenas un poco más de lo que haría un espectador de teatro que viese la acción en el escenario y no comprendiera las palabras.

He hablado, al anunciar la tercera característica de la personalidad del Califa, de sus inclinaciones intelectuales y su amor por el lujo —un lujo señorial con asomos de ruidez, desde luego— y de su afición por los placeres de una corte dada al sensualismo.

Quizá ésta sea la cualidad más apreciable en el carácter de Abderrahmán, porque a ella se debe la mayor parte de su obra, y de ella arrancan casi todos los aciertos políticos y los triunfos diplomáticos. Abderrahmán era un individuo frío en el cálculo, que además tenía eso que hoy se llama don de gentes, o sea, una especial facultad de inspirar confianza y de influir en las personas que le rodeaban, imponiendo su criterio, y saliéndose con la suya en muchas ocasiones tras de que en el ánimo de su interlocutor o su oponente había existido una decidida voluntad de no conceder nada. Era, pues, un temperamento hábil, que iba hacia su finalidad sin titubeos y sin terquedades, que sabía aguardar el instante propicio, que dominaba el arte de la paciencia, y calculaba con acierto la madurez de las circunstancias. Este hombre, tallado en tal forma como estadista occidental, como diplomático consumado, tenía además en su favor el escenario, escenario que él había construído usando de todos los lujos y todas las magnificencias que la imaginación de sus arquitectos y decoradores pudo concebir; y tenía el ambiente, que su propia ambición de cultura había tornado extraordinariamente impresionante, porque en la corte abundaban los hombres de letras y de ciencia,

los médicos y los filósofos. De esta manera se explica la enorme importancia que se llegó a atribuir al califato, en toda Europa, durante la décima centuria. Al poder de atracción que irradiaba del Califa, se aunaban la esplendidez de la metrópoli y la vitalidad de la cultura. Ya veremos cómo Sancho el Craso tuvo que acudir a Córdoba en busca de curación, y cómo tuvo que impresionarse ante la pompa y la fuerza que la ciudad morisca le mostraba. Y Abderrahmán le ofreció un médico eminente, lo colmó de honores y le dio un ejército para que reconquistara sus estados. A Sancho, cristiano y enemigo natural; pero en aquel caso lo inteligente era aquella cortesía de buen huésped.

Abundan los ejemplos para ilustrar el sentido que tenía el Califa acerca de la conducta oportuna en cualquier circunstancia. En el capítulo posterior tendré todavía lugar para señalar algunos. Ahora aludiré a la famosa embajada que Otón I de Germania envió a Córdoba en 959, y que dio lugar a incidentes tan pintorescos y tan difíciles; y que es, al propio tiempo, buena muestra de la serenidad y jستهza con que el Califa sabía conducirse.

El monarca alemán, hombre de gran talla en la historia centro-europea de aquellos años, que era considerado, justamente, como "un nuevo Carlomagno" (58), mandó al Califa, con Juan de Gorza, sus saludos y sus propuestas para que entre los dos estados hubiese buena armonía. Juan de Gorza pertenecía a la Iglesia, y era hombre de gran energía y entereza de espíritu, según puede colegirse de su conducta en la corte de los sarracenos. Resultó que entre los varios mensajes de que era portador, iba una carta, que había redactado el Obispo Bruno de Colonia, una de las más claras inteligencias, y más rectas, de su época. En la carta, el Obispo deslizaba algunas frases en extremo laudatorias para Cristo y su Iglesia, y manifiestamente despectivas para Mahoma y sus creyentes. De modo que Abderrahmán al conocer tamaños conceptos, no pudo sino salir en defensa de su religión y de su decoro, ya que era punto de dignidad el no permitir a Otón, por muy poderoso que fuera, aquellas manifestaciones que bien podían ser consideradas como insolentes. Negóse, pues, el Califa, a tratar cualquier asunto con Juan de Gorza si éste no rectificaba las palabras de la famosa misiva, o si no las retiraba por entero. El monje se opuso en forma terminante a hacer cualquiera de las dos cosas, y la embajada, que había sido recibida con grandes honores y que además significaba mucho para el Califa, ya que era un acto de reconocimiento de parte de uno de los reyes europeos más fuertes, la embajada —digo— estuvo al borde del fracaso. Pero Abderrahmán supo dominar lo embarazoso de la situación. Trató a Juan de Gorza con grandes miramientos, sin llegar no obstante a mostrarse débil; lo obsequió, lo invitó a conversar, lo rodeó de toda clase de comodidades y de seguridades. El enviado de Otón se portaba con

harta descortesía ante aquel trato tan amable. Rechazaba todo; respondía con palabras duras a las blandas que el Califa le hacía llegar. Se colocaba, en fin, con tal entereza frente al soberano, que llegaba con mucha frecuencia a ser insolente. La ira de Abderrahmán debe haber sufrido dura prueba de contención durante el largo tiempo que se mantuvo tal estado de cosas, pero fue el Califa lo bastante cuerdo para no explotar. A la postre, se decidió, para dar fin al incidente, enviar ante el Emperador de Germania un mensajero que expusiera las dificultades y procurase traer la solución. Así se hizo, y se encargó la empresa a un tal Recesmundo a Raimundo, quien tuvo buen éxito y pudo portar, a su regreso, la venia de Otón para que Juan de Gorza compareciera ante Abderrahmán sin presentar ni hacer valer la carta, con lo cual ambas partes —el Califa, que no podía aceptar el primitivo texto, y el Rey sajón, que no podía retirarlo sin honor —salieron limpias y sin mengua en sus respectivos orgullos.

Es fácil percibir en este largo estira y afloja la serena conducta de Abderrahmán, que pudo en cualquier momento llegar a irritarse contra la terquedad del monje, y en vista de sus impertinencias. Hay que tener presente que el Califa era el fuerte, que estaba luchando contra un hombre cuyos compatriotas estaban enormemente lejos, y que motivos sobraron para llegar a la violencia. Nada de esto fue capaz de alterar la calma del soberano, a quien le interesaba mucho, sin duda alguna, la amistad del gran Rey de los Germanos.

Precisamente Juan de Gorza fue uno de los más entusiastas propagandistas de la grandeza de Córdoba, una vez que el episodio hubo llegado a fin. En sus escritos se nota la gran admiración que le produjo el esplendor de la corte califal y el poder guerrero cuyas muestras había tenido ocasión de percibir. (59). Y es que, en efecto, Córdoba era por aquel tiempo una de las ciudades más prósperas y hermosas de toda Europa. Las grandes obras arquitectónicas que en ella se habían ido acumulando, conforme pasaban los distintos emires por su historia, habían acabado por hacerla un emporio de lujos y de adelanto urbano. La influencia constructora de Abderrahmán se manifestó, sobre todo, en el palacio de Medina Zahara, en las afueras de la ciudad, del que más tarde he de tratar. Por ahora, me interesa referirme al juicio del viajero Ibn-Haukal, quien llama a la capital del Califato "la más grande ciudad de Occidente", y a los cálculos de Ibn-Adhari, quien afirmaba que, en su mejor época, contenía dentro de su recinto ciento trece mil casas, sin contar las pertenencias a los visires y empleados superiores, y que en ella se alzaban tres mil mezquitas, y que tenía veintiocho arrabales. La monja Roswita, desde la celda de su claustro nórdico, allá en su convento de Gandersheim, califica a Córdoba de "joya brillante del mundo, ciudad nueva y magnífica, orgullosa de su fortaleza, celebrada

por sus delicias, resplandeciente con la plena posesión de todos los bienes" (60). En todo ello la mano de Abderrahmán había tenido intervención. El se preocupaba por hacer que su capital resultase deslumbrante en verdad. Y se preocupaba, obedeciendo a una tendencia de su idiosincracia, que consistía en el amor por la esplendidez de los alardes arquitectónicos y la elegancia de los refinamientos de las otras artes, como la poesía, que durante su gobierno se desarrolló en forma notable. Entre las obras de arquitectura y de ingeniería realizadas en tiempos de Abderrahmán III pueden citarse, además de Medina Zahara, el Arsenal de Tolosa, un canal de riego y un magnífico abrevadero en Ecija, un bello mihrab o adoratorio en la mezquita principal de Tarragona, muchas mezquitas, fuentes, baños y hospitales, y el patio principal de la Gran Aljama de Córdoba llamado hoy Patio de los Naranjos (61). Pero tratemos, en especial, de la ya aludida Medina Zahara, que resulta particularmente interesante porque en las distintas descripciones que de ella se han hecho y nos han llegado puede palpase esa nota de "hombre de mundo", de sensualista refinado que atribuyo al Califa.

"Unía Abderrahmán a la magnanimidad la pasión a la magnificencia. Consignado lo dejó en aquella maravilla de los monumentos árabes, el palacio esplendoroso de Medina Zahara", empieza a decir Lafuente cuando va a tratarnos sobre este tema. En efecto, no hay opinión de nadie que hable, de oídas o por haberlo visto, de la famosa construcción, que no sea exaltada y que no muestre un asombro sin límites por la gran riqueza allí reunida y por el buen gusto en ella usado. Mandó el Califa construir aquella villa a cinco millas de Córdoba, río abajo, en un sitio muy agradable y hermoso por la vegetación que en él crecía; la intención del monarca era halagar con aquel presente la vanidad de su favorita, llamada Zahara, "La Resplandeciente". Aquel testimonio, tan oriental, de amor hacia la preferida de su harem, significó muchos dolorosos esfuerzos para el pueblo y gastos enormes para el tesoro. Las aspiraciones del Califa no quedaron defraudadas, a juzgar por los testimonios, y por los hallazgos arqueológicos realizados últimamente.

A propósito de estos hallazgos, cabe referirse a las escavaciones hechas en 1944, y de las cuales da cuenta D. Rafael Castejón (62). En tal oportunidad fue descubierta la traza y las ruinas de una gran sala de veinte metros y medio de largo por diez y siete de ancho, cuyo techo, ya derruido, estuvo sostenido por dos series de siete columnas cada una, columnas que eran de mármol, unas del gris azulado que hay en las sierras de Córdoba, y otras del rosado lechoso que se encuentra en las serranías de Cabra. La descripción que hace el arqueólogo, aunque no está basada sino en reconstrucciones rigurosamente técnicas, pero después de todo imaginarias, es entusiasta. Lo que resta de Medina Zahara ya no puede hablar, más que a

personas muy bien preparadas en la materia, del aspecto que el palacio ofrecía cuando estaba en pie, y era habitado por el señor más poderoso de Andalucía. Sólo quedan capiteles, medio enterrados y medio rotos; pedazos de fuste cuya decoración e inscripciones están maltrechadas; algún trozo de muro, algún fragmento de techo venido a tierra. Gracias a estos despojos podemos conocer los nombres de algunos de los arquitectos o de los artífices; Sunay, Mohamed ben Sa'd, Said al-Ahmar, Rasig... Oscuros hombres, que al dejar sus firmas en la piedra que labraban, al perpetuarse en las intrincadas inscripciones de capiteles y columnas, cuidaban bien de llamarse a sí mismos siervos obedientes del poderoso Abderrahmán, Príncipe de los fieles.

Para dar una idea de la impresión que dejó el palacio, me referiré a expresiones que sobre él pueden leerse en distintos historiadores y viajeros. Según Conde, en los tiempos en que el gran edificio estaba en construcción, se empleaban en la obra, diariamente, seis mil piedras labradas. Sigue diciendo el autor citado que sostenían los techos cuatro mil trescientas columnas "de preciosos mármoles", cuyo origen y color deja aclarado el descubrimiento al que me refiero en el párrafo de arriba. Morayta en su Historia, basándose en D. José Amador de los Ríos, añade que Medina Zahara (63) "mostrábase cubierta de admirables domos, construídos todos de incorruptible alarce, pintados de azul y oro, adornados con esmeradísimos follajes, primorosamente realzados por la mano experta de los artistas bizantinos..." Sigue hablando Morayta de las salas, de las fuentes, de las galerías, de los tazones de oro que adornaban las estancias y que estaban enriquecidos con espléndidas manifestaciones plásticas. Georges Marcais (64) habla de Medina Zahara como la villa que se convirtió, "como Samarra para los abasíes, en la residencia de la corte, recinto principesco y oficial, cuya esplendidez y amplitud nos son descritas por los textos" Y se refiere más tarde al uso del capitel de inspiración corintia, al predominio de los decorados de motivos vegetales sobre aquellos otros de puro dibujo geométrico, a la vid como planta preferida para esas ornamentaciones, y a la nobleza de los materiales empleados en el edificio.

Tal era el alcázar de Abderrahmán III. Muestra de su vanidad de poderoso, de su mismo poder y de su gusto. Lugar en que encontraba los mejores deleites, entre sus amigos, sus mujeres y sus poetas. Marco necesario para una vida como la suya, bravía, peleadora, pero amante al propio tiempo del reposo del cuerpo y del ejercicio sutil de la mente. Los restos de Medina Zahara, y las palabras de admiración que encendía en cuantos la visitaban, son para nosotros buena muestra, síntoma seguro de ese último rasgo que señalo en el alma del Califa; el refinamiento y la sensualidad. Y para completar el cuadro, basta revivir imaginariamente las escenas que debieron

CAPITULO IV

EMPRESAS MILITARES Y POLITICAS DE ABDERRAHMAN III.

La aristocracia árabe y el partido español.- Los fatimíes.-
Los cristianos del Norte.

Empresas Militares y Políticas de Abderrahman III.

Abderrahmán III dedicó la mayor parte de sus esfuerzos como guerrero y como político a la consolidación y a la unificación de su país. Esta meta supuso para él la necesidad de resolver tres problemas fundamentales.

Por una parte, la propia Andalucía estaba dividida desde hacía muchos años, como ya se ha visto. El partido español, encabezado por Omar ben Hafsum cuya tenacidad y talento no habían podido ser dominados; constituía un peligro permanente contra el emirato; y la aristocracia árabe uno de cuyos miembros —Ibrahim ben Hachchach— había luchado contra Abdallah hasta quedar en Sevilla como señor cuya dependencia de Córdoba era de cualquier modo muy relativa; esa aristocracia de caballeros feudales, acostumbrados a que en sus dominios no se hiciera sino su santa voluntad, era también una amenaza latente y un foco de constantes insubordinaciones para Córdoba.

En segundo lugar, está el problema africano, provocado por la creación del Califato fatimí. Esta entidad, surgida por la expansión de una secta religiosa, llegó a constituirse en forma tan firme que su poder influyó muchas veces en la política española. Abderrahmán, desde luego, no pudo desconocer la existencia de aquel nuevo núcleo, y aún se vió obligado a adoptar conductas decididas frente a él.

En tercer lugar, las monarquías cristianas en el Norte empezaron a cobrar fuerza, y a empujar sobre las fronteras mahometanas con un vigor que hasta entonces no había sido frecuente. En la

época de Abderrahmán III surgieron personalidades como la del Conde Fernán González, cuya figura anda todavía en romances y en leyendas, y que históricamente fue un adversario de todo punto digno para el Califa. Por esa época los pueblos españoles libres empiezan a cobrar conciencia de la propia nacionalidad, y hay una especie de florecer, todavía apenas insinuado, de las instituciones políticas. Este florecimiento constituyó al cabo las grandes monarquías de la España preisabelina, monarquías que en pleno siglo X ya tuvieron la suficiente energía propia como para mantener al Califa atento y sobre las armas.

* * *

La aristocracia árabe y el partido español.—En cuanto a las luchas sostenidas dentro de las fronteras de Al-Andalus, puede decirse que Abderrahmán tuvo como ninguno fortuna para resolverlas. Es claro que resultaría sumamente ingenuo y tal vez injusto atribuir el buen éxito nada más que a la buena suerte del Omeya. El resultado, feliz la mayor parte de las veces, de aquellas luchas contra la aristocracia árabe y contra el partido español, debe atribuirse en gran parte al excepcional talento de Abderrahmán y a la energía nada común de su carácter. Recuérdese, en cuanto a la primera cualidad (o sea el talento político) el trato que el futuro Califa dió a Mohamed ben Hachach, al persuadirlo afable y reiteradamente de lo nociva que era su conducta, y de lo favorable que sería su completa sumisión (66). En efecto, resulta admirable el tacto con que el Emir trató a aquella naturaleza tan dada a la independencia y a la ambición. Dozy refiere así uno de esos intentos de Abderrahmán para curar al aristócrata sevillano de sus afanes de grandeza: Mohamed, resentido por cierto aparente desaire, había cometido el hurto de algunas cabezas de ganado. "Después, encerrado en su fortaleza desafió al Emir. Este no se enfadó con él. Le envió un empleado de la Corte y le dio a entender, de un modo a la vez cortés y firme, que ya habían pasado los tiempos en que los nobles podían apoderarse impunemente de los bienes ajenos" (67). Este género de diplomacia era en verdad inusitado, o cuando menos nunca había sido la prudencia una virtud constante en los emires. Abderrahmán, en muchos momentos difíciles, que otro hombre hubiera resuelto en una forma violenta, supo comportarse como un consumado concedor de los hombres y dominador de las situaciones. Ya he recordado en el capítulo anterior la mesurada conducta del Califa delante de Juan de Gorza, el terco y un poco insolente enviado del Emperador de Alemania.

En lo que toca a la energía de Abderrahmán, básteme referir los propósitos que hizo público al asumir el gobierno. "Desafiando

los términos medios —dice Dozy (68)— anunció altivamente a los insurrectos españoles, árabes y berberiscos, que lo que querían de ellos no era un tributo, sino sus castillos y sus ciudades". Es decir, que Abderrahmán iniciaba su gran época sin titubeos y sin encubrir sus intenciones. Sentíase fuerte, y por eso su política adoptaba un signo distinto al de la de Abdallah, quien por saberse débil, había sido solapado e intrigante.

Aparte de estos factores puramente personales que justifican los triunfos del Emir, existen otros de índole histórica que también coadyuvaron en las campañas. Puede concretarse la idea afirmando que, al tiempo de subir Abderrahmán al trono, los partidos tradicionalmente adversarios habían caído en una debilidad, en una falta de entusiasmo tan serias que les impidieron hacer cumplida resistencia al adversario excepcional que la historia les ponía enfrente.

La aristocracia árabe había perdido lo mejor de sus antiguos paladines; Saïd ben Chudi y Coraib ben Jaldum, y el mismo Ibrahim ben Hachchach habían desaparecido. Sevilla, que había sido el foco de las más importantes insurrecciones, había por fin entrado a la órbita del poderío cordobés, y eso desde los últimos años del gobierno de Abdallah. Por otra parte, los señores amos de castillos habían llevado su espíritu vandálico a un límite tal que el pueblo no ansiaba sino alguien, quienquiera que fuese, que los sometiera al orden. Aún los mismos señores resentían la falta de seguridad pública, que los colocaba siempre a merced de sus vecinos más poderosos. Además, el espíritu que alienta a los que pelean por una causa considerada como justa casi se había perdido; desaparecidos los conceptos aristocráticos que hacían de la oposición al emirato una actitud eminentemente digna, sólo quedaban, al desnudo, los intereses materiales y las intransigencias más irreflexivas.

Esto por lo que respecta a la aristocracia árabe; en lo que toca al partido español, que encabezaba Omar ben Hafsum, las circunstancias eran muy similares. Indudablemente que los largos años de pelea constante tuvieron que cansar al caudillo de Bobastro, y que la ausencia de triunfos definitivos acabó por menguar su optimismo. Y no sólo Omar se convirtió en escéptico en relación al resultado de su aventura, sino que sus adictos también perdieron el primitivo entusiasmo. El jefe de aquellos hombres que durante tantos años mantuvieron en jaque a los orgullosos señores de Córdoba, los veía ahora fríos en el combate y a veces tenía que soportar las noticias de su desertión. Así Omar se vio obligado a contratar soldados mercenarios, que no podían ser iguales a los excelentes guerreros de antaño. Como, por otra parte, el emirato luchaba también con ejércitos de paga, la guerra perdió mucho de su antiguo ensañamiento, y llegó a darse el caso de que en un combate no quedara sobre el campo un solo cadáver. (69)

Omar ben Hafsum, o Samuel, según se hacía llamar por los cristianos, había cometido además el error de hacer distingo entre su gente, según la fé que profesara determinado individuo. Debe tenerse en cuenta que los rebeldes de Bobastro no eran todos creyentes en la religión de Cristo, sino que los había mahometanos fervorosos, si bien insospechablemente leales a su jefe Omar. Cuando éste empezó a desdeñarlos, impulsado por una gran piedad que casi convirtió a Bobastro en un convento, fue cosa natural que se resintieran, y que con ello el partido español perdiera mucho de su armonía antigua y de su antiguo espíritu belicoso.

Así es que Abderrahmán encontró dispuesto el escenario para lo mejor de su política y las más venturosas de sus campañas. Ya he dicho que sus procederés iban a ser francos, al contrario de los de Abdallah, y Abderrahmán demostró tal afirmación en una rapidísima guerra que le puso en unos meses, completamente pacificados y a sus órdenes, las provincias de Jaén y Elvira. Es interesante narrar con algún detalle estas empresas, porque en ellas se nota la energía del Omeya y porque con ellas se empieza, históricamente, su gran era de triunfos en el emirato.

Ecija fué la primera de las grandes ciudades en someterse al Emir, y lo hizo rindiéndose Abad dos meses y medio después de la muerte de Abdallah. Abderrahmán, que según todos los historiadores era muy querido e inspiraba gran confianza entre los suyos, realizó en seguida un acto que tuvo indudablemente mucha parte en la consecución de los éxitos que habrían de venir; asumió él en persona el mando de sus ejércitos. Y sus ejércitos vieron así, después de muchos años de estar mandados por personajes de segundo orden, al soberano marchar a la cabeza, espectáculo con el cual creció el entusiasmo y los triunfos fueron más fáciles y más rápidos. Ese rasgo del monarca de 22 años que sale a conquistar por sí mismo fortalezas y ciudades, es en cierta forma simbólico, ya que demuestra la voluntad de Abderrahmán de dirigir, sin intermediarios, su gobierno hacia las metas que se había propuesto.

Aquella salida rindió frutos verdaderamente sorprendentes, pues en tres meses, pese a la intervención de Ben Hafsum, fué ocupada Archidona, sitiado el castillo de Monteleón, que era defendido por Saïd ben Hodail, y reducidos a la obediencia otros diez castellos que "apenas esperaron a que el Emir llegase delante de las puertas de su fortaleza para someterse y pedir el amán" (70). Fueron todos ellos enviados a Córdoba y sustituidos por gente del Emir en sus antiguas posesiones. Esto, en lo que respecta a la provincia de Jaén.

En cuanto a la de Elvira, fué pacificada casi sin lucha, pues sólo en Fiñana hubo alguna resistencia, efímera y no muy firme, ya que aún dentro de la ciudad hubo pronto partidarios de Abderrahmán, que minaron la confianza y el celo de los defensores. Entre

éstos había gente de Ben Hafsum, cuya estrella empezaba, muy perceptiblemente, a nublarse. Hubo en seguida una expedición a Sierra Nevada que tuvo un resultado por entero satisfactorio, ya que no quedó por aquellos rumbos un solo señor en pie de lucha. Omar ben Hafsum fué rechazado cuando intentaba tomar Elvira, mientras Abderrahmán ponía sitio a Juviles, lo tomaba y mandaba degollar a todos los cristianos de la guarnición. En fin, que Elvira, como Jáen, quedaba por entero a las órdenes de Córdoba, y esto después de una campaña sin descabros y extraordinariamente rápida.

Ya he esbozado en líneas anteriores cual fué el género de política que Abderrahmán empleó contra la aristocracia árabe, personificada sobre todo en los hijos de Ibrahim ben Hachchach. En realidad, la acción del Emir de Sevilla fué obra más de diplomáticos que de soldados, si bien hubo episodios de armas de alguna importancia. Sucedió que al morir Ibrahim ben Hachchach había dejado en Sevilla a su hijo Abderrahmán y en Carmona a Mohamed. Al morir el primero, Mohamed concibió la esperanza de gobernar también en Sevilla. No fué así, pues resultó que el puesto fué ocupado por un primo hermano suyo llamado Ahmed aben Maslama, quien era más simpático a los sevillanos que el hermano del muerto, porque garantizaba, según se suponía, la independencia de la ciudad respecto a Córdoba. La historia se reduce a las tentativas de Mohamed para congraciarse con Abderrahmán III, y a la resistencia, hábil y de guante blanco del monarca, para conceder al sevillano lo que pretendía. Ahmed aben Maslama, viéndose sitiado y viendo que la derrota era inminente a pesar de la ayuda de Omar ben Hafsum, acabó por ceder la plaza en Diciembre de 913; pero previa una estipulación según la cual Badr se comprometía a respetar los usos y leyes internas de la ciudad. Vino en seguida el episodio del descontento de Mohamed, de su desahogo al robar el ganado, y de la airosa reprimenda que el Emir le mandó con un enviado. Sevilla era por fin una urbe no sólo tributaria, sino armónicamente unida con el resto de la comunidad. Empezaba Abderrahmán a borrar las antiguas distinciones que existieran en Andalucía. Mohamed ben Hachchach fué más tarde sospechoso de instigar una rebelión que un lugarteniente suyo, gobernador de Carmona, inició en 914. La intentona fué solamente un episodio incidental, pero costó a Mohamed su dignidad de visir, que Abderrahmán le confirió de seguro para aplacarlo; y además le costó su libertad, si bien es cierto que por breve período. Murió al año siguiente, según Ben Adhari (71). "Fué el último de los Hachchach que desempeñó papel en la historia".

En el capítulo anterior hice la relación, aunque inarticulada, de la toma de Bobastro y de los desmanes cometidos por Abderrahmán y su gente en este suceso. Los acontecimientos que antecedieron a

la caída de la fortaleza pueden ser recordados diciendo que se trató de una campaña ardua, llevada por el Emir con mucha mayor lentitud que las empresas de Jáen y Elvira. Los cristianos que defendían aquella región eran mucho más tenaces que los anteriores adversarios del Emir, sus castillos eran más fuertes, y si bien es cierto que, como he apuntado, el espíritu belicoso de los rebeldes había disminuído, también lo es que aún así resultaban guerreros todavía muy terribles, por lo avezados en el combate y por su conciencia de libertad. Omar ben Hafsum murió en 917, y dejó cuatro hijos, que fueron Chafar, Soliman, Abderrahmán y Hafs. Diez años más tarde Abderrahmán III pudo vencer por fin aquella resistencia de más de 30 años. Es conocido ya el modo como ansiaba y como festejó el suceso. Es de imaginársele contemplando las almenas y las torres que tantas veces lo habían rechazado, y es explicable que el semblante del futuro Califa mostrara en aquella ocasión el orgullo y el contento de quien ha superado el más fuerte de los obstáculos. La Serranía de Regio no sería ya en adelante un problema para los designios absolutistas del Emir. Aquel nacionalismo cristiano de Samuel y de sus hijos estaba por fin sofocado y muerto. El "dulce espectáculo" de los cadáveres de Omar y de Chafar que se expusieron en Córdoba, significaba, con su expresión de bárbara grandeza, el triunfo definitivo de aquel hombre terrible que era Abderrahmán III.

* * *

Los Fatimíes.—La secta de los fatimíes constituyó, durante todo el reinado de Abderrahmán, un factor hostil para el Califa, así permanecieran los africanos inactivos frente a los de España, o hubiera entre ambas potencias guerra abierta.

Los fatimíes habían llegado al África con ánimo de constituir en ella la sede de un imperio que habría de conquistar el mundo, (según las ideas que sus caudillos se empeñaban en difundir), cumpliendo los designios de Alá, expresados por la palabra de su profeta. Los xiitas creyeron que los descendientes de Mahoma eran los legítimos depositarios del poder terrenal, y por tanto los indicados por excelencia para gobernar a los hombres. Estas ideas trajeron consigo una larga serie de luchas entre los xiitas, que acataban el derecho divino. De estas luchas surgieron la secta de los ismaelitas y todos los bandos que se opusieron a ésta. Ismael, hijo mayor de Chafar, el Verdídico, descendiente de Alí había muerto antes que su padre, con lo cual surgió la polémica acerca de sí el imán, o sea la virtud divina que correspondía a la familia de Mahoma, se había desplazado o no de la persona del muerto a la de alguno de sus hermanos. La polémica se prolongó durante mucho tiempo, hasta que fué decayendo, al decaer el ardor de los distintos partidos, y al per-

derse la esperanza de cada uno en el triunfo, hasta que pareció definitivamente concluída el día en que la descendencia viva de Alí se hubo agotado, o por lo menos confundido sin que hubiese posibilidades de distinguirla entre los musulmanes con alguna certeza.

Un persa (72) de espíritu usin duda alguna muy ambicioso, muy imaginativo y dado a la aventura, se atribuyó en determinado momento el imanato, impresionando a la gente con artes de prestidigitación y embaucándola con palabras huecas pero propicias para formar en su torno cierta atmósfera de misticismo combativo y violento. Después de Abdallah aben Maimun —que así se llamaba este hombre tan audaz— siguió en la empresa su hijo Ahmed, quien supo ser tan hábil como su padre en la organización y expansión de los prosélitos. Dozy afirma que los fatimíes, y más concretamente sus jefes de más alta dignidad, pensaban sobre las cosas religiosas motivo de sus prédicas con una gran indiferencia, y aún que despreciaban a los hombres vulgares que creían en las patrañas y que observaban los ritos de la secta. Fueron pues Abdallah aben Maimun, Ahmed y sus lugartenientes, gente doble e hipócrita prototipo de sacerdote, bárbaro, que intuye las artes fundamentales de la magia.

A principio del siglo X y después de incidentes y de alternativas varios encabezó a los fatimíes el que había de ser el Califa Obaidallah, rival hasta su muerte de Abderrahmán III. Los fatimíes estaban ya establecidos en Africa del Norte, y según afirma Levi Provençal (73), no era su propósito más caro la conquista de Al-Andalus, sino la del Oriente, ya que consideraban a España como país poco deseable políticamente, cuya sumisión debía de posonerse a la de los centros, mucho más importantes, de la tradición y de la cultura musulmanes. Sin embargo, la mera presencia de los fatimíes al otro lado del estrecho, no dejó de inquietar al Califa de Córdoba (74), quien no pudo menos que prevenirse contra una posible hostilidad, a la cual temía porque el número y el poderío de la flota africana hubiesen sido sumamente nocivos para su comercio, y aún significaban una latente amenaza de invasión. Así el Califa se dió prisa en tomar providencias acerca de los fatimíes. Se habla de que en 914 organizó un despligue de fuerzas frente a Algeciras para impresionar a sus presumibles enemigos (75). También procuró el Califa impedir todo trato entre Obaidallah y Omar ben Hafsum, que no desperdiciaba oportunidad para aumentar la fuerza de sus asideros, y que ya se había declarado partidario de los fatimíes, y les había pedido ayuda en víveres y en hombres.

La guerra abierta no se produjo sin embargo, por entonces, entre las dos potencias, debido a que ninguna de las dos sentíase bastante fuerte, y por otra parte a que no se había producido entre ellas ningún incidente tan grave que constituyera un **casus belli**.

Todo se redujo, por el momento, a espiarse mutuamente y a procurar los fatimitas influir en el ánimo de los árabes de España por medio de prédicas de todo género. En tanto que Dozy atribuye a estos intentos una gran eficacia (76), Levi Provencal les da una importancia bien relativa; "En Córdoba: una predicción de esta índole estaba en términos generales, condenada al fracaso. Ni siquiera las doctrinas liberales o las enseñanzas del filósofo Ibn Massarra iban a encontrar en ella al comienzo más que prudentes y escasos adeptos", (77), y ello lo atribuye nuestro autor a la gran fuerza con que el régimen de los Omeyas había pertrechado a la rígida ortodoxia que imperaba a la sazón en Al-Ándalus.

En 917. Obaidallah inició por fin una ofensiva contra el oeste, mandando a Massala, gobernador de Tahor, uno de sus generales, que atacasen Necur, tierra en la que reinaba Said ben Salihi. Este resistió hasta el final, pero al cabo hubo de morir y dejó a sus vasallos a merced del fatimí. Necur sufrió el saqueo, y sus habitantes la cautividad; pero Said había dejado tres hijos, quienes cruzaron el Mediterráneo para pedir al rey de los árabes amparo y ayuda. Abderrahmán se portó con ellos con su usual cortesía, prometiéndoles generosa hospitalidad en Córdoba mientras les facilitaba recursos para que reconquistasen su reino. Cuentan las historias que los príncipes rechazaron la invitación y prefirieron aguardar en Málaga, puerto en el cual estaban menos lejos de su patria perdida, y más prestos para acudir a ella. Según Dozy concertaron entre los tres, una vez que fueron fuertes para la reconquista, que el primero que llegase a la capital de sus estados sería, sin oposición de los otros, coronado como monarca. Levi no alude a semejante acuerdo, pero sí dice, como el holandés, que el primero en llegar fué Delih ben Said ben Salihi, llamado "el huérfano", y que éste fué rey, y agradeció públicamente el socorro del Califa cordobés, poniéndose bajo la soberanía andaluza.

Diez años más tarde, después de que los fatimíes habían sufrido pequeñas derrotas y obteniendo triunfos mediocres, como la toma de Fez y de Siyilmassa, Abderrahmán III decidió hacerse de un puesto estratégicamente colocado en Africa, y al efecto ordenó la ocupación de Melilla, ciudad que más tarde debía ser sustituida por Ceuta, mucho mejor emplazada, enfrente de Algeciras.

La ocupación de Ceuta, en 931 fué precedida de guerras africanas, en las que tomaron parte los Idrisis contra los fatimíes. Abderrahmán concertó alianza con los primeros, previamente debilitados por Musa ben Abi Al-Afiya, general en jefe de los ejércitos fatimíes. A raíz de esa alianza los fatimíes, encolerizados, hicieron armas contra Delih ben Said ben Salihi, a quien vencieron, y cuya ciudad destruyeron completamente. Aquí se produjo la famosa ocupación de Ceuta, que representó para el caudillo Omeya un triunfo consi-

derable, ya que teniendo en ella sus ejércitos, podía contar con una sólida base de operaciones en la costa marroquí.

Por aquella época la hábil política africana de Abderrahmán empezó a dar buenos resultados. La política consistió en ayudar indirectamente a todos aquellos pequeños señoríos que podían temer algo de los fatimíes o que sufrían en forma actual su ataque. Por medio de alianzas en las que siempre el aliado africano quedaba en posición subordinada, Abderrahmán se fué creando una especie de protectorado que comprendía "la mayor parte del Norte de Marruecos y extensos territorios del Magreb central" (78). La primacía cordobesa sobre estas regiones prevaleció más o menos intensa hasta las postrimerías del siglo X. De su influencia se valía el Califa para hostigar constantemente a los fatimíes a través de los ejércitos que sus protegidos sostenían, y por estos medios consiguió mantener lejos de España a las terribles hordas del Califato rival. A ello contribuyeron también acontecimientos en los que Abderrahmán no tuvo ninguna ingerencia pero que sin embargo le fueron muy favorables. Puede citarse en este sentido la violentísima insurrección promovida por Abu Yazid, quien entró en la capital en 944, poniendo en trance gravísimo el poderío fatimita. Por aquella época había muerto Obaidallah, y su hijo Al-Casim, según parece, no poseía la capacidad de gobierno y de pelea que había caracterizado a su padre. Abu Yazid perdió, sin embargo, todo lo que había ganado al envanecerse en tal forma con sus triunfos, que cambió su tosca indumentaria por un manto real, y el asno en que había cabalgado por un soberbio caballo. Se esfumó así su prestigio entre los suyos, que habían sentido admiración por él precisamente en vista de su modestia y de su frugalidad. Para Abderrahmán, el fracaso final de tan activo y eficaz aliado fue un golpe de tanta consideración tal vez como las derrotas de Simancas y Alhandega. En cualquier forma, se observa, simplemente al hojear la historia de las campañas del Califa en el Africa septentrional, lo que siempre se ha visto cuando se trata de Abderrahmán como hombre de estado, ésto es, se percibe la gran habilidad del diplomático que sabe usar todas las artes para lograr sus designios, y prefiere las más de las veces la artimaña, el ajedrez político, a la costosa y aventurada lucha abierta con cualquier enemigo que, por las circunstancias, le resulte temible.

En 955 sucedió uno de los últimos incidentes que habría de haber entre Abderrahmán y los fatimíes. Un navío del Califa, que iba rumbo a Alejandría, tropezó en altamar con otro barco que el gobernador de Sicilia enviaba a Moiz, cuarto Califa de los fatimitas. Posiblemente Moiz tenía ya por entonces intenciones y aún proyectos maduros para atacar en serio la costa española; y también es posible que en esa nave suya caída en poder de Abderrahmán hubiese pruebas suficientes de aquellas intenciones y de aquellos proyectos.

Quizá el encuentro no fue ocasional, sino buscado por el capitán cordobés, con el objeto de sorprender algún mensaje que de Sicilia era llevado al Africa. El hecho es que el Califa Africano sintió muy en lo vivo la pérdida de su barco, y para vengarla ordenó el ataque de Almería, el cual fué realizado con buen éxito por los sicilianos, quienes incendiaron la parte de la flota que estaba surta en el puerto y saquearon los suburbios de la ciudad. Abderrahmán tomó a su vez desquite, si bien no fue éste tan rotundo como el que Moiz festejaba a la sazón. Consistió la represalia de Abderrahmán en un ataque sobre Ifriquiya, que fué rechazado pronto por los nativos sin permitir ni grandes destrozos ni rapiñas de cuantía.

Al año siguiente Abderrahmán insistió, y para el efecto hizo zarpar setenta navíos cargados de guerreros, que incendiaron Mersa al-Jarez, e hicieron sentir su terrible presencia cerca de Susa y de Tabarka. Sin embargo, la muerte sorprendió al Califa antes de que pudiera sentirse satisfecho, después del revés sufrido por su escuadra y por sus tropas en la plaza de Almería.

* * *

Los cristianos del Norte.—Los reinos cristianos del Norte habían llegado, en el siglo décimo, a consolidar su organización política en un grado, si no muy perfecto, sí suficiente para que se permitiesen hostilizar a los musulmanes. Del puñado de Astures que en el siglo VIII habían salvado su independencia en Covadonga, había nacido, en un principio débil y precario, pero cada vez más consistente, el reino de Asturias, al que más tarde se sumó el de León. Y fue precisamente un soberano leonés, el rey Ordoño II, quien en tiempos de Abderrahmán III inició hostilidades serias en contra de los árabes. El monarca Omeya vió cómo en su frontera se erguían plazas fuertes que indudablemente lo inquietaron; y los leoneses osaban ya con alguna frecuencia penetrar a territorio infiel para saquear las ciudades y pasar a cuchillo a sus defensores. Así es que el Emir, al mismo tiempo que batía dentro de sus dominios a Omar ben Hafsum y a los aristócratas, tuvo que enfrentarse, en los linderos septentrionales, con los bravos descendientes de Pelayo y de Alfonso I. Fue al principio del reinado de Abderrahmán cuando Ordoño envió una expedición a la región de Mérida. Los árabes vieron incendiadas sus villas y robados sus mujeres y sus hijos. Los cristianos ya no eran, pues, gente a la que se podía mirar sin desconfianza. El Emir vióse obligado a tomar el desquite, y para ello envió contra Castro-Moro o San Esteban de Gormaz una hueste comandada por Bën-Abi-Abda. Este caudillo, viejo servidor del emirato, tuvo aquella vez buen éxito en su correría, pero un año más tarde fué muerto al intentar la misma hazaña, y su ejército dispersado. Lo cual era un síntoma más de que

el incipiente poderío leonés era ya temible. En adelante, el Islam español y la España cristiana iban a estar en continua beligerancia. Es claro que no se trata de una guerra total, en la que los dos bandos estuvieran perfectamente unificados; pues de la parte española, el vacilante estado de las cosas trajo consigo una serie de desavenencias de las cuales surgieron episodios como el de la visita de Sancho el Craso a Córdoba. Esta visita no es más que un ejemplo de que las relaciones entre musulmanes y cristianos no eran siempre de absoluta enemistad; la diplomacia árabe sabía desviar los acontecimientos, sabía aprovechar las rencillas dinásticas entre los adversarios, y en fin, se dió todas las mañas imaginables para convertir los enemigos en aliados y para impresionar a esos mismos aliados.

En 918, después de que el Emir vióse obligado a distraer contra los fatimitas la mayor parte de su fuerza según ya hemos visto, Ordoño II y Sancho de Navarra lo obligaron de nuevo, por medio de constantes y feroces correrías sobre las inmediaciones de Nájera y Tudela, a parar mientes en los cristianos del Norte. El rey de Navarra, como para hacer más apremiante la necesidad de venganza que sintió el Emir, se apoderó de un arrabal de Valtierra y quemó la mezquita. Es natural que ante tamañas provocaciones Abderrahmán III reaccionara en la forma violenta que correspondía a su carácter y a su juventud. Efectivamente, mandó el Emir, furioso, un ejército que reivindicara su fama ante sus propios súbditos y avivase el temor que le tenían los cristianos y que parecía a punto de extinguirse. Mandó la hueste el Hachib Bedr, y tan bien cumplió su cometido, que deshizo todos los esfuerzos adversarios e infringió una derrota decisiva en el paraje descomunicado Mutonia.

Dos años más tarde el Emir en persona volvió a ponerse a la cabeza de su gente. Fué, la de aquel año, una de las campañas más fáciles y más fructíferas de cuantas él había emprendido. Fray Jaime Bleda (79), citando al Obispo Sampiro, dice cómo "un grandísimo ejército de los moros del rey de Córdoba, con los de Africa que aquí se habían quedado, entró por las tierras del rey de Navarra, destruyéndolas miserablemente a fuego y a sangre". En verdad que fue sangrienta la razzia de Abderrahmán, sangrienta y afortunada, ya que no tuvo en ella que usar de las armas sino en contadas ocasiones.

Según algunos historiadores (González Palencia, Morayta, Dozy) era tal la fama que gozaba Abderrahmán entre sus enemigos que apenas en alguna plaza fuerte se recibía noticia de su proximidad, la guarnición sentíase vencida y se preparaba a capitular. Tal vez se deba a esto el hecho de que en aquella correría de 920 cayeran Osma, San Esteban de Gormaz y Clunia, sin resistencia. Si acaso para Osma tuvo Abderrahmán que emplear su astucia, ya que no su fuerza; se habla, en efecto, de un engaño que consistió en hacer

creer a los defensores de la ciudad que no los atacarían, para tomarlos de sorpresa cuando no podían resistir en ninguna forma. Después de la entrada en Clunia, el futuro Califa, atendiendo los requerimientos que le hacían los habitantes de Tudela, cargó sobre Sancho de Navarra a quien derrotó sucesivamente en varios sitios y ocasiones.

Fué al regreso de tan satisfactoria expedición cuando se dió una de las más célebres batallas de aquella época. Las tropas árabes habían tomado un camino de vuelta muy escabroso y lleno de peligros. Iban por el fondo de los desfiladeros, en riesgo constante de ser protagonistas de otro Roncesvalles o de otra Covadonga. Así, al llegar a un espacio despejado que está entre Estela y Pamplona y que se llama Valdejunquera, acamparon, sintiéndose relativamente en seguro. Los cristianos cometieron el error de dar la batalla a descubierto, y así sucedió el desastre que el mismo Bleda narra en los siguientes términos; "El rey D. Garci Sánchez de Navarra, que vió sobre sí y sobre su reino tan innumerable morisma, aunque no le faltaba el ánimo para resistirla, veía le faltaban las fuerzas, y así, para doblarlas envió a pedir ayuda al rey D. Ordoño. El partió luego a dársela con tan gran ayuntamiento de los suyos, que aún hasta algunos de los obispos de su tierra fueron con él en esta jornada. . ." (80). Acerca de la concurrencia de personajes del clero, ya sabemos nosotros que estaba entre otros Hermogio de Tuy, tío de aquel Pelayo que llegó a mártir. Sigue diciendo Bleda: "Juntándose los campos de los reyes, y saliendo a buscar al enemigo, le encontraron en el Val de Junquera. . . allí se dió la batalla, y fué de las más crueles y dolorosas que jamás los cristianos tuvieron con los moros; y fueron presos y llevados a Córdoba cautivos, con otra gran multitud los obispos de Tuy y de Salamanca" (81). Fué pues esa batalla, una derrota categórica para los dos reyes aliados. Abderrahmán se apoderó de Muez, cercana al sitio de la acción, y asoló Navarra, después de todo lo cual emprendió la retirada y llegó a Córdoba, triunfante y más poderoso que nunca, el 24 de Septiembre de 920. Al año siguiente el rey Ordoño emprendió nueva correría, con tales ímpetus que llegó, según se dice, a una jornada de Córdoba, lo cual demuestra que, a pesar de la superioridad que Abderrahmán había hecho patente, los señores del Norte no se intimidaban y no perdían la esperanza de prevalecer sobre los árabes. Es claro que no debe atribuirse a episodios, como esta expedición de Ordoño y tantas otras, intenciones muy claras de reconquista; lo que en realidad debió haber inspirado los esfuerzos cristianos de la época, fué la apetencia de botín, la necesidad de venganza, y en fin, una serie de razones muy ajenas a la razón nacionalista.

-Dos años después el rey Ordoño conquistó Nájera y Sancho de Navarra se apoderó de Viguera. Lo de Viguera no fué cosa que los musulmanes pudieran resistir sin inmutarse, pues la derrota fué

dura y murieron en ella muchos notables personajes cuya desaparición reclamaba un enérgico desquite. El Emir se apresuró a tomarlo, y para tal fin se lanzó a una campaña que habría de ser de grandes éxitos y que culminó en la toma de Pamplona, ciudad que sufrió los más negros horrores del hierro y del fuego.

Fué después de la campaña de Pamplona cuando Abderrahmán, que se sabía firme y extraordinariamente poderoso en el Emirato, decidió ostentar el título de Califa, que era la dignidad más alta entre los príncipes moros y que hasta entonces sólo habían usado primero el señor de la Meca, el de Damasco más tarde, y el de Bagdad. A partir del Viernes 16 de Enero de 929 se le dió, por mandato suyo, en todas las oraciones diarias el dictado de Califa; "Los pueblos le dieron también otros como el de Imán, de Al-Nasir Ledin Allah (amparador de la ley de Dios) y de Emir Almumenin (príncipe de los fieles)" (82).

El panorama se despejó repentinamente para Abderrahmán, debido a las luchas internas que brotaron en León una vez que hubo muerto Ordoño II, lo cual sucedió antes de la expedición contra Navarra. Al desaparecer el rey, Fruela II, su hermano, tomó la corona; pero no habría de detentar el poder sino un año, al cabo del cual también murió, dejando el problema de la sucesión muy incierto, ya que Ordoño II había dejado dos hijos, Sancho y Alfonso, en aptitud de reinar. El segundo era yerno del rey de Navarra, quien naturalmente le prestó ayuda, tan eficaz que logró coronarlo. Sancho el leonés, por su parte, se hizo investir en Santiago de Compostela, por lo cual el reino se vió dividido, e impotente para proseguir la hostilidad contra los musulimes. Sancho puso sitio a la ciudad de León en 926, la tomó y destronó a su hermano; pero en 928 fué desalojado por Alfonso, de modo que tuvo que recluirse en Galicia.

Mientras todo esto sucedía en el Norte Abderrahmán aprovechaba el tiempo para liquidar algunos asuntos de política interna, y para resolver asimismo las cuestiones que los fatimíes planteaban en el África. Tanto es así, y con tanta diligencia se aplicó a estos problemas, que, como ya hemos visto, en 931 consiguió Ceuta, que era la llave de la Mauritania.

Ese mismo año hubo otra revuelta entre los cristianos, que se habían puesto en paz al morir Sancho. La nueva pugna ocurrió cuando Alfonso IV abdicó la corona en favor de su hermano Ramiro para meterse de monje en Sahagún. El temperamento de Alfonso era, a lo que parece, demasiado voluble, ya que se cansó pronto de la vida monástica y reclamó los hábitos regios; para más tarde fatigarse a su vez de la corte y volver al claustro, de donde hizo una segunda salida, la cual ya no soportó Ramiro, quien para evitar más vacilaciones de su indeciso hermano realizó con él uno de esos actos de crueldad que pintan la época mejor que la impiedad de sus hom-

bres; le mandó sacar los ojos, suplicio que compartieron tres hijos de Fruela.

Ramiro II era un monarca enérgico, que hizo inmediatamente comprender a Abderrahmán que había pasado el tiempo de las simples reyertas cristianas, y que debía ya ocuparse de nuevo de los problemas del Norte.

Ramiro socorrió a Toledo, que mantenía su tradicional espíritu rebelde y que había sido siempre un baluarte muy firme para contener la marejada islámica. Toledo, sin embargo, tuvo que sucumbir al empuje de las armas cordobesas. Más tarde Ramiro logró una revancha satisfactoria en los llanos de Osma, en donde derrotó al ejército de Abderrahmán. Este volvió por sus fueros un año más tarde, en que, a pesar de que Ramiro rehusó la batalla en el mismo sitio de su reciente triunfo, el Califa obtuvo señaladas victorias más allá de Osma.

Repentinamente, la situación en las regiones septentrionales, que era ya de suyo bastante grave, tomó caracteres francamente alarmantes. En Zaragoza gobernaba en buena armonía con Córdoba la familia de los Beni Haxim, que desde tiempo de Mohamed se habían distinguido por los favores hechos al Emir. Mohamed ben Haxim el Tochibi no era, sin embargo, muy adicto al Califa. Probablemente consideraba que los merecimientos propios y los de su estirpe superaban con mucho al monto y a la importancia de los favores logrados. Quizá Mohamed ambicionaba el trono para los suyos, o tal vez no había en su enemistad con el Califa más que un resentimiento de noble provinciano. El caso es que se declaró en rebelión abierta contra Córdoba, y que llegó más allá del papel de insurrecto, pues se convirtió en traidor al pactar alianza con el rey D. Ramiro. (934). Abderrahmán III se puso en campaña para sofocar los ímpetus de Mohamed, e inició las hostilidades atacando Calatayud, gobernado a la sazón por un pariente del rebelde, llamado Mutarrif ben Almondir, y quien fué muerto en la primera escaramuza y sustituido por su hermano Hacam. Este tuvo que rendirse, dejando a los cristianos alaveses a merced de la furia del Califa, quien los pasó a cuchillo. Tal es la versión que Codera (83) anota respecto a este episodio, tomado de las "Recherches de Litterature et Histoire Musulmane, en Espagne"; pero el mismo Codera hace contrastar con ésta la narración de Aben Hazam: según este autor, en efecto, el gobernador de Calatayud resultaba ser Suleiman ben Almondir cuyo hermano Hacam, aliado de Abderrahmán, obtiene el mando de Calatayud después de la derrota y muerte de su hermano, sin que hubiera de cometer la felonía de abandonar a las iras del vencedor a sus aliados los alaveses, sino a sus enemigos, ya que habían peleado en favor de su hermano (84). La comparación de los dos relatos deja en realidad uno solo hecho, —la toma de Catalayud y la matanza de

los vascos— como incontrovertido; y deja abierta la discusión acerca del nombre del primitivo defensor de la plaza, acerca también de las relaciones que había entre él y su hermano, y por último acerca de la inmoralidad o relativa justicia de la conducta de Hacam. No creo que la polémica tuviese mayor importancia; pero es ilustrativo el contraste de las dos opiniones ya que demuestra en qué forma es inestable el conocimiento que —aún hoy— se tiene sobre los sucesos de la época.

Después de la toma de Calatayud, Abderrahmán continuó venturosamente la campaña, en la que se apropió de muchos castillos y puso sitio a Zaragoza. Quien comandaba a los sitiadores de esta plaza era Ahmed ben Ishaq, el mismo que poco tiempo después, y a raíz precisamente de estas operaciones, pretendió ser nombrado nada menos que heredero del trono, con la consiguiente repulsa, retórica y airada, del Califa. Es claro que los desdenes de Abderrahmán provocaron en Ahmed la inevitable ira y la indispensable rebelión, rebelión que el Califa supo calmar a tiempo.

Mohamed ben Haxim capituló por fin en Zaragoza, fué perdonado y dejado en su puesto.

Por su parte, la reina regente de Navarra, abuela de Sancho el Craso, se rindió también ante el poderío del árabe y declaró a sus estados sujetos a la soberanía de Córdoba. "De suerte, que, excepto el reino de León y parte de Cataluña, toda España se había humillado ante Abderrahmán" (85).

El año 939 es el del primer fracaso serio para el Califa, quien en Simancas sufrió una estruendosa derrota, cuyo ruido llegó hasta Alemania y que fué comentada en Turquía y en el Oriente.

Los acontecimientos que preludieron el combate se inician al convocar Abderrahmán a las armas, para emprender una guerra sobre cuyos resultados era tan optimista, que de antemano la calificó como del Gran Poder. Cientos de miles de hombres se apiñaron en torno de las insignias del Califato, y al verlos debió de sentir todo el mundo la certidumbre de que aquella vez los cristianos del Norte serían completamente aniquilados. El gran ejército marchó contra León, que era el último objetivo de la empresa.

El itinerario obligaba a tomar Zamora, para alcanzar después el Duero y poder invadir los dominios de Ramiro II (86); pero antes de Zamora, primero en Simancas y después en Alhamedga, la orgullosa horda fué absolutamente rechazada y dispersada. Bleda describe así el escenario y el combate, con su lenguaje pintoresco y su característica exaltación patriótica. "Su castillo (el de Simancas) es harto fuerte por el sitio y por estar entre los dos grandes ríos (el Duero y el Pisnerga) a la punta de juntarse, se hacía casi inexpugnable para aquellos tiempos por sus tres lados, y por el otro no deja de ser algo enriscado... lo había construído Don Alfonso el Magno,

para frontera de los moros y defensa de toda aquella tierra, donde era su primer acometimiento cuando por allí viniesen... el rey D. Ramiro tuvo muy a tiempo ajuntada a sus gentes, aunque muy pocas en comparación con la de los moros, y poniendo su esperanza en Dios y llamándole en su ayuda, salió a muy buen tiempo en Socorro de Simancas... antes de la batalla dió señales el cielo de cuán sangrienta había de ser, oscureciéndose el sol por más de una hora. Teniendo pues los moros tal multitud de gente, y siendo los cristianos tan inferiores en número, sufrieron, con el ayuda del cielo y con su gran esfuerzo, algunas horas el ímpetu y la carga de aquella multitud. Más desbaratándolos poco a poco, los vencieron con muerte de 80,000 moros quedando cautivo el rey Aben Aya de Zaragoza con otros muchos, y el rey Abderrahmán, mal herido y medio muerto escapó a uña de caballo" (87). Este triunfo, seguido inmediatamente por el de Alhandega que fué su confirmación y su corolario, tiene según el relato transcrito una explicación teológica en principio pero siempre normal. Sin embargo, investigaciones posteriores y realizadas sin duda con más agudeza crítica que la empleada por Bleda, han querido hacer luz más convincente sobre el extraño caso. Porque extraño resulta, en verdad, que fuera vencido tan gran ejército por otro relativamente tan pequeño. Sánchez Albornoz ha puesto frente a frente dos versiones, de fuente cristiana una y la otra de origen musulmán, que explican en forma diversa la cuestión. La primera procede de los primeros Anales Castellanos. (Según el texto de Gómez Moreno presentado ante la Academia de la Historia), y no difiere en forma sensible de la que ya apunté debida a Fray Jaime Bleda. En síntesis, se trata de dar a la victoria de Ramiro la apariencia de algo logrado por sus propios méritos, y sin que mediara ninguna circunstancia extraña. Hay, sin embargo, el punto de vista árabe, que trata de justificar el desastre de Simancas atribuyéndolo a una traición. Sánchez Albornoz (88) reproduce el relato que hacen Kitab al Rawd Al-Mitar, y Abd Al-Musim Al-Himyari, y que se puede sintetizar diciendo que después de la muerte de Ahmed ben Ishaq, su hermano Umaiya tomó las armas contra el Califa en unión de Ramiro II, y agregando que suministró a éste informes muy valiosos sobre Abderrahmán. Agrega el relato que Umaiya, después de conseguida la victoria de Simancas, impidió en Alhandega el completo exterminio de sus hermanos de raza. Dozy, por su parte, aduce motivos más concretos como causa del fracaso islamita. Dice, en efecto, que Abderrahmán, con su táctica de desplazar a los nobles de todos los puestos importantes en la milicia y en la administración, para sustituirlos con gentes de origen bajo, que se llamaron en la época los "eslavos", provocó el descontento de sus aristócratas, que se sumaron a la campaña del Gran Poder, pero que en Simancas se comportaron con suma y premeditada negligencia (89).

La batalla de Simancas, con todo y que fué rotundamente desfavorable para Abderrahmán, no tuvo sin embargo efectos posteriores. Es decir, que todo el provecho que de ella pudieron haber sacado los cristianos, se malogró por las guerras civiles que estallaron en el Norte y que dieron un respiro muy largo a los moros. En estas guerras civiles, que fueron al principio entre el rey Ramiro y los castellanos, aparece con todo vigor una figura cuyo nombre sólo había sonado hasta entonces desde segundo plano. El Conde castellano Fernán González fué en efecto quien encabezó a sus súbditos y compatriotas en la guerra contra el rey de León. El "conde Fernán González —dice Bleda (90)— sucedió al noble caballero Don Gonzalo Núñez su padre en el gobierno de Castilla . . . fué honra, defensa y amparo de su nación. Fué uno de los más eminentes capitanes que antes ni después tuvo España". Personalidad de tal brío tenía que turbar a los leoneses en tal forma que no les quedase a estos ánimo para explotar el triunfo de 939. Fernán González hostigó a Ramiro, fué preso por éste, libertado por los castellanos, y todo en medio de una gran revuelta. Una vez muerto el rey de León, las cosas siguieron siendo propicias para el Califa de Córdoba, pues las guerras de sucesión provocadas al desaparecer el monarca mantuvieron distraídas todas las fuerzas que en otras circunstancias tal vez hubieran sido utilizadas contra la Media Luna. Ramiro había dejado dos hijos —Sancho y Ordoño— en cuyas testas lució alternativamente la corona. Ordoño, que mientras fué rey, fué el tercero de su nombre, murió pronto; lo cual no significó que el campo quedase libre para Sancho, pues se opuso a sus aspiraciones de monarca un nuevo Ordoño apodado el Malo, primo suyo a quien Fernán González ayudaba. Fernán González había sido partidario en un principio de Sancho, en contra del otro hijo de Ramiro II. Sancho fué destituido en vista, según dicen todas las historias, de su gordura, que Bleda atribuye a una hidropesía y que, debiérase a lo que se debiese "lo traía muy hinchado, de tal suerte, que no pudiendo moverse a pie andaba con mucha dificultad a caballo" (91).

Fué a pedir ayuda a su abuela Tota, reina de Navarra, quien, viéndose muy débil para restaurar con sus propios recursos a su nieto en el trono, tomó una decisión que mucho tuvo que costar a su espíritu orgulloso y dominante; acudió, por medio de una embajada, a Abderrahmán para que éste le proporcionara en primer lugar un médico que curase a Sancho, y en segundo un ejército que arrojase a Ordoño IV de la tierra leonesa. El Califa satisfizo, con gran cortesía y diligencia, las demandas de su antigua rival; aún se excedió en el cumplimiento, ya que invitó a la reina de Navarra y al rey destituido a su Corte para festejarlos.

Para curar de la gordura a Sancho, Abderrahmán le envió el mejor de sus médicos, Hasdai, que era judío y que además de des-

collar en la ciencia de que preferentemente se ocupaba, era diplomático habilísimo. El obeso príncipe fué vuelto a su antigua figura y a su anterior agilidad. Los ejércitos árabes fueron prometidos a Tota, y todo esto al rededor de un episodio central, que fué la recepción en Córdoba de los príncipes cristianos. Gran importancia, y sobre todo un grande y transparente significado, tuvo el evento. Significa en la historia del Califato la preponderancia última de la gran personalidad de Abderrahmán. Significa el hecho de que, al fin de cuentas, a pesar de reveses como el de Simancas, el nieto de Abdallah había llegado a constituirse en el más poderoso señor de toda España, ya que a él iban los caudillos de religión opuesta, enemigos suyos en otras épocas, a requerir su auxilio y su consejo, o a implorar los bienes que la ciencia de sus vasallos era la única que podía conseguir.

Codera (92) habla así refiriéndose a la famosa estancia de Tota y Sancho en Córdoba; "La corte de Abderrahmán III. . . había presenciado espectáculos por demás halagüeños para el amor propio musulmán al ver llegar a sus puertas príncipes cristianos que, en sus luchas de familia, o destronados por sus pueblos o rivales, imploraban su auxilio. En los últimos años del semiseccular reinado de Abderrahmán habían sido recibidos, con solemnidad extraordinaria, Doña Tota, reina regente de Navarra, su hijo Don García y el destronado rey de León, Sancho el Craso". Parece ser, si se atiende a todos los testimonios de la época, que el lujo mostrado en el recibimiento, así como el poderío y la refinada cultura, fueron extraordinarios. Abderrahmán cuidaba así de su prestigio e imponía su gloria con el espectáculo de su corte en fiesta y de su metrópoli engalanada.

De esta visita de Santo y Tota obtuvo el Califa, a cambio de su médico y de sus soldados, la firma de un convenio por el cual Sancho se comprometía a cederle diez fortalezas cuando hubiera sido reconquistado su trono. El trono fué, efectivamente, rescatado de Ordoño el Malo; pero la promesa de Sancho se quedó en suspenso, y habría de quedarse indefinidamente, pues Alhakem II todavía persiguió infructuosamente el cumplimiento del tratado.

Ya para entonces el Califa, que había llegado a septuagenario, empezaba a declinar. Alhakem, ya era consultado por su padre sobre los asuntos más importantes, porque el gran monarca sabía que todo lo que se hiciera por aquella época iba a influir directamente sobre el reinado de su sucesor. Abderrahmán III murió por fin, como ya he dicho en el año de 961 a los 49 de reinado. Dejaba el imperio más poderoso que hasta entonces había florecido en tierras españolas, y dejaba además su figura levantada para siempre, grave y majestuosa, en la leyenda y en la historia de Andalucía.

CAPITULO V

LA ESPAÑA MUSULMANA EN EL SIGLO X.

Organización política y militar.- Religión.-

La familia.

La España Musulmana en el Siglo X.

La organización política y militar.—Todo lo dicho anteriormente tiene que ser completado haciendo una exposición de las instituciones más importantes o más características del pueblo árabe. Tiene que ser así porque la forma de vida de una sociedad en lo que corresponde a las relaciones de sus miembros con el poder público, y entre sí, es al fin y al cabo la clave para resolver, en múltiples casos, la incógnita que plantea una época. Acaso éste no sea el único medio para llegar a ese fin, pero sí es indudable que resulta necesario para completar la idea que se tenga sobre cualquier período histórico.

Todo lo que he narrado, todas esas escenas de crueldad y de heroísmo; y los episodios cuyos personajes actúan con el poema o con la imprecación en los labios; y las reacciones de tipo religioso o de carácter político que están dichas o insinuadas en esta historia, todo parece requerir un fondo que explique las maneras de ser, las ideas y las creencias de aquellos hombres. Este fondo sería el último término delante del cual, en primer plano, discurren los emires, las favoritas y los intrigantes de la corte; y al frente, Abderrahmán, como síntesis y guía de su época.

Así pues, he de referirme, en trazos muy generales y desde luego incompletos, al aparato de instituciones, de todas las índoles, que los árabes habían creado en el décimo siglo; y que estuvieron vigentes en Al-Andalus.

La institución del Califato había sido al principio sólo propia de metrópolis orientales, pues se pensaba que merecía el rango más

alto entre los musulmanes solamente quien contase dentro de su Imperio a las dos ciudades Santas; la Meca y Medina. Más tarde, la osadía y el genio de Abderrahmán III por una parte, y la audacia de la secta Fatimie, arrebataron al de Bagdad su categoría de único Califa.

El estado musulmán era ante todo autocrático y unitario. El Califa representaba para los musulmanes el supremo poder, no sólo ligado con las cosas de este mundo, sino también con los altos designios de Alá (93). Era el amo y señor de sus dominios, en cuyos ámbitos no había uno solo de sus vasallos con jerarquía bastante para oponérsele. Y la actitud moral de los súbditos ante el soberano era, normalmente, no sólo de respeto sino de veneración. Hay que recordar la vieja fórmula de los cronistas orientales, que para pintar el saludo de un hombre del pueblo a su señor dicen que "besó la tierra entre sus manos". He aquí la postura humillada y la absoluta entrega que debían guardar, de hecho y de intención, los árabes ante su gobernador y representante de Dios sobre la tierra. Así se explica el infinito número de rebeliones, ya que un pueblo que no tiene sino obedecer, porque sus más vehementes protestas no serían oídas, ha de acudir, necesariamente, a métodos violentos cada vez que la voluntad todopoderosa del déspota lo coloque en situación desesperada.

El califa era designado por su inmediato antecesor, en forma completamente libre, esto es, sin que regulara el acto ninguna ley sobre la materia. Cuando el califa sabía próxima su muerte elegía a la persona que, según su criterio, sería la más digna para sustituirlo. Es claro que estos nombramientos recaían en individuos de la misma estirpe, pero no era valedera ni la primogenitura ni ninguna otra circunstancia análoga para ser preferido entre los otros. El sistema demuestra, como muchas otras instituciones, lo ilimitado del poder califal. Resultaba, cuando menos en teoría, sin duda alguna, más acertado que el que instaura las normas sucesorias de los países monárquicos de Occidente, ya que el nombramiento de rey no dependía de un hecho, como es el nacimiento, incontestable y ciego, sino que emanaba de una voluntad y de una inteligencia que podían ser viciadas y perversas, pero que también podían elegir con más destreza que el puro azar. El califa próximo a la muerte daba a conocer un buen día el nombre de su heredero; los nobles reunidos, juraban respetar la decisión del soberano, y guardar fidelidad, cuando llegase la hora, al nuevo gobernante.

Como en todos los regímenes absolutos, la voluntad del pueblo contaba bien poco en cuanto al nombramiento de las autoridades. Si para la designación de Califa no intervenía para nada, tampoco valía para la elección de los funcionarios inferiores. "Al-Andalus —dice Sánchez Albornoz (94)— no conoció la organización munici-

pal. Como en todos los demás países islámicos, las ciudades de la España musulmana carecieron de autonomía política y administrativa". En efecto, el soberano no consultaba jamás a las comunidades urbanas antes de ponerles a la cabeza las personas en quienes él pensaba. Estas personas, como es lógico, no eran responsables de sus equivocaciones o de sus delitos ante el pueblo que dirigían, sino solamente ante el Califa de quien dependían.

La preponderancia de Córdoba era pues completa en lo que se refiere al sistema de gobierno considerado desde un punto de vista teórico. Quiero decir con esto que toda la estructura jurídica de la España árabe hacía de la metrópoli el único punto al que había que obedecer y mantener contento; lo cual no excluye el hecho de que, al margen de ese conjunto de normas, la supremacía del califa haya sido muchas veces desconocida y pasada por alto.

La metrópoli, concretamente, estaba gobernada por "una complicada jerarquía de oficiales a cuya cabeza se hallaban tres magistrados: el Cadi o juez de la comunidad, el zabazoque o inspector o juez de los mercados, y el zalmedina o gobernador de la ciudad" (95).

Este Estado, con esas características de absolutismo que dejo apuntadas, estaba regido por un derecho de carácter muy cercano a lo religioso. El Corán había sido la fuente más rica y más respetada, a la cual habían ido todos los grandes formuladores de preceptos, para beber en ella el sentido de los códigos que habían de dar a la grey musulmana. El Corán mismo, sin necesidad de una exégesis ni de una traducción al lenguaje legal, era considerado como la suprema ley civil. Es decir, que al fondo la norma religiosa se confundía con la norma jurídica. Subordinados al Corán existían códigos y recopilaciones como la Suma, que era un texto también muy venerado, y compuesto por tradición oral, tan vieja como lo era misma de Mahoma (96). El derecho común se distingue sobre todo por su carácter consuetudinario; y por una nota más, propia de todo el derecho islámico, que consiste en el primitivismo de sus concepciones. Así por ejemplo en los delitos "de orden humano y privado" (97), era aplicado el método de castigo conocido como ley del Talión, según el cual el infractor de la ley debe pagar "ojo por ojo y diente por diente", sin que tal pena pudiera ser modificada por circunstancia personal alguna del delincuente. Para otra clase de crímenes como el robo, el banditaje, las relaciones sexuales fuera del matrimonio, la apostasía y el uso del vino, habían sanciones que consistían en penas extraordinariamente enérgicas, como la amputación de la mano en el primer caso, la muerte en la apostasía, etc. Desde un punto de vista técnico, el sistema punitivo de los árabes era asimismo retrasado y bárbaro, pues dejaba a los particulares el derecho de castigar las ofensas que hubieran recibido, derecho que cierta constitución psicológica especial, ciertas ideas que provenían incluso

del Libro Sagrado y que la comunidad juzgaba incontrovertibles, transformaban en un deber. El estado no hacía patente, su autoridad sino en el juicio, en el cual se determinaba la pena, para que la víctima o alguno de sus familiares la aplicasen (98).

Ambos caracteres, —la crueldad del castigo y el hecho de que tal castigo fuese impuesto por el agraviado— son explicables históricamente y no pueden, en rigor, constituir motivos de reproche para la civilización árabe. Puede decirse que los musulmanes no incurrieran con ello en faltas que fuesen extraordinarias para su época. Para el efecto, hay que recordar que todos los sistemas penales de aquellos tiempos padecían idénticos vicios, trátase del país que sea, en toda la Europa Occidental. La pena del Talión no era ciertamente aplicada en toda su pureza por los países cristianos; pero la crueldad que consiste en el castigo desmesurado con respecto a la gravedad del delito era cuestión que no repugnaba ni a los espíritus más finos de la Edad Media. En cuanto al régimen de venganza privada, existía de hecho, si bien el Estado se atribuía ya el papel de único justiciero; pero el estado medieval era fragmentario, y su carencia de unidad política provocaba una total falta de armonía y una constante ausencia de equidad en tribunales que servían a intereses muy diversos.

La fuerza militar de Al-Andalus debió ser muy poderosa. Poco se sabe de la forma según la cual estaba organizado el ejército (99); sin embargo, es posible dar algunas noticias al respecto. En un principio los Sirios eran quienes sostenían el peso de las guerras, pues ciertas concesiones, de tierras y señoríos, les habían impuesto el deber de prestar el servicio de las armas. Cuando Abderrahmán I se dio cuenta de que los sirios no garantizaban, ni con mucho, la seguridad del estado, pues habían intervenido en rebeliones, entonces el primer Omeya decidió integrar el ejército valiéndose de mercenarios reclutados en Africa, y que fueron los famosos bereberes de quienes ya traté en el capítulo II. Se sabe también que Alhakem I organizó cuerpos permanentes de caballería destinados a proteger su Alcázar. El deber de concurrir a combate no era extraño a los súbditos comunes y corrientes de Al-Andalus, sino que todos ellos lo tenían; es de pensarse que la creación de cuerpos mercenarios no respondía sino a la necesidad de mantener un ejército regular, dispuesto a cualquier hora para toda emergencia. Sánchez Albornoz habla de la organización militar propiamente dicha apuntando que para cada una de las divisiones obligadas a prestar el servicio, el Califa designaba a dos jefes abanderados, que alternativamente ejercían sus funciones, es decir, que mandaba la tropa durante tres meses cada uno, al cabo de los cuales el que estaba en turno era sustituido por el otro, que durante el lapso había descansado, sin percibir haberes de ninguna especie. Los sirios familiares del jefe que

iban a la guerra recibían diez dinares cuando la campaña finalizaba; pero este derecho no era indiscutible, pues dependía del juicio de los superiores, quienes señalaban a aquéllos de sus hombres merecedores de la paga y a aquéllos otros que no la hubiesen merecido. En cuanto a los sirios extraños a la familia del que comandaba la expedición, sólo tenían derecho a la mitad de lo que recibían los otros. Esta casta llamada de los sirios era la que estaba inscrita en el registro militar, y gozaba de ciertos privilegios, como era el de no pagar diezmos.

Müller (100) aporta datos concretos acerca de la composición racial del ejército de Abderrahmán III. Dice al respecto que "formaban el elemento principal prisioneros de guerra comprados por los mahometanos a otras naciones particularmente del Oriente de Europa, y que eran por lo general de raza eslava". Agrega el autor citado que los del tiempo del Califa procedían"; lo más frecuentemente, de la Galitzia Polaca, o que eran "francos, longobardos, y gente del mediodía de Italia". Abderrahmán III prefirió a estos individuos, y adquirió como esclavos el mayor número que le fue dable. Y es que soldados de tal origen y de tales condiciones resultaban mejores guerreros y más de fiar que los árabes, berberiscos y mame-lucos.

La marina era muy poderosa, tanto por el número de los navíos como por la fuerza de combate que representaba, dentro de lo primitivas que eran de aquella época la técnica de la navegación y la estrategia náutica. Los árabes mantuvieron comercio muy activo dentro del Mediterráneo, hasta tal punto que llegaron a constituir, en el viejo mar, una nueva casta de dominadores, frente a las potencias cristianas de la Edad Media. En relación con este tema del florecimiento marítimo musulmán, Codera (101) hace notar el espíritu viajero de ese pueblo, que, impulsado quizá por los mandatos de su religión, tal vez sólo en cumplimiento del imperativo que vivió en sus primeras épocas —imperativo formulado por los lejanos horizontes del desierto— fue esencialmente aficionado a conocer tierras nuevas, a dispersarse por todos los rumbos del mundo conocido.

El estado musulmán español sostenía su organización política y su sistema militar por medio de un aparato financiero que, si no era demasiado justo, era en cambio muy eficiente. Dice Le Bon al respecto (102) que "la renta pública provenía principalmente del producto de los impuestos y de las minas. Las de plata, oro y mercurio estaban entonces muy ricas". Y agrega que la imposición fiscal consistía en diezmos que tenían que pagar los musulmanes, y en tributos de oro y plata que los judíos y los cristianos entregaban a la administración. Ya he dicho, en un principio que la desigualdad de las obligaciones, más onerosas para los cristianos que para los islamitas, fue un factor que provocó, cuando menos en los primeros años de

la dominación, cierta tolerancia para los primeros, a los que había que conservar porque constituían la fuente más provechosa para el Estado. Dozy aporta datos que son muy interesantes ya que dejan ver la excelencia de la administración financiera árabe; según el autor citado los ingresos anuales llegaban a más de seis millones de monedas de oro, que se gastaban proporcionalmente distribuidas en cosas ordinarias, en el aumento de las reservas y en el sostenimiento de la armada. La administración era tan cuidadosa y severa que en 951 el tesoro guardaba 20 millones de monedas de oro.

* * *

Religión.—La religión de los árabes, que es, como todas las religiones, un elemento importantísimo para explicar casi todos los fenómenos humanos, corresponde, en verdad, con la manera de ser de los antiguos hijos del desierto, señores de medio mundo en una época. Cabalmente la expansión del Islam, iniciada en el siglo VII, en forma repentina, afortunada y efímera, es una de las cosas que parte de la fe encendida por Mahoma en sus discípulos. El proselitismo aconsejado por el profeta, las promesas de gloria perpetua a quien muriese en defensa de Alá, el odio a los infieles, son todas, ideas inculcadas en todo buen musulmán por la palabra de aquel hombre extraordinario que siglos después de Cristo se proclamó el verdadero Mesías, concibió un libro que habría de conmover a millones de hombres, y señaló a esos hombres los caminos que sacan de la Arabia, y conducen a las fuentes más refinadas de la cultura Occidental.

El credo que estatuyó Mahoma es, en tanto que expresión de su tiempo y de su raza, un conjunto de dogmas y de preceptos bajo los cuales corren, mezcladas de manera casi insoluble, concepciones cristianas, severas e intransigentes, enemigas del cuerpo y de sus placeres, unidas a concepciones típicas del espíritu oriental, llenas de un sensualismo desenfrenado, y matizadas por una moral que nada tiene que ver con la moral de Cristo.

El dogma esencial es el de la unidad de Dios, es decir, el propio de toda religión monoteísta. Alá no ha tenido principio y no podrá tener fin. Es la divinidad de los judíos, un poco ya transformada en la divinidad de los cristianos, y que recibe además ciertas notas de origen inconfundiblemente arábigo. El Corán no se separa de la tradición bíblica en cuanto al origen del mundo y del hombre (103). Sin embargo predica creencias que ya no son de origen hebreo, como la que consiste en suponer a la tierra reposando sobre las espaldas de un ángel, cuyos pies descansan en un rubí, rubí que refulge sobre los cuernos de un toro.

El Corán es un libro cuya materia está distribuida en 114 capítulos de calidad y de tema muy variados. Se leen en sus páginas

tanto preceptos de índole verdaderamente útil como reglas morales y cuentos banales; y se observa una notable diferencia respecto a la Biblia; diferencia que consiste en que es el Corán una obra realizada según un plan muy vago, y que no tiene la solidez ni la profundidad del texto de los judíos. Dice la tradición que el Corán fue revelado a Mahoma, en forma milagrosa, por la voz de la divinidad, y que Mahoma se invistió con ello de sabiduría, y pudo su palabra alcanzar muchos países y muchos siglos una vez que fue dicha, escuchada por sus discípulos, y puesta en el libro sagrado (104).

Ya he apuntado que el Corán es la fuente con más jerarquía entre todas las del derecho musulmán. Tiene, en efecto, naturaleza de orden cuyo incumplimiento no sólo constituye un pecado sino también da lugar a un delito; el juicio y el castigo de Dios es, en la tierra, anticipado por la pena que las gentes imponen.

La religión de Mahoma estatuye cinco obligaciones principales que debe observar todo buen siervo de Alá y del profeta. La primera de ellas es la de la fe, esto es, la de respetar el dogma creyendo en él sin requerir ni pruebas ni nada que apuntale la pura fuerza de esa fe; la segunda consiste en el deber de oración cotidiana; la tercera en el ayuno; en dar limosnas la cuarta y en ir cuando menos una vez en la vida a la Meca, la última de todas. (105).

En cuanto al deber de oración, puede decirse que tenía que llevarse a cumplimiento cinco veces diarias. Las cinco oraciones no han sido siempre las mismas, ni todas tienen el mismo carácter, pues de ellas algunas son verdaderamente imprescindibles, en el sentido de que, sean cuales fuesen las modificaciones del culto, permanecen. Las cinco plegarias eran la del alba, la del mediodía, la de la media tarde, la de la puesta del sol y la de la noche. El acto de orar era dirigido por un Imán, después que el pregonero había convocado a los fieles desde lo alto del minarete. En realidad, había dos especies de pregón: el que he descrito y el que se realizaba en el interior de la mezquita o de la casa, pues también podía rezarse en privado. Las mujeres no estaban obligadas al pregón. En cuanto al Imán, que era el hombre encargado de encabezar y dirigir la voz de los creyentes en el momento de la plegaria, no tenía propiamente dignidad de persona del clero, pues sus funciones se concretaban a las ya dichas, y no había más exigencia respecto a sus prendas personales que las de pedir que fuese un hombre honrado y que conociera la religión de Alá. Esta costumbre obligatoria de los árabes, que se reúnen en las horas que marca con su transcurso los momentos claves de cada día, esta costumbre revela muy bien el espíritu dado a la mística y celoso de la divinidad que anima a cada mahometano. La ley dispone que para comparecer ante Dios hay que estar limpio; y este mandato, que un cristiano interpretaría como urgencia de purgar los pecados, como incitación a la pureza del alma lo toman los mahome-

tanos como necesidad de pulcritud del cuerpo además de la espiritual. He ahí, en las abluciones y en la intención que las preside, el contraste entre una fé que admite lo corpóreo, que concibe un paraíso con huríes, y el credo que ordena la renunciación y para el cual no importan los dolores del hombre en cuanto que el hombre es materia grosera y deleznable, sino al que interesa, solamente, la paz de la conciencia.

El ayuno es obligatorio y muy estricto cada año, durante la luna nueva del mes de Ramadán. Tiene esta costumbre el carácter de una expiación, pues se piensa que la abstinencia es capaz de quitar del hombre todo lo impuro que le deja el pecado. El ayuno, para ser efectivamente valioso, ha de cumplirse con ciertas condiciones (106). Estas consisten en concebir, primero la intención de privarse de manjares y placeres precisamente en honor de la divinidad; este acto de conciencia, esta ofrenda debe ser efectuada todos los días que dure el ayuno, antes del alba. Lo prohibido es el uso de alimentos, de cigarrillos, etc. desde que despunta el sol hasta que se pone. Durante la noche los infieles pueden celebrar dos comidas ligeras.

Además de estas restricciones que sólo rigen en el mes de Ramadán existen otras, que deben ser observadas perpetuamente por los fieles, y que consisten en la prohibición de la carne de cerdo, de los animales encontrados muertos o muertos accidentalmente, etc. (107). La ley prohíbe el uso del vino, pero este mandato, por unas u otras razones, no fue nunca respetado en España, —e incluso en Bagdad solía desobedecerse el precepto—. Sánchez Albornoz dice que "el fruto de la vid placía por igual a los príncipes, a los grandes, a los cultos y al pueblo. En Al-Andalús se bebía en todas partes y sin recato... Los historiadores árabigos españoles referían con naturalidad las libaciones de los emires y de los particulares. Y hasta los jueces encargados de perseguir a los borrachos, cerraban los ojos, indulgentes, ante tan deliciosos y justificados delitos".

La limosna (108) es ordenada por la ley de Alá como otra de las obligaciones ineludibles para todo creyente. Hay en la institución de la limosna un concepto que ya no sólo implica el deber moral liso y llano de ser piadoso, sino que alude a cierto deber social de compartir con los demás la riqueza, y compartirla no en forma desordenada, sino proporcionada al monto de lo que se tiene. La pura obligación moral no se fijaría límites; sería tanto más meritorio su cumplimiento cuanto más perdiese en dinero, cuanto más se mortificara el dador por el bien de su prójimo. Pero el hecho de que se deba ofrecer en vista de lo que se posee incluye ya un principio de equidad, que no obliga al desprendimiento absoluto, sino solamente a compartir, en forma mesurada y razonable, la propia riqueza con él necesitada.

Todos los buenos mahometanos debían visitar la ciudad santa de la Meca cuando menos una vez antes de morir. La costumbre tiene su origen en la tradición, según la cual el profeta tuvo que ir a la célebre urbe precisamente aquel año en que se inicia, por ese hecho mismo, la cronología musulmana. La hegira empieza a computarse (109) a partir del Viernes 16 de Julio del año 622 de la Era Vulgar; sin embargo, el dato, que parece exacto y bastante para resolver todos los problemas que surgen al traducir las fechas árabes a fechas cristianas, no es, ni con mucho, suficiente, si se piensa que ese viernes comienza para los islamitas "la víspera por la tarde, es decir, hacia las seis de la tarde del Jueves 15". Además, hay que tener en cuenta que los meses y los años musulmanes no están calculados con el número exacto de días que supone el calendario occidental, pues los meses se miden según la periodicidad de las fases de la luna, ciclo que varía entre 29 y 30 días; y como el año está compuesto por doce meses resulta que sólo abarca 354 o 355 días. Por otra parte, lo complicado del sistema provoca diferencias en la cronología, que llegan a ser muy considerables de ciudad a ciudad.

Así, la religión de los árabes, con su mezcla de espiritualidad y de sensualidad, con su influencia tan directa, tan constante en el pueblo, con sus mandamientos que legislan sobre las cuestiones más pequeñas de la vida cotidiana, esta religión con estas características se nos presenta como una de las causas fundamentales del peculiar modo de ser islámico; y a la vez, como un producto de ese modo de ser. Y no es posible determinar en detalle el mecanismo de estas acciones recíprocas, efectuadas entre un ambiente cultural y una manifestación de cultura.

* * *

La Familia.—La familia estaba constituida en el Islam en torno del varón, cuya voluntad tenía que prevalecer, sin contradicciones ni reproches, sobre las de las mujeres y los hijos. La esposa tenía un absoluto deber de obediencia, que llegaba según afirma Asin Palacios (110), casi a una adoración idolátrica. Es tradicionalmente sabido por la mayoría de las personas el papel de siervas que las mujeres desempeñan en la vida oriental. Y a pesar de opiniones como la de Le Bon, quien insiste en que la vida del harem es amable y fácil para las esposas y las concubinas, tiene el europeo que formarse una idea muy triste sobre la situación de aquellas que no gozaban de la más mínima libertad ni podían renunciar al marido, así fuera este "hereje, malvado y violento".

El libro sagrado permite que cada mahometano tenga hasta cuatro esposas legítimas (111), "hijas honestas de creyentes y de aquéllos que han recibido las escrituras. "El musulmán tiene ade-

más capacidad para albergar bajo su techo a todas las esclavas que quiera; las cuales no gozan, como es natural, ni siquiera de los ínfimos derechos que la ley atribuye a las esposas. Las esclavas eran compradas en los mercados establecidos para el caso, y eran usadas como cosas, "objeto de placer para sus amos, califas o magnates a quienes alegraban sus orgías o sus fiestas". (112).

El derecho atribuía al esposo, exclusivamente, la facultad de desatar el vínculo matrimonial. Es decir que el varón era el único que podía repudiar a la mujer, sin que ésta tuviese en ningún momento un poder equivalente. La madre tenía potestad sobre sus hijos sólo en los primeros años de la vida de éstos pues, llegados a la pubertad, pasaban si eran hombres bajo la autoridad directa del padre, y si mujeres, a las manos de un esposo elegido sin consultárseles, a cuyo lado se reproduciría para ellas el trato y la sumisión forzada que su madre había sufrido. Gaudefroy Demombynnes anota en pocas palabras el género de vida a que estaban destinadas las mujeres árabes, diciendo que las pobres y las campesinas tenían que soportar un trabajo muy duro y continuado, pues la indolencia del esposo, alentada por la ley favorable, hacía caer sobre ellas la carga del mantenimiento del hogar; las mujeres de familias ricas no se ocupaban sino de la maternidad y los deberes inherentes a ella; "Su existencia vacía no es variada más que por la peregrinación a las tumbas de los Santos, las fiestas y ceremonias diversas, las visitas y los círculos del viernes en el cementerio".

Algo que ilustra muy bien la total pasividad femenina en el principio de las relaciones matrimoniales, es la pintura que hace Le Bon (113), de la ceremonia nupcial y de los actos relacionado con ella. Dice el autor aludido que esta clase de acontecimientos están siempre rodeados de una gran alegría. Agrega que la novia es consultada, pero sin que pueda conocer a su futuro esposo, con lo cual es de pensarse que su consentimiento, cuando le es pedido, no puede ser ni muy certero ni muy entusiasta. Hasta después de la boda ella puede descubrir su rostro ante el marido que su padre eligió. Esta elección depende en gran parte de condiciones económicas, pues el pretendiente debe ofrecer a su futuro suegro una cierta cantidad, que éste acepta o rechaza, en calidad de dote. "El negocio terminado, el novio regresa con dos amigos a la casa de su suegro, donde éste debe atenderlo en unión de sus allegados, de testigos y con la asistencia de un escribano". La novia no entra a la casa conyugal sino después de varios días, que transcurren en fiestas organizadas del mejor modo posible. "La muchacha velada es enviada al lado de su marido, cuya casa debe estar cuidadosamente engalanada para recibirla. Cuando todo el mundo ha salido, el esposo puede levantar a la novia su velo y contemplarla por primera vez".

Sobre la educación de los hijos, puede decirse, en síntesis, que está fundada sobre los conocimientos más elementales, que tienen como centro la lectura y aprendizaje del Corán. Ya he dicho que el niño permanece al lado de su madre muy corto tiempo. En efecto, solamente durante los dos primeros años era ella poseedora absoluta de su hijo. Hasta los siete permanecía éste bajo sus cuidados, recibiendo la primera educación y cierta clase de protecciones que revelan junto con su carácter pintoresco, una barbarie todavía no vencida. Pues la madre defiende del mal de ojo a su progenie (114) e incluso llega a cubrir con harapos a sus hijos para que escapen a la mirada de ciertos genios maléficos.

Cumplidos los siete años, el mozo inicia su vida de hombre al lado de su padre, auxiliando a éste en sus ocupaciones, o dedicándose a los primeros estudios del Corán. Es natural que esto último no sea verdaderamente algo que se extienda más allá de las clases acomodadas. El Corán, como objeto y punto de partida para la formación espiritual, constituye una especie de elemento lujoso, al que no puede acudir quien requiera del tiempo para satisfacer necesidades económicas. Por cierto que el estudio del Libro Santo, según hace notar Gaudefroy Demomynes (115) requería un gran esfuerzo mecánico y de memoria. Reformas posteriores al siglo XIV perfeccionaron los primitivos sistemas didácticos del Islam; pero en la época que me interesa eran éstos inadecuados e impropios. El maestro añadía, si a ello lo llevaba su buena voluntad, nociones de Aritmética y de Gramática. Los estudios verdaderamente amplios comenzaban después de esas primeras letras y consistían en investigaciones sobre la tradición, el derecho, los principios, la gramática, la retórica y la literatura. El Corán, que en la infancia había sido retenido en la mente sin entenderlo, era ya en la enseñanza superior comentado y explicado. El sitio de estudio era la mezquita o la casa del maestro.

Ya he dicho que el padre era el amo y señor de su casa, y esta circunstancia se refería no sólo a la mujer sino también a los hijos. Estos deben como su madre, obediencia ilimitada a su progenitor, "aún en el caso de que este les prohíba ejercicios piosos de mera devoción o aunque les mande cosas dudosamente lícitas". (116) En cuanto a la situación legal de la madre, es decir, el hecho de que ésta fuese esposa legítima, no influía para nada en el tratamiento que se daba a la prole; los niños eran enteramente iguales, así procedieran de matrimonio legítimo o de simple concubinato.

* * *

Las costumbres árabes, tanto las que puede el historiador observar en la España del siglo X como las que el viajero puede hoy mismo constatar con sus propios ojos, están todas ellas imbuídas de

esa concepción política, de esa idea religiosa y de esa organización de la familia que he dejado esbozados. No quiero decir que todas las costumbres, todos los modos de ser sociales, y todas las manifestaciones de la psicología de ese pueblo puedan explicarse absolutamente á partir de los tres elementos señalados. Siempre habría rasgos que se nos escapasen; usos cuya interpretación nos resultara confusa y reacciones anímicas que nos desconcertaron si para conocer el alma árabe, y su actitud en el mundo de lo humano, sólo tratásemos de aplicar nuestros datos sobre lo político, lo religioso y lo familiar. Pero estos datos, si bien no son suficientes para aclararlo todo, son buenos para resolver la mayor parte de los problemas; y, más que nada, son excelentes si se los considera como síntomas.

En efecto, la manera de concebir el poder público, y las relaciones con la divinidad y la autoridad del padre, nos manifiesta la contextura íntima del musulmán. Acaso sea difícil definir esa forma de su espíritu; tal vez lo único que se tenga sea una impresión imprecisa, una imagen llena de vaguedades, en la que sólo se atina á descubrir el trazo general y los colores dominantes. Quiero decir con ésto que no es posible ahora hacer una exposición ordenada y completa de la psicología islamita, ni de las costumbres con las que se expresa esa psicología, sino que sólo es hacedero formular una serie de juicios de carácter muy amplio, que expresen una impresión poco exacta, en lugar de un conocimiento definido. Las tres órdenes de datos nos despiertan, al ser conocidos, una actitud intuitiva, por la cual se nos revela el mundo árabe con una apariencia tal, que á partir de ella podríamos ser inmunes al asombro ó á la simple extrañeza cuando se nos presentara el más inusitado de los comportamientos, la más extravagante de las reacciones, en la Historia de esa gran nación, que fue tan poderosa, que llevó siempre en sí el germen de su propio aniquilamiento, y que es hoy tan desventurada y casi insignificante, tras haber significado tanto hace diez siglos.

En España, ya he mostrado cómo la gran energía de los hombres de Arabia pudo trazar sobre la Historia una época en que resaltan valores de gran relieve. Sin embargo, la silueta del árabe en Andalucía no aparece ante nosotros plantada con firmeza. Hay algo en ella de melancólico, que no pueden borrar ni la embriaguez del triunfo ni la sensación de poder. El mismo Abderrahmán, con ser tan grande y con albergar una tan decidida vocación de victoria, y á pesar de haberlo logrado casi todo, inclina de vez en vez la frente como si presintiera la fugacidad de su pueblo dentro del largo fluir de las centurias. Y es que había en el árabe esa indolencia, sensual y todopoderosa, de los hombres de Oriente. Indolencia que tiene aspecto de elegante, de refinada, cuando aparece en los alcázares no vencidos, en los tiempos en que la Media Luna era rival temible de la Cruz. Pero que es, aún allí mismo y en esos momentos, una gran

amenaza, que ha de terminar a la larga con la humillación de las fortalezas y con la derrota sin gloria del símbolo de Mahoma. Hay en cierta página de Sánchez Albornoz una interrogación angustiosa, y hecha sin embargo con la tranquilidad de quien ha visto deshacerse el peligro. ¿Qué habría sido de España, se pregunta el historiador, si los musulmanes no hubieran sido arrojados de ella? —acaso habría caído en la total obscuridad que ahora envuelve a los antiguos conquistadores— se contesta. La pregunta me parece muy sugestiva pero gratuita en cierta forma; los árabes no podían mantenerse en Europa, frente a los vigores, y contra el gran dinamismo histórico de la cultura Occidental. Ellos, personajes ideales del romanticismo, eran sólo vagabundos heroicos a veces, que no tenían otra misión que la de llevar sus inquietudes difusas, sus miradas nostálgicas, como intrusos al teatro de los grandes florecimientos clásicos, como advenedizos pintorescos que cruzaron fugazmente por las playas del Mar Latino.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

I.—Lo que dejaron los árabes en España.

- (1) J. B. TREND.—Spain and Portugal.—The legacy of Islam. (Publicado por Arnold Thomas and Guillaume Alfred. Oxford University Press). p. 3.
- (2) ULLOA MARTIN DE.—Memorias de la Real Academia de la Historia. (Madrid 1796) T. II Cap. XI p. 379.
- (3) SANCHEZ ALBORNOS, CLAUDIO.—España y el Islam. (Ed. Sudamérica. Buenos Aires 1943) p. 16).
- (4) SANCHEZ ALBORNOS, CLAUDIO.—Op. cit., p. 17.
- (5) MENENDEZ PIDAL, RAMON.—La España del Cid. (Madrid 1929) T. I. Cap. II. p. 66 y 67.
- (6) ASIN PALACIOS, MIGUEL.—Huellas del Islam. (Espasa Calpe. Madrid 1941) T. I. Cap. III p. 42 y ss.
- (7) MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.—Los orígenes de la novela. (Espasa Calpe Argentina 1946) T. I. Cap. II. p. 38 y ss.
- (8) IRVING THOMAS.—Halcón de España.—(Rev. Universidad de S. Carlos Guatemala. Julio, Agosto y Septiembre 1947). T. VIII p. 38.
- (9) BERTRAND, LUIS. Cit. por González Palencia.—Moros y Cristianos en España medieval. (Madrid 1945) p. 66.
- (10) ORTEGA Y GASSET, JOSE.—España Invertebrada. (Obras completas. Rev. de Occidente. Madrid 1915-28) T. III. p. 62.
- (11) SANCHEZ ALBORNOZ.—Op. cit., p. 19.

II.—Los primeros Omeyas.

- (12) MENENDEZ PIDAL, RAMON.—Flor nuevo de romances viejos. (3ª edi. Espasa Calpe. Argentina. Col. Austral). p. 47.
- (13) DOZY, REINEIRO.—Historia de los musulmanes de España.—(Col. Universal. Madrid 1929). T. II. p. 31.
- (14) ANTONIO PRIETO.—Los reyes de Taifas. (Madrid 1925).
- (15) DOZY.—Op. cit., T. II. p. 49.
- (15) R. DOZY.—Op. cit., p. 55.
- (17) MORAYTA, MIGUEL.—Historia de España. (2ª edición. Madrid 1886). T. I. p. 800.
- (18) SANCHEZ ALBORNOZ.—España y el Islam. p. 52.
- (19) MORAYTA.—Op. cit., p. 793.
- (20) AGUADO BLEYE, PEDRO.—Historia de España. (Espasa Calpe 1947. Sexta edición refundida). T. I. Cap. XXVI. p. 404.

- (21) AGUADO BLEYE.—Op. cit., p. 405.
- (22) SCHACK ADOLPHE.—Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia. (México, 1944). p. 10.
- (23) BALLESTEROS Y BERETTA, ANTONIO.—Historia de España y su influencia en la Historia Universal. (Barcelona, 1920). T. II. Cap. I. p. 22.
- (24) M. ABIZANDA y G. A. MELON.—Carlomagno en España. Según la crónica de conquistadores de D. Juan Fernández de Heredia. (Rev. de Archivos Bibliotecas y Museos. Sep. Diciembre. 1914 año XVIII). T. XXXI p. 400.
- (25) M. ABIZANDA y G. A. MELON.—Op. cit., p. 405.
- (26) R. DOZY.—Op. cit., T. II p. 53.
- (27) MÜLLER.—Historia Universal. Ed. Oncken (Barcelona 1919) T. XV. Parte 3. Sec. 1. Cap. II. p. 91.
- (28) DOZY.—Op. cit., T. II, p. 53.
- (29) MENENDEZ PELAYO.—Historia de los Heterodoxos Españoles. (2ª Ed. Madrid 1917). T. III p. 10.
- (30) AGUDO BLEYE.—Op. Cit., T. I. Cap. XXVI. p. 403.
- (31) R. DOZY.—Op. cit., T. II, p. 57.
- (32) IBN JALDUM.—Historia de los árabes. Traducción de Osvaldo A. Machado. (Cuadernos de Historia de España. Buenos Aires 1947). T. VII. p. 143.
- (33) IBN JALDUM.—Op. cit., p. 144.
- (34) MORAYTA.—Op. cit., p. 899.
- (35) R. DOZY.—Op. cit., T. II p. 83.
- (36) ULLOA, MARTIN DE.—Memorias de R. A. H. p. 375.
- (37) IRVING THOMAS.—Op. cit., p. 60.
- (38) BALLESTEROS Y BERETTA.—Op. cit., T. II p. 31.
- (39) BALLESTEROS Y BERETTA.—Op. cit., T. II p. 38.

III.—Genio y figura de Abderrahmán III.

- (40) CONDE, JOSE ANTONIO.—Historia de la dominación de los árabes en España. (París 1840). p. 177.
- (41) CONDE.—Op. cit., p. 385.
- (42) MASSIGNON, LUIS.—Los métodos de la realización artística en los pueblos del Islam. (Rev. de Occidente. Madrid. Año X. Nº CXIV). p. 258.
- (43) SANCHEZ ALBORNOZ.—La España musulmana. (Buenos Aires 1943). T. I, p. 253.
- (44) R. DOZY.—Op. cit., T. II p. 301.
- (45) CONDE.—Op. cit., p. 177.
- (46) LAFUENTE, MODESTO.—Historia de España.—(Madrid 1922) T. II p. 299.

- (47) SANCHEZ ALBORNOZ.—La España musulmana. T. I. p. 116.
 (48) CONDE.—Op. et loc. cit.
 (49) R. DOZY.—Op. cit. T. II. p. 301.
 (50) LAFUENTE MODESTO.—Op. cit., T. II. p. 299.
 (51) AHMED AL-MAKKARI, cit. por Lafuente.—Op. cit. p. 335. y Conde.—Op. cit. p. 228.
 (52) LAFUENTE.—Op. cit., p. 332.
 (53) AMAT, FELIX.—Tratado de la iglesia de Jesuchristo. (Barcelona 1800). T. IX. p. 93.
 (54) AMAT, FELIX.—Op. cit., p. 94.
 (55) MAHOMA.—El Coran. (2ª Ed. Madrid 1931) Cap. IX. vs. 20-23.
 (56) ASIN PALACIOS.—La espiritualidad de Algazel y su Sentido Cristiano. (Publicaciones de las escuelas de estudios árabes de Madrid y Granada. Madrid 1934). T. I. Cap. IV. p. 159.
 (57) LAFUENTE, MODESTO.—Op. cit., p. 232.
 (58) FLICHE AGUSTIN.—Histoire de l'Europe Occidental. (Publicada bajo la dirección de G. Glotz. Presses Universitaires de France 1941.) T. II. Cap. VI p. 133 y ss.
 (59) SCHAC, ADOLFO.—Op. cit., p. 34.
 (60) SCHACK, ADOLFO.—Op. cit., p. 33 y 34.
 (61) LAFUENTE, MODESTO.—Op. cit., p. 335.
 (62) CASTEJON, RAFAEL.—Medina Zahara. (Rev. Al-Andalús. Vo. X. Fasc. I. 1945) p. 154.
 (63) MORAYTA.—Op. cit., p. 1051.
 (64) MARCAIS, GEORGES.—L'Art de l'Islam.
 (65) MENENDEZ PIDAL.—Poesía Árabe y Poesía Europea.

IV.—Empresas militares y políticas de Abderrahmán III.

- (66) R. DOZY.—Op. cit., T. II. p. 306. Tomado de Ben Adhari p. 133 y s.
 (67) R. DOZY.—Op. cit., p. 306.
 (68) R. DOZY.—Op. cit., p. 294.
 (69) BEN HAYAM cit. por Dozy. T. II. 298.
 (70) DOZY.—Op. cit., T. II. p. 303.
 (71) DOZY.—Op. cit., T. II. p. 311.
 (72) DOZY.—Op. cit., T. III. p. 10.
 (73) LEVI PROVENCAL.—Política Africana de Abderrahmán III. (Rev. Al-Andalús. Madrid, Granada 1946. Vol. XI. Fasc. 2) p. 359.
 (74) LEVI PROVENCAL.—Op. cit., p. 360.
 (75) LEVI PROVENCAL.—Op. cit., et loc. cit.
 (76) DOZY.—Op. cit., T. III. p. 20.

- (77) LEVI PROVENCAL.—Op. cit., p. 361.
 (78) LEVI PROVENCAL.—Op. cit., p. 367.
 (79) BLEDA, FRAY JAIME.—Crónica General de los moros en España. (Valencia 1618). p. 267.
 (80) BLEDA.—Op. cit., p. 267.
 (81) BLEDA.—Op. et loc. cit.
 (82) LAFUENTE.—Op. cit., T. II. p. 300.
 (83) CODERA, FRANCISCO.—Nuevas noticias acerca de los To-chibies. (Boletín de la Real Academia de la Historia. T. XV. Madrid. Julio-Septiembre. 1889). p. 435.
 (84) CODERA.—Op. cit. p. 436.
 (85) DOZY.—Op. cit., T. III. p. 55.
 (86) SANCHEZ ALBORNOZ.—España Musulmana. T. I. Cap. III. p. 276.
 (87) BLEDA.—Op. cit., p. 273.
 (88) SANCHEZ ALBORNOZ.—Op. cit., Cap. III. p. 278.
 (89) DOZY.—Op. cit., T. III. p. 55 y ss.
 (90) BLEDA.—Op. cit., p. 177.
 (91) BLEDA.—Op. cit., p. 179.
 (92) CODERA, FRANCISCO.—Embajadas de príncipes cristianos en Córdoba en los últimos años de Alhacker II. (Boletín de la R. A. H. Madrid 1888). T. XIII. p. 453.

V.—España en el siglo X

- (93) LE BON, GUSTAVE.—Les civilisations des arces. (París 1884) L. III. Cap. VI. p. 283.
 (94) SANCHEZ ALBORNOZ.—La España musulmana. Cap. III p. 281.
 (95) SANCHEZ ALBORNOZ.—Op. et loc. cit.
 (96) LE BON.—Op. cit., p. 406.
 (97) GAUDEFROY DEMOMBYNES, MAURICE.—(3^o Ed. París 1946) p. 159.
 (98) GAUDEFROY DEMOMBYNES.—Op. cit., p. 155.
 (99) SANCHEZ ALBORNOZ.—Op. cit., Cap. II. p. 213.
 (100) MÜLLER.—Historia Universal. Ed. Oncken T. XV. parte. III Sec. I. Cap. III p. 121.
 (101) CODERA, FRANCISCO.—Contenido de las 100 primeras páginas de la Assilah de Aben Pascual.—(Boletín de la R. A. de la H. T. II. Madrid. Enero 1882) p. 166.
 (102) LE BON.—Op. cit., libro III. Cap. VI. p. 283.
 (103) GAUDEFROY DEMOMBYNES.—Op. cit., p. 51.
 (104) MARGOLIOUTH.—Islamismo. (Col. Labor. Barcelona, Buenos Aires). p. 35.

- (105) LONGAS, PEDRO.—Vida religiosa de los moriscos. (Madrid 1915). Cap. III. p. 37.
- (106) MASSE HENRY.—L'Íslam. (París 1945). Cap. IV. p. 124.
- (107) MASSE HENRY.—Op. cit., Cap. IV p. 139.
- (108) LONGAS PEDRO.—Op. cit., Cap. XII. p. 231.
- (109) BOUILLET.—Atlas Universel d'Histoire et Geographie. (3ª Ed. París 1877). p. 3.
- (110) ASIN PALACIOS.—La espiritualidad de Algazel y su sentido cristiano. p. 146.
- (111) MASSE HENRY.—Op. cit., Cap. IV. 135.
- (112) SANCHEZ ALBORNOZ.—La España musulmana. Cap. III p. 294.
- (113) LE BON.—Op. cit., p. 384. Cap. II.
- (114) GAUDEFROY DEMOMBYNES.—Op. cit., p. 165.
- (115) GAUDEFROY DEMOMBYNES.—Op. cit., p. 166.
- (116) ASIN PALACIOS.—La Espiritualidad de Algazel y su sentido cristiano. p. 146.

BIBLIOGRAFIA

- ABIZANDA, M. y G. A. MELON.—Carlomagno en España. Según la crónica de Conqueridores de D. Juan Fernández de Heredia. (Rev. de Archivos Bibliotecas y Museos. Sep., Diciembre. 1914. año XVIII). T. XXXI.
- AGUADO BLEYE, PEDRO.—Historia de España. (T. I. Espasa Calpe 1947. Sexta Ed. refundida.)
- AMAT, FELIX.—Tratado de la Iglesia de Jesuchristo. (Barcelona. 1800).
- ASIN PALACIOS, MIGUEL.—La espiritualidad de Algazel y su sentido cristiano. (Publicaciones de las escuelas de estudios árabes de Madrid y Granada. Madrid 1934). T. I.
- ASIN PALACIOS.—Huellas del Islam. (Espasa Calpe. Madrid 1941).
- BALLESTEROS Y BERETTA, ANTONIO.—Historia de España y su influencia en la Historia Universal. (Barcelona 1920). T. II.
- BLEDA, FRAY JAIME.—Crónica general de los moros en España. (Valencia 1618).
- BOUILLET, M. N.—Atlas Universel d'Histoire et Geographie. (París 1877. 3ª Edición).
- CASTEJON, RAFAEL.—Medina Zahara. (Rev. al-Andalús. Vol. X. Fasc. I. Madrid Granada, 1945).
- CODERA, FRANCISCO.—Contenido de las 100 primeras páginas de la Asilah de Aben Pascual. (Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid. Enero 1882). T. II.
- CODERA, FRANCISCO.—Nuevas noticias de los Tochibíes. (Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid. Julio-Septiembre 1889). T. XV.
- CODERA, FRANCISCO.—Embajadas de príncipes cristianos en Córdoba en los últimos años de Alhakem II (Boletín de la R. A. H. Madrid 1888). T. XIII.
- CONDE, JOSE ANTONIO.—Historia de la dominación de los árabes en España. (París 1840).
- DOZY.—Historia de los musulmanes de España. (Col. Universal. Madrid 1929).
- EL CANTAR DE ROLDAN. (2ª Ed. Rev. de Occidente. Madrid 1945). de France. 1941.)
- FLICHE, AGUSTIN.—Histoire de l'Europe Occidentale (Publicada bajo la dirección de Gustave Glotz Presses Universitaires de France. 1941).

- GAUDEFRY DEMOMBYNÈS, MAURICE.—Les institutions musulmanes. (3^ª Ed. París 1946).
- GONZALEZ PALENCIA, ANGEL.—Historia de la España musulmana. (Col. Labor).
- GONZALEZ PALENCIA, ANGEL.—Moros y cristianos en España medieval. (Madrid 1945).
- HITTI, PHILIP. K.—Los árabes. (Ed. Abril. Buenos Aires).
- IRVING, THOMAS.—Halcón de España. Un estudio de la España del Siglo VIII especialmente de la vida del soberano Omeya Abderrahmán I. (Rev. Universidad de San Carlos. T. VIII. Guatemala Julio, Agosto, y Septiembre 1947).
- LA FUENTE, MODESTO.—Historia de España. (Madrid 1922. 2^ª Ed. T. II).
- LE BON, GUSTAVE.—Les civilisations des arabes. (París 1884).
- LEVI PROVENCAL.—Política Africana de Abderrahmán III. (Rev. Al-Andalús, Madrid, Granada 1946. Vol. XI. Fasc. 2.).
- LONGAS, PEDRO.—Vida Religiosa de los moriscos. (Madrid 1915).
- MACHADO A OSVALDO.—(Traduc.) Historia de los Arabes por Ibn Jaldúm. (Cuadernos de Historia de España. Buenos Aires 1947).
- MAHOMA.—El Corán. (2^ª Ed. Madrid 1931).
- MARCAIS, GEORGES.—L'Art de l'Islam. (París)
- MARGOLIOUTH.—Islamismo. (Col. Labor. Barcelona, Buenos Aires).
- MASSE HENRY.—L'Islam. (París 1945).
- MASSIGNON, LUIS.—Los métodos de la realización artística en los pueblos del Islam. (Rev. de Occidente. Madrid. Año X N^º CXIV).
- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.—Orígenes de la Novela. (Espasa Calpe. Argentina. S. A. T. I. Obras completas).
- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.—Historia de los Heterodoxos españoles. (2^ª Ed. Madrid 1917). T. III.
- MENENDEZ PIDAL, RAMON.—Flor nueva de romances viejos. (3^ª Ed. Espasa Calpe. Argentina S. A. Col. Austral).
- MENENDEZ PIDAL, RAMON.—La España del Cid. (Madrid, 1929).
- MENENDEZ PIDAL, RAMON.—Poesía árabe y poesía Europea.
- MORAYTA, MIGUEL.—Historia de España. (2^ª Ed. Madrid 186) T. I.
- MÜLLER.—Historia Universal. Ed. Oncken, Guillermo. (Barcelona, 1917) T. XV.
- ORTEGA Y GASSET, JOSE.—España Invertebrada. (Obras completas T. III. Ed. Rev. de Occidente. Madrid 1915-28).
- PRIETO, ANTONIO.—Los reyes de Taifas. (Madrid 1925)
- SANCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO.—La España musulmana. (Buenos Aires 1946).

- SANCHEZ ALBORNOS, CLAUDIO.—España y el Islam. (Ed. Sudamé-rica. Buenos Aires, 1943).
- SANCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO.—En torno a los orígenes del Feudalismo. (Ed. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, 1942).
- ULLOA, MARTIN DE.—Memoria de la Real Academia de la Historia. (Madrid, 1796).
- SCHACK, ADOLPHE.—Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia. (México, 1944).
- TREND J. B.—Spain and Portugal.—The Legacy of Islam (Publicado por Arnold Thomas and Guillaume Alfred. Oxford University Press).

INDICE

CAPITULO I.

	<u>Página</u>
Lo que dejaron los árabes en España.....	9

CAPITULO II.

Los primeros Omeyas.....	19
--------------------------	----

CAPITULO III

Genio y figura de Abderrahmán III.

Retrato físico.- El carácter.....	39
-----------------------------------	----

CAPITULO IV

Empresas militares y políticas de Abderrahmán III.

La aristocracia árabe y el partido español.- Los Fatimíes.- Los cristianos del Norte.....	59
--	----

CAPITULO V

La España musulmana en el Siglo X.

Organización política y militar.- Religión.- La familia	79
Citas Bibliográficas	93
Bibliografía.....	99